



**Un nuevo
caso para**

SILVIA OLIVEIRA

Thriller

S. FLETCHER



Un nuevo caso para Silvia Oliveira

S.Fletcher



Un nuevo caso
para
SILVIA
OLIVEIRA

Un nuevo caso
para
SILVIA
OLIVEIRA

S. Fletcher

Un nuevo caso para SILVIA OLIVEIRA

S. Fletcher, 2023

Primera edición: diciembre 2023

ISBN: 9798867261122

Portada: Sypdesign (@sypatrickdesign)



@sv.fletcher



Sophie Fletcher

Esta es una obra de ficción. Los nombres, caracteres y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal)

No dejes nunca de creer en ti
(S. Fletcher)

PRÓLOGO

¿Sabes cuando estás en un sitio y dices: me podría quedar aquí para toda la vida?

Pues eso mismo es lo que me ha ocurrido a mí con este lugar. Llevo en Marruecos una semana, he recorrido el norte, la costa y ahora estoy en el sur.

En cada uno de sus rincones me he encontrado a gusto. Es cierto que me fui pensando que estaría sola, pero, todo lo contrario. Hasta en el rincón más recóndito que te podrías imaginar, ha salido gente de entre las piedras.

Me ha sorprendido mucho la capacidad que tienen sus gentes de aprender idiomas. Cuando les decía que hablaba italiano enseguida me decían: *Ciao, cara, come stai?* Algunas veces, por probar les decía que era portuguesa y me decían: *Oi mô! Tudo bem?*

¡Se las saben todas! Cuando se acercaba alguien que hablaba otro idioma, le contestaban en el suyo, impresionante.

No he estado sola, porque creo que es imposible estarlo en este país, pero sí he conseguido lo que quería, desconectar de todo, porque cuando necesitaba estar tranquila disfrutando de un poco de relax, y se lo explicaba, nadie me molestaba.

He perdido un poco la noción del tiempo ya que aquí tienen un dicho que cumplen a rajatabla y es “La prisa mata”

Realmente no tenía ninguna pretensión en este viaje, por lo que me ha costado poco adaptarme a esa manera de ver la vida. A veces creo que en los países de Europa deberíamos adoptar un poquito esa filosofía, y disfrutar más de los pequeños momentos de la vida. Estamos siempre muy ocupados con el trabajo o con problemas relacionados con él, y no nos damos cuenta de que la vida se pasa.

Tras el caso de Michele, se marcó un antes y un después en mi manera de ver las cosas. Me di cuenta de lo fácil que es hacer daño y acabar en un momento con todo lo que eres hoy. Estoy acostumbrada a tratar con la muerte, pero no sé por qué al verla más de cerca, parece que mi subconsciente me quiso dar un toque de atención.

Estoy tumbada en una de las hamacas de la kasbah, bajo una sombrilla de paja, al lado de la piscina y viendo la gran duna en el horizonte.

Las kasbah son fortificaciones donde se refugiaban las familias poderosas, que a día de hoy han transformado en hoteles para los turistas donde te sientes como un verdadero rey.

No me gusta mucho el sol, pero el efecto mágico que provoca sobre la arena rojiza es impresionante por lo que prefiero estar fuera de la habitación, que dicho sea de paso parece una cueva de lo oscura que está.

Nunca había estado en este país, y como he dicho, me está sorprendiendo mucho. Creo que

podría vivir aquí una temporada perfectamente.

Estoy perdida en mi mundo, cuando uno de los camareros que pululan por la zona de la piscina, viene hasta donde me encuentro y llama mi atención.

—¿Señorita Oliveira? —pregunta, en un perfecto italiano.

—Sí, soy yo.

—Tiene una llamada en la recepción.

—¿Llamada? ¿De quién? —pregunto, extrañada.

—No me ha dicho su nombre. Quiere que le responda usted misma.

—Joder —murmullo con rabia, incorporándome y poniéndome las chancletas.

A tomar por saco mi momento de paz y desconexión.

¿Quién será? Solo mis padres y mi hermana sabían que venía aquí. Y tuve que decírselo para evitarme una hora de reprimenda.

Les dije que tendría el teléfono sin conexión. Únicamente tengo el wifi del hotel, pero no lo utilizo mucho.

Atravieso el pasillo que lleva a recepción, debiendo parar un momento para que mis ojos se habitúen al cambio de tanta luz a tanta oscuridad, y eso que, dentro del patio, gracias a la fuente central con mosaicos blancos y azules, se refleja parte del sol por el tragaluz.

—Gracias señorita —me dice el camarero, una vez se ha cerciorado que he llegado al teléfono que me da su compañera de recepción.

Regresa de nuevo a la piscina y por dentro le odio un poquito por haber sido el perturbador de mi paz, aunque él únicamente es un mero mensajero. A quien tengo que odiar realmente es a mi interlocutor que espera pacientemente a que le salude.

—Silvia Oliveira, dígame —digo, con voz seca.

—Silvia, ¿Qué tal? —reconozco enseguida la voz y me dan ganas de colgar, pero pongo los ojos en blanco y respondo.

—Hasta ahora muy bien, gracias.

—Siento mucho molestarte, pero no lo haría si no fuera una emergencia.

—¿Qué pasa?

—Nos ha llegado un nuevo caso.

—Me queda todavía una semana de vacaciones, ¿no hay nadie que se pueda hacer cargo?

—*Mmm* sinceramente, no —dice, mientras lo imagino mirando a su alrededor.

—¿Tan grave es?

—Han encontrado el cuerpo de una joven periodista dentro de la bañera de su casa cubierta de periódicos. Creo que estamos ante un caso claro de “censura” de información, y me gustaría mucho saber qué es lo que el asesino de la víctima no quería que saliera a la luz.

—Entiendo —respondo, haciéndome a la idea de que mis vacaciones acaban de terminar.

—Necesito que vengas, y lleves tú este caso. Me parece que vamos a necesitar mucha imaginación para resolverlo y no se me ocurre nadie con mejor intuición que tú. ¿Qué me dices?

—Que te odio mucho ahora mismo, pero que cambiaré el billete de vuelta para llegar lo antes posible —respondo cabreada y volviendo a poner los ojos en blanco.

—Gracias Silvia, gracias.

—Ya, ya. De nada. Te avisaré cuando llegue a Milán —le digo antes de colgar sin dejarle decir nada más.

Le paso el teléfono a la recepcionista, y me vuelvo a la piscina bufando y de mala leche.

Estoy tan cabreada que antes de volver a la hamaca me tiro de cabeza en el agua, aprovechando la inercia de la rabia que me impulsa. Por suerte no hay nadie dentro, así que

puedo llegar al otro extremo de la piscina sin detenerme.

Salgo del agua, sacudiéndome cual perrillo y me dirijo a la hamaca para coger la toalla, recoger mis cosas y regresar a la habitación.

Cambio mi billete de avión, que sale mañana a primera hora y tras una ducha, empiezo a hacer la maleta.

Las vacaciones en el paraíso de Silvia Oliveira acaban de terminar.
Veamos qué misterio nos depara este nuevo caso...

CAPÍTULO 1

Ruptura dolorosa

Savona, unos meses antes...

Karina era una joven periodista originaria de Europa del Este, que se había mudado a Savona por amor. Conoció a su media naranja en Rumanía, donde él estudiaba su último curso de periodismo realizando un Erasmus.

Ella era cinco años más joven que él y se encontraba en el difícil momento de elegir la carrera universitaria. Venía de familia humilde que había trabajado toda su vida para poder pagar los estudios de su única hija y proporcionarle un futuro que ellos no habían tenido oportunidad de obtener.

Karina no tenía claro lo que quería estudiar, no se le daba bien y tampoco le gustaba, pero no quería decepcionar a sus padres. Barajó varias carreras, pero ninguna le convencía.

Siempre le había gustado ser la protagonista de todo lo que hiciera. Cuando celebraban alguna fiesta familiar ella tenía que ser el centro de atención. Siempre era muy dicharachera y le gustaba mucho hablar, además era una joven muy curiosa, a la que siempre le interesaba saber el porqué de las cosas.

Se encontraba en la biblioteca, preparando los exámenes de acceso a la universidad, cuando por casualidad conoció a Darío, él estaba allí estudiando para su última prueba antes de graduarse.

Para ella fue amor a primera vista. Él sabía hablar rumano porque sus abuelos eran de allí, y enseguida entabló conversación con ella. Empezaron a salir y se dieron cuenta de que estaban hechos el uno para el otro.

Darío debía volver a Italia, ya que su año académico acababa ese verano, y tenía ya un puesto de trabajo asegurado en el periódico familiar. Él le contó su pasión por el periodismo, incluso la llevó a varios departamentos para que lo conociera más en profundidad, y finalmente le acabó contagiando su entusiasmo.

Darío regresó a Italia con la promesa de volver a verla en cuanto ella terminara sus exámenes.

La cumplió y se dieron cuenta de que no podían estar separados. Karina se inscribió en la facultad de periodismo de Savona, se mudaría allí con él y cuando acabara sus estudios podrían trabajar juntos. Lo tenía muy claro, él era el amor de su vida y haría lo que fuera por estar con él.

La relación entre ellos era idílica, Darío la presentó a sus amigos y a su familia, que enseguida se quedaron prendados de los encantos de la rubia. Ella se sentía como en casa, él la trataba como una reina, la colmaba de atenciones y de cariño. Darío vivía solo en un coqueto apartamento con vistas al mar, le encantaba aquel lugar, sobre todo para sentarse en la terraza a leer un libro mientras la brisa le acariciaba el rostro.

Los años fueron pasando, cinco exactamente, y Karina se graduó con la mejor nota de la promoción. Durante la carrera había consolidado su pasión por el periodismo y estuvo siempre agradecida a Darío por habérselo contagiado.

Tal y como le había prometido, consiguió un puesto en el periódico familiar junto a él.

Todo era perfecto para la pareja, hasta que un día Karina empezó a notar extraño a Darío. Durante los últimos meses, trabajaba mucho, demasiado, y apenas se veían, a pesar de estar codo con codo en la oficina cada uno tenía sus obligaciones y no les quedaba mucho tiempo para estar a solas.

Por una casualidad, mientras Darío se duchaba, Karina vio un mensaje que le llegó a su móvil.

Era una alerta de un chat de citas. Se quedó inmóvil, no se podía creer lo que estaba leyendo, pero enseguida dejó el teléfono en su sitio. No obstante, le pudo la curiosidad y lo abrió. Quedó boquiabierta y se le escapó el móvil al suelo, provocando que se rompiera la pantalla y alertando con el golpe a Darío, que ya había salido de la ducha.

Abrió la puerta de inmediato y se encontró a Karina con los ojos llorosos, la mano en la boca y su móvil roto en el suelo.

—¿Qué ha pasado, amor?

—¿Desde cuándo?

—¿Desde cuándo, qué? —preguntó extrañado.

—¿Desde cuándo tienes la necesidad de ver a otras mujeres?

Darío, asumiendo su culpa, se derrumbó y se sentó en la cama con la cabeza entre sus brazos.

A Karina se le iba a salir el corazón por la boca, estaba muy nerviosa y se derrumbó en el suelo, llorando.

Él, en lugar de ayudarla se vistió y la dejó allí, en la habitación, completamente rota y destrozada.

Nunca le llegó a contar nada, al día siguiente él recogió sus cosas y se marchó de la casa. Le dejó una nota en la que le pedía que no volviera a verle, el finiquito del despido del periódico y la escritura del piso a su nombre.

Karina se derrumbó, se le cayó el mundo encima. No podía entender qué era lo que había pasado. Ella siempre intentaba complacerle, aunque no tuviera ganas. Era consciente de que el tiempo había pasado y ya no era la niña que él conoció, pero para su edad tenía muy buen físico, se cuidaba y era una mujer muy atractiva. No entendía por qué él tenía la necesidad de buscar a otras mujeres.

Esperó mucho tiempo una llamada suya, una disculpa, una explicación que nunca llegó, Darío desapareció, sin más y Karina no volvió a hablar con él, hasta hacía apenas unos meses...

CAPÍTULO 2

Inicio

Milán, hoy...

Llego a comisaría de mala leche y con cara de pocos amigos. Abro la puerta de la oficina y se giran todos para mirarme.

—Eh, Silvia, bienvenida de nuevo, te habíamos echado de menos —me dice Hiroshi, dándome una palmada en el hombro.

Le miro con cara de asesina, porque sé que habla en tono irónico, pero se lo tengo que perdonar, así que me limito a responderle con un gruñido.

—El jefe te espera en su despacho, está desesperado, aviso.

—*Shukran* —le respondo gracias en árabe, haciendo evidente mi fastidio por haberme truncado mis vacaciones.

Llego al despacho de Cesare, que se encuentra enfrascado entre los papeles que tiene encima de la mesa. Veo que se ha dejado bigote, ahora tiene todavía más aire de un comisario de las series de televisión.

—Silvia, por fin has llegado —me dice, con cara de alivio como si se le hubiera aparecido la virgen.

Pongo los ojos en blanco y resoplo con fastidio.

—Ajá... —respondo con condescendencia.

—Mira, ven. Es un caso muy raro. Como te dije se trata de una joven periodista. La escena es grotesca y parece preparada, apareció muerta en la bañera rodeada de periódicos. No presentaba signos de violencia en su cuerpo, pero la ventana de la habitación estaba abierta, por lo que no parece tratarse un suicidio, ya que hay indicios de que no estaba sola en el momento de su muerte.

Los forenses están analizando la habitación y el baño para encontrar más pistas. La cama estaba deshecha y había dos vasos encima de la mesilla.

—¿Tenemos el resultado de la autopsia?

—Todavía no, están en ello.

—¿Causa de la muerte?

—No se sabe todavía, aunque el cuerpo se encontraba medio fuera de la bañera, podrían barajarse varias hipótesis. Y, por otra parte, todos esos periódicos esparcidos por la zona...

—¿Qué pone en ellos? ¿Tratan algún tema en particular?

—Los que estaban dentro del agua han quedado prácticamente ilegibles, esperaremos a que los expertos puedan decirnos algo al respecto, quizá si se ha mantenido visible la fecha podamos sacar información. El resto que se encontraban por el suelo tienen todos algo en común, son noticias de submarinismo.

—Ajá. ¿La víctima lo practicaba?

—Al parecer había empezado un curso hacía unas semanas.

—Ajá. ¿algo más?

—De momento no, eso es todo. Deberemos esperar los resultados de la autopsia del instituto de Savona.

—Ah, ¿lo analizan allí?

—Sí.

—Y ¿por qué no lleva el caso la brigada de la zona?

—Porque están saturados, escucharon la noticia de Michele y han querido encargárnoslo a nosotros para que les echemos una mano, y como ya sabes no hay nadie mejor que tú para ello.

Pongo los ojos en blanco de nuevo.

—Está bien, dame lo que tengas y me pongo a ello —le digo, girándome para salir del despacho.

—Eso está hecho, Hiroshi te llevará los documentos y te dará la información para que te pongas en contacto con el instituto.

Estoy a punto de cerrar la puerta al salir del despacho, cuando Cesare me llama.

—Eh, Silvia. Gracias.

—De gracias nada, me debes una semana de vacaciones pagadas en una kasbah de lujo de Marruecos, y quiero otro aumento.

Cesare resopla, pero sabe que debe mantenerme contenta.

—Hecho —responde finalmente.

Cierro la puerta tras de mí, dibujando una sonrisa malévola en mis labios, orgullosa de mí misma.

Un nuevo caso se presentaba, debía ponerme a trabajar.

CAPÍTULO 3

Al lío

Milán, hoy...

Apenas he tenido tiempo de deshacer la maleta, ya que, prácticamente la he tirado en casa y me he dirigido a la comisaría para ponerme al día.

Al llegar a mi pequeño pisito, mi refugio, me siento en paz y tranquila. Me encanta estar sola, no soporto el bullicio, las aglomeraciones, incluso a veces me molesta la simple respiración de las personas.

Amo el silencio y los ruidos blancos que no me taladran la cabeza. Me gusta la cerveza y el vino, aunque no tengo la costumbre de beber. Me gusta trasnochar y levantarme cuando ya es de día. Me gustan los animales, aunque nunca he querido hacerme responsable de tener ninguno.

Odio el tabaco y los olores fuertes, recuerdo cuando mi hermana en la adolescencia empezaba a salir de fiesta con sus amigas y volvía a casa con un olor horrible. Se quedaba toda la habitación impregnada durante horas, otro motivo más por el que no salgo de fiesta.

No creo en el amor, nunca lo he hecho y no creo que lo haga. Pienso que la sociedad está manipulada por un cuento de princesas Disney, que alienta a las jóvenes a emprender la búsqueda de su príncipe azul que no existe. Bueno, allá ellas con sus ilusiones, no seré yo quien se las quite.

Esto es uno de los mayores motivos de discusión con mi madre. Ella siempre ha querido que yo fuera como Laura, mi hermana la perfecta. La rubia, la lista, la popular, la querida por todos, pero nunca seré como ella. Debe admitir que somos gemelas pero que nos parecemos como un huevo a una castaña.

No obstante, tras lo ocurrido en el último caso y al ver que podía perderla, la he revalorizado. Me he dado cuenta de que, a su manera, me acepta como soy, quizá sea la única persona que lo haga. Al fin y al cabo, compartimos útero durante ocho meses y medio, algo se tiene que notar. Ella nació primero, se ve que tenía más ganas por venir a este mundo que yo, y era menos vaga. Yo creo que ya sabía lo que me esperaba fuera de aquel refugio de mamá, y por eso alargué al máximo posible la salida.

Así era como me sentía cuando estaba en mi casa, en mi refugio y tranquila. Aunque de vez en cuando me gustaba salir un poco de mi zona de confort, para luego valorarlo más.

Inspiro profundamente llenando mis pulmones de la mezcla entre canela y madera envejecida. Es el aroma de mi casa, de mi hogar.

Soy bastante desastre en lo que al orden se refiere, por lo que tengo que sortear la maleta, las botas y las bolsas tiradas por el suelo.

Tengo que hacer una limpieza porque si no se me va a acabar comiendo la mierda, como dice

mi madre.

Me pongo manos a la obra, preparo una lavadora, recojo lo que está limpio y coloco en la estantería los recuerdos de mis vacaciones. Un frasquito de cristal con arena del desierto, una figura de un camello en mármol y un trilobite, todo muy típico.

También me compré un turbante y una túnica. Me dejé llevar por la “euforia” del turista.

Una vez está todo más o menos decente, ceno y abro las carpetas del nuevo caso. A ponerse manos a la obra.

CAPÍTULO 4

Información

Milán, hoy...

Duermo como un bebé, casi tanto que cuando me despierto no sé ni dónde estoy. Me había acostumbrado a la habitación enorme de la kasbah, y en un gesto automático alargo el brazo buscando la botella de agua que tenía en la mesilla, pero con lo único que me encuentro es con la pared. Entonces me doy cuenta de que estoy en casa porque Cesare ha interrumpido mis vacaciones, y mi burbuja de felicidad explota.

—*Baaahh* —murmuro, con desgana, girándome para dormir cinco minutos más.

Cuando suena la alarma de nuevo han pasado dos horas.

—*Mieeeeerda* —exclamo, apartando la colcha de la cama con mala leche.

Voy corriendo al baño a asearme, cojo la mochila y me voy a la comisaría. Había quedado con Hiroshi para que me diera los informes y empezar a trabajar.

Al llegar a la oficina, Cesare me mira con cara de pocos amigos. Se le ha pasado la emoción de verme del día anterior.

—Silvia, ven a mi despacho —me grita.

—Sí, señor —le respondo, haciendo el gesto militar.

—Siéntate —me ordena—. Tengo que comentarte algo, me han dicho que te necesitan en Savona. Van a llevar las investigaciones allí, te pondrán un ayudante, pero para agilizar tiempo, te quieren allí.

—Esto no estaba previsto en el plan —respondo, enfadada.

—Lo sé, lo sé, pero así están las cosas —me dice, algo cabizbajo.

—No hay otro remedio, ¿verdad?

—Me temo que no.

—¿Cuándo tengo que ir? —pregunto, cabreada.

—Mañana.

Pongo los ojos en blanco, enfadada y salgo del despacho sin despedirme, una vez me ha dado las instrucciones.

—Eh, Silvia, cuando puedas ven un momento que te doy la información que tenemos —me dice Hiroshi.

Decido hacer todo cuanto antes para poder volverme a casa y prepararme psicológicamente. No tengo muchas ganas de trasladarme a Savona durante no se sabe cuánto tiempo, ya que sé cómo funcionan estas cosas y pueden pasar meses hasta que demos con el resultado.

Hiroshi me da la documentación. Apenas hay información sobre la víctima y algunas

fotografías.

En una de ellas puedo verla. Es una joven muy blanca de piel, con el pelo rubio rojizo y muy rizado. Dientes muy pequeños y boca extremadamente grande. No es muy agraciada, debo decir, pero eso no debería importarme. No obstante, tiene algo que hace que me caiga mal. No sé si voy a poder ser muy objetiva en este caso.

Al llegar a casa reviso las direcciones y veo que me han proporcionado el alquiler de un piso que está muy cerca del mar. Espero que no esté en una de esas zonas plagadas de turistas.

Añado el contacto de Valeria, la chica que me han asignado para ayudarme y de Reinaldo, el responsable de la operación.

Les envío un email avisándoles de que llegaré mañana por la tarde.

He decidido ir con mi coche particular, ya que lo prefiero a los que tenemos en comisaría y me resulta más cómodo disponer de él mientras esté allí, que depender del tren o del autobús.

Una vez tengo todo organizado, hago una maleta improvisada y me acuesto con un millón de ideas en la cabeza. No obstante, hasta que no llegue allí y vea el cuerpo, mi intuición no funcionará al cien por cien.

CAPÍTULO 5

Toma de contacto

Savona, hoy...

Así como la carretera para llegar al pueblo de Michele se me hizo eterna, entre el tráfico y el mal estado del asfalto, el recorrido hasta Savona se me ha pasado volando.

Me ha costado más salir de Milán, y eso que no vivo en el centro, que llegar hasta allí.

Se nota que nos acercamos a la primavera, porque el sol va calentando más y las jornadas son más largas.

Había estado solo un par de veces en Savona, hacía muchos años y apenas lo recordaba. He de decir que el apartamento que me habían asignado está muy bien. No está en la típica zona turística sino en un barrio bastante tranquilo, a pesar de estar cerca del puerto, menos mal.

Margaret, la mujer de referencia para que me entregue las llaves, me está esperando en la puerta del garaje.

Es la típica maruja que habla mucho porque está aburrida, pero por suerte para mí, la llaman por teléfono cuando estaba desarrollándome un perfecto monólogo sobre las gaviotas que le llenan el balcón de cagadas.

Iba en delantal y con zapatillas de estar por casa, sólo le faltaban los rulos para ser una maruja de manual.

Espero pacientemente hasta que termine la llamada, pero se me está acabando la paciencia y le hago un gesto para que se dé cuenta de que la estoy esperando. Entonces cuelga, y no sin antes darme los detalles que no me importan sobre la conversación que acaba de tener con su hija, me da un manojo con varias llaves y me explica de dónde es cada una. Me indica la entrada del garaje, que es un poco particular y aparco a mi chiquitín, como le llamo a mi coche.

Como no encuentro la salida peatonal, subo la empinada rampa de caracol hasta regresar a la calle.

Es un bloque pequeño, únicamente tiene cuatro viviendas, pero creo que dos de ellas están vacías.

El edificio es muy antiguo, las paredes externas de piedra están cubiertas por moho, y parece que a nadie le importa. Pero una vez abro la puerta de piso, veo que está reformado, y por la primera impresión que me da, muy limpio y cuidado.

No es muy grande, se trata de un estudio de una habitación, baño y el salón está unido con la cocina, tiene todo lo necesario para mí.

Enfrente de la puerta de entrada, un ventanal que ocupa toda la pared hace su función de puerta para un pequeño balconcito con vistas al mar desde el puerto. Eso me gusta. Salgo a que me dé la brisa marina en la cara y cierro los ojos. Durante unos instantes que duran muy poco, ya

que suena mi teléfono, me siento flotar.

—Dígame —respondo sin mirar, brusca ya que me han fastidiado mi pequeño momento de felicidad.

—Hola Silvia, soy Cesare ¿has llegado bien?

—Sí, ya estoy en el apartamento. Gracias.

—Muy bien, le aviso a Reinaldo de que has llegado.

—Ya le envié ayer un email.

—Ya me ha dicho, pero hay novedades sobre el caso.

—*Grrrrrr* —gruño porque no me dejan en paz. Necesito tranquilidad.

—Buena suerte y deja el pabellón bien alto —dice antes de colgar sin esperar respuesta.

Quince minutos más tarde, suena mi móvil.

—Silvia, soy Reinaldo. ¿Podemos quedar? —me pregunta con una voz aguda.

—Hola, Reinaldo, sí.

—Perfecto, te paso por WhatsApp la dirección de la comisaría y nos vemos aquí.

—Okey.

Cojo mis cosas y me dirijo hasta allí. Pocos minutos después de salir de mi nueva casa, atravieso una barrera de seguridad al llegar al parking de un edificio muy moderno a las afueras de la ciudad. Por suerte tengo plaza reservada para aparcar, lo cual agradezco porque odio buscar sitio.

Aviso de mi llegada a la chica de recepción y me indica que espere en una pequeña salita.

Me rio para mis adentros cuando tras la puerta aparece Reinaldo, que es prácticamente el “primo” de Cesare. Es igual que él, pero algo más joven. Me quedo un poco parada por la similitud y quizá Reinaldo lo malinterpreta porque enseguida me pregunta si estoy bien.

—Sí, perdona —respondo.

Me presento, y el hombre me guía hasta su despacho.

—Ahora te presentaré al resto del equipo, aunque a quién más vas a ver es a Valeria —me explica, amablemente.

No me deja articular palabra, no para de hablar y de hablar. Le noto un cierto acento portugués, y me dan ganas de preguntarle si es de allí, pero me es imposible interrumpirle, por lo que le dejo que siga hablando, a veces sin hacerle mucho caso.

En esta característica no se parece mucho a Cesare, que es hombre de pocas palabras.

—Pasa, Silvia —me dice Reinaldo, indicándome el pasillo que nos lleva al interior de la comisaría.

Me pitan los oídos de felicidad cuando se calla al fin. Me estaba poniendo la cabeza como un bombo. Espero no tener que estar mucho con él porque no sé cómo acabaré reaccionando.

Entramos en un hall enorme, acristalado y muy luminoso. Parece más un hotel de lujo que un edificio de policía. Tiene incluso una cascada de agua en uno de los laterales y hiedra que cuelga del techo.

Se respira un ambiente demasiado tranquilo. Me gusta, ya que no hay mucha gente y me da la sensación de desconectar un poco del trabajo.

—¿En este edificio se encuentra también la sala de autopsias y el depósito de cadáveres? —pregunto.

—No, aquí tenemos únicamente las oficinas. Las autopsias las hacen en el hospital. Está a unos cinco minutos andando desde aquí —dice, señalando un edificio circular en la colina de al lado.

—En la comisaría de Milán somos especiales, tenemos la sala dentro para poder agilizar las

pruebas y no depender del hospital —explico.

—Entiendo, entiendo —murmura Reinaldo.

Me va guiando por el edificio, donde una vez fuera del hall, conserva una apariencia de unas oficinas convencionales.

Llegamos hasta una puerta, donde me invita a pasar.

—Bienvenida a la comisaría de Savona —dice, orgulloso.

Al entrar en la sala, veo varias de las cabezas que se giran para mirarme. Me siento como la primera vez que entré en nuestra comisaría.

Todos me miraban con curiosidad como si fuera un bicho raro, y a mí lo único que me importaba era saber dónde estaba el depósito para poder empezar a trabajar.

—Te presento a Valeria —dice, indicando a una joven pelirroja que se levanta de la silla para saludarme—. Ella será tu ayudante y se convertirá en tu sombra.

—Hola, Silvia, tenía muchas ganas de conocerte —me dice, tímida.

Le doy la mano con cordialidad. Me cae bien enseguida. Parece que no me va a molestar mucho con esa timidez.

Reinaldo me presenta el resto de los miembros del equipo, aunque yo ya no le hago caso. No dejo de pensar en cuándo veré el cuerpo de Karina.

Cuando hemos acabado las presentaciones, finalmente; Reinaldo, Valeria y yo vamos al hospital.

Allí nos está esperando la “Giulia” de Savona. Se llama Emma y nos da la bienvenida a la cámara dónde tienen el cadáver de Karina.

—Hola, Silvia, encantada —se presenta.

—Hola. ¿Cómo va la autopsia? —pregunto, directa.

—Bien, me faltan algunos análisis, pero tenemos clara la hora y la causa de la muerte.

—Bien. ¿Puedo ver el cuerpo?

—Sí, pasa.

Reinaldo y yo avanzamos para entrar en la sala siguiendo a Emma, pero Valeria se queda en la puerta, inmóvil.

—Venga, Valeria, ven —le insta Reinaldo.

—Yo... esto... no... preferiría no entrar —dice, titubeando.

—Valeria, los cadáveres nos dan mucha información. Es importante que lo veas si quieres investigar su muerte —le digo, seria.

Ella parece activarse con mis palabras, ya que se acerca con paso decidido.

Emma cierra la puerta y ante nosotros se encuentra la mesa de metal con el cuerpo de Karina cubierto por una sábana.

—Antes de que me digas nada, me gustaría observarla —le digo a Emma.

Me gusta seguir mi propio protocolo y para ello, me acerco a ella, mientras el resto me observan en silencio.

Descubro la sábana y puedo ver el cuerpo inerte de la joven. Difiere un poco de las fotos que he visto de ella, aunque sigue conservando esa boca demasiado grande que tan poco me gusta.

Si ya en vida tenía una piel blanca como la leche, el efecto en el cadáver se incrementa todavía más. Es de los cuerpos más blancos que he visto nunca. Podría decir que casi incluso refleja la luz del fluorescente que la ilumina.

Aparte de esta característica, me llaman la atención la multitud de cicatrices que tiene en las muñecas.

Parecen de hace varios años y me da que pensar muchas cosas.

Me acerco al rostro, era joven, apenas veintinueve años. Tiene la piel con marcas de acné, que seguramente tuvo durante la pubertad, y unas profundas ojeras negras bajo los ojos.

Su rostro no me gusta, repito que tiene algo que no me da buena espina. Seguro que, si la hubiera conocido, sería de las que me caen mal enseguida.

—¿Qué puedes decirme, Karina? —le pregunto.

Reinaldo, Valeria y Emma me miran como si estuviera loca, pero creo que Cesare ya les había contado algo sobre mis métodos y se limitan a observarme sin hacer preguntas, lo cual agradezco.

El cuerpo me transmite bastante más de lo que me esperaba. Apunto todo en mi cuaderno y una vez he terminado de examinarle, me despido de ella lanzándole una última mirada y la cubro con la sábana.

Cierro mi cuaderno y me dirijo a Emma.

—Causa de la muerte, asfixia por una bolsa de plástico— le digo.

Emma parece quedarse algo sorprendida por mi afirmación, ya que no soy médico, pero como siempre digo, los cadáveres me hablan y me dicen un poco sobre su muerte. Ojalá pudieran decirme todo, mi trabajo sería mucho más fácil, pero estaríamos ante un caso de ciencia ficción.

—Correcto —responde Emma con admiración.

Me entrega el informe y con una pizca de orgullo leo el resultado.

EXAMEN EXTERNO:

El cuerpo presentaba intensa congestión facial y cérvico-torácica. Livideces confluyentes no fijadas en el plano posterior, rigidez instaurada, aunque vencible. En el momento del levantamiento se apreció línea pálida incompleta en ambas regiones laterales del cuello (correspondiente a la zona de ajuste de una bolsa), no se evidenciaron otras lesiones.

EXAMEN INTERNO:

Síndrome general asfíctico con enarenado hemorrágico de sustancia blanca cerebral, intensas petequias viscerales subpleurales y, en menor número, subepicárdicas, intenso edema y congestión pulmonar (pulmón derecho 600 g. e izquierdo 500 g.), congestión hepática. El corazón pesaba 250 g. La autopsia cervical se practicó tras la apertura de las cavidades craneal y toraco-abdominal. Se encontró infiltración de ambos músculos esternocleidomastoideos, más intensa en el derecho, y espuma en zona epiglótica. No se identificaron otras lesiones cervicales.

PRUEBAS TOXICOLÓGICAS:

Se recogió sangre, humor vítreo, bilis y contenido estomacal para estudio de etanol, psicofármacos y cribado general de sustancias tóxicas mediante Cromatografía de gases-Espectrometría de masas. Los resultados arrojaron unas cifras de etanolemia de 1,56 gr/l. Se detectó diazepam en bilis, orina y contenido gástrico.

CONCLUSIÓN:

A la vista de los datos observados se concluyó que la muerte ocurrió por anoxia anóxica por SPB de etiología.

—Ajá —exclamo, tras leerlo.

—En la habitación se encontraron dos vasos. Al parecer la víctima no estuvo sola, lo cual nos hace pensar que se trata de homicidio —explica Reinaldo.

—Mmm —asiento, sin mirarlo.

—Los de científica han buscado huellas en los vasos, pero no han encontrado nada. Tampoco hay indicios de que la puerta fuera abierta a la fuerza, por lo que si tuvo compañía era alguien que la conocía.

—¿Y los periódicos que se encontraron junto al cuerpo?

—Todos tratan sobre submarinismo, es la característica en común.

—¿Podemos verlos?

—Sí, se han guardado en el archivo del caso. Los que estaban dentro de la bañera, apenas son legibles, pero los guardamos también.

—Muy bien, pues creo que con esta información podemos empezar a trabajar —le digo.

—Muchas gracias, Emma —saluda Reinaldo antes de salir de la sala.

Nos dirigimos de vuelta a comisaría. Durante el viaje, Valeria y Reinaldo comentan algunos detalles sobre el levantamiento del cadáver, pero yo ya no les estoy prestando atención. Mi mente se encuentra en otro lugar.

CAPÍTULO 6

Conociendo a la víctima

Savona, hoy...

Antes de buscar al asesino de la víctima, es muy importante conocer su vida. Meterse en su cabeza y seguir todos sus movimientos. Prácticamente rehacer sus últimos días hasta el momento de su muerte. Ver con sus ojos y escuchar con sus oídos.

Para ello, tengo que empezar por sus orígenes.

Revisando su ficha, consta que Karina venía de Europa del Este, más concretamente de Cluj Napoca, una hermosa ciudad de Rumanía. Llevaba en Savona desde los diecinueve años. Estudió periodismo y fue de las mejores de su promoción. Se graduó y empezó a trabajar en un periódico familiar. Tres años después cambió y empezó como Freelance.

Todavía no he conseguido mucha información sobre sus aficiones o las actividades que desempeñaba en el tiempo libre.

Parecía una chica bastante reservada. Demasiado, diría yo, para ser periodista.

Como siempre hago, me dejo tentar por la curiosidad de buscar en internet sobre ella. Parece que no le gustaban mucho las redes sociales, ya que no encuentro ningún perfil con su nombre. Lo que sí me llama la atención, son algunos archivos referentes a cursos públicos en los que se había inscrito.

Había hecho dos cursos de escritura. Ganó dos años seguidos un concurso de relatos local y también veo que participó en unas olimpiadas de invierno, un estilo triatlón de deportes invernales.

Empiezo a crear el cuadro resumen de Karina.

Al abrir la libreta donde los apunto, me encuentro con el resumen que hice para el caso de Michele. Los recuerdos me invaden y durante unos minutos me traslado al pasado, junto a Paola, Sergio, Nicole, mi hermana, Riccardo y mis padres.

«¡Menudo caso!», pienso con un cierto tono de nostalgia.

No puedo evitar pensar en mi hermana. Gracias a todo lo que vivimos juntas, empecé a darme cuenta de que es más importante para mí de lo que yo creía. No obstante, seguía descuidándola un poco.

Sorprendiéndome a mí misma, cojo el móvil y le envío un mensaje para preguntarle cómo está.

Ella que tiene el teléfono como una extensión de su mano, me responde al instante.

—Holaaaaaaa.

No me da tiempo a contestar porque ya me está haciendo videollamada.

Pongo los ojos en blanco. Una cosa es que me haya acordado de ella, otra es que ahora me tenga aquí dos horas charlando, pero respondo.

—Hoola —digo con fastidio.

Ella me mira desde la pantalla con una sonrisa enorme y un brillo en sus ojos azules, tan iguales a los míos.

Me he quitado las lentillas para estar por casa y estoy trabajando con las gafas, así que podría decir que los ojos que veo en la pantalla son un reflejo de los míos.

—¡¡¡¡Hermanita!!!! Qué alegría me has dado. Ni te imaginas las ganas que tenía de hablar contigo, pero como estás siempre tan ocupada, no me he atrevido a llamarte. ¿Qué, tal, qué tal por Marruecos? Cuenta, cuenta.

No les había dicho que había tenido que volver de urgencia de mis ansiadas vacaciones.

—Estoy en Savona —respondo, con un cierto tono de fastidio.

—¿En Savona? ¿Qué haces allí?

—Trabajar....

—¿Pero y tus vacaciones?

—Los malos no descansan, así que no respetan las vacaciones de nadie.

Le cuento por encima lo que pasó, y los motivos por los que tuve que renunciar a mi paraíso marroquí.

—¡Jo! ¡Pues vaya! Lo siento mucho. Espero que Cesare te lo compense, sino tendré que ir yo a hablar con él. Tras lo ocurrido en el caso de Michele, te merecías esas vacaciones, y él lo sabe.

Pongo cara de circunstancias asintiendo a su afirmación.

La dejo que me cuente y me ponga al día, sobre las nuevas cortinas que ha comprado para el salón, la sorpresa que le ha preparado a Riccardo por su aniversario dentro de un mes, me cuenta que estuvo con mamá la semana pasada y una retahíla de cosas más a las cuales no hago mucho caso.

Cuando parece que ha terminado, empieza el turno de preguntas.

¿Cuándo he llegado? ¿Hasta cuándo estoy? ¿Dónde me alojo? ¿Si estoy sola? Y blablablá.

Le intento contestar de la mejor manera posible, hasta que aguanta mi paciencia y después de un rato cuelgo con dolor de cabeza. La quiero mucho, pero es muy pesada cuando se pone.

Me refresco la cara con el agua del lavabo y me asomo al balcón para tomar un poco el aire a ver si se me pasa el dolor de cabeza.

Entre el tiempo dedicado a la investigación y la llamada de mi hermana, se ha hecho de noche sin apenas darme cuenta.

Hace bastante fresco todavía cuando se va el sol, por lo que no aguanto mucho estando fuera, pero me quedo mirando embobada el reflejo de la luna en el mar desde dentro.

No sé por qué me está gustando tanto este sitio.

Últimamente parece que estoy más receptiva con la vida en general y menos amargada. ¿Estaré cambiando?

Quizá sea la edad.

CAPÍTULO 7

Investigando

Savona, hoy...

Creo que noto que no estoy en mi casa, ya que me despierto bastante antes de que suene el despertador, pero misteriosamente no tengo sueño y estoy cargada de energía, por ello me pongo en marcha.

Veo que tengo varias llamadas perdidas de Valeria, por lo que la llamo.

—Silvia —responde con voz nerviosa—, disculpa si te he molestado. Estoy revisando información sobre el caso y me gustaría enseñarte algo. ¿Puedes venir a comisaría? ¿O quedamos en algún sitio?

—Hola, Valeria. Quedamos por algún bar de aquí cerca, que todavía no he desayunado.

Concretamos un lugar y quince minutos después la encuentro esperándome en una mesa redonda en la terraza del bar.

Se levanta cuando me ve llegar y la saludo cordialmente. Ella asiente, tímida. Incluso baja la mirada, apartando de ella sus enormes ojos verdes.

Pido un café, aunque no sea una gran amante del mismo, y un par de tostadas con mantequilla.

—Dime —le digo, yendo al grano.

Ella saca unos papeles de su bolso y me los entrega.

En ellos aparecen varias fotografías de Karina junto a un joven. Parece que eran pareja, ya que en algunas de ellas aparecen en situación cariñosa.

—¿De dónde las has sacado? —pregunto, con curiosidad.

—De una red social —responde, con cierto tono de orgullo.

—Anda, ayer estuve buscando, pero no encontré ningún perfil con su nombre.

—Sí, porque el perfil no es suyo, sino de él.

—¿Quién es?

—Cuando vi el cuerpo de la chica, me recordó algo. Hace tiempo me apunté a un curso de submarinismo con unas amigas, pero me di cuenta de que no era lo mío y lo dejé. Pero me acuerdo del instructor... —baja la mirada de nuevo, tímida—. Era muy guapo y lo busqué en redes y en alguna de las imágenes aparecía él. Así que ya había visto todas esas fotos, pero no las relacioné con la chica hasta que vi el cuerpo.

—O sea, ¿Karina tenía una relación con él?

—Las imágenes son antiguas, tendrán unos cinco años, más o menos.

—¿Estaban publicadas en el perfil del chico o en el de ella?

—En ambos, en el de él había una, pero al estar etiquetada ella, y tener su perfil libre pude ver más fotos suyas.

—Muy bien, buen trabajo, Valeria —le respondo, verdaderamente complacida.

Tras tomar el café y entrar en el perfil de Karina, para ver las fotos que me comentaba, nos dirigimos a la comisaría para reorganizar la información.

—Bien, deberíamos hablar con el joven de las fotos. ¿Sabemos algo de él? —le pregunto.

—Por desgracia no va a ser posible hablarle—me dice, apenada—. Se llamaba Darío, murió hace apenas unos meses en un accidente de submarinismo.

—*Mmm.*

—Una pena, tan joven, tenía tan solo treinta y cuatro años —añadió con un hilillo de voz.

Se ve que le gustaba mucho ese chico.

—¿Qué le ocurrió?

—Un fallo con los manómetros de las bombonas de oxígeno.

—*Mmm* —respondo, pensativa.

Tendré que hacer una visita al centro de submarinismo para buscar más información.

Saco mi libreta y lo apunto a modo recordatorio.

Seguimos hablando un poco más, mientras analizo de nuevo las fotos. Parecen una pareja normal. Posan felices, besándose y se muestran enamorados.

Siguiendo el historial de las fotos, parece que dejaron de verse de manera brusca, ya que hay un periodo constante de imágenes, prácticamente desde el inicio de la cuenta, y cronológicamente, hace aproximadamente un año, desaparecen en ambos perfiles.

Darío no publicó muchas fotos después de aquello, pero Karina sí, me engañó la primera impresión de chica alejada de las redes que me dio, ya que se le veía bastante activa. Se ocultaba bajo un seudónimo difícil de identificar: Lady Mir.

Unas semanas antes de su muerte, publicó una frase un tanto intrigante.

“La venganza se sirve fría y todos los secretos acaban descubriéndose”.

Apunto todo en mi cuaderno y tengo una corazonada. Me despido de Valeria. Necesito estar sola, y movida por mi instinto regreso al piso para coger el coche.

CAPÍTULO 8

Incredulidad

Savona, hace dos años...

Karina se vio obligada a salir de la vida de Darío de un día para otro. Se sentía aturdida y desplazada. Le estuvo dando muchas vueltas a lo que le habría podido pasar para que le hiciera aquello y no conseguía entenderlo.

Desde entonces su vida se vio convertida en un infierno. Sin pensarlo se quedó sin novio y sin trabajo en el mismo día. Lo único que tenía era el piso donde habían vivido juntos.

No podía dejar de pensar en él cada día, incluso intentó ponerse en su lugar, aunque le fue muy difícil llegar a una conclusión de por qué estuvo dispuesto a abandonarla. Estaba convencida de que se estaba equivocando y de que se iba a arrepentir. Por ello decidió intentar recuperarle.

Antes de marcharse de su casa se prometió a sí misma que descubriría el motivo por el que le estaba haciendo aquello.

Darío la eliminó de las redes sociales, pero ella se creó una cuenta falsa para poder seguirle. No tenía contacto con ninguno de sus amigos, por lo que tuvo que hacerlo todo ella sola, pero no le importaba con tal de conseguir su objetivo: recuperarle.

Él parecía que quería eliminarla de su vida por todos los medios. Ya poco le importaban los recuerdos que habían compartido juntos durante varios años de su vida.

Se enteró de que estaba pensando en cambiar de academia de submarinismo para llegar poco a poco a ascender a director de los cursos de inmersión.

Investigaba todos sus movimientos. Sabía que había alquilado una habitación. Lo siguió cuando hizo la mudanza. Se quedaba debajo de su ventana a observarlo y sabía cuándo se levantaba, cuándo salía de casa, cuándo volvía, incluso con quién hablaba.

Había contratado los servicios de un detective privado que le había ayudado a conseguir toda la información hasta tenerlo del todo controlado.

Unos meses después, descubrió que había conocido a una chica. Se enviaba mensajes con ella y en varias ocasiones se quedaba a dormir en su casa.

Karina no podía creerlo. ¿Cómo le podía estar haciendo eso a ella?

Cada día que pasaba se sentía más sola. Notaba mucho su ausencia y no lograba entender aquella reacción. Ellos eran felices, ¿Por qué había pasado a tratarla como si no existiera?

Darío era un hombre muy atractivo. Su físico no era el de típico musculado, pero tenía un imán para las mujeres, incluido para ella misma.

Él había sido suyo durante mucho tiempo, y no aceptaba que aquello se hubiera acabado.

Darío era suyo, y no podía admitir que fuera de nadie más.

Debía recuperarlo y demostrarle que ella había sido siempre su alma gemela.

CAPÍTULO 9

Descubrimiento

Savona, hoy...

Conduzco durante una media hora hasta llegar a la escuela de submarinismo donde había estado Darío.

Se encuentra en un pueblo llamado Arenzano, cerca de Génova. Aparco el coche cerca del local, en el que un rótulo en vinilo indica el nombre y la actividad “Haven Diving Center srl. Centro immersioni, Scuola subacquea”

Necesitaba hablar con alguien que me explicara qué había ocurrido aquel día, y ver si podían darme alguna información sobre Karina.

Como siempre que me ocurre cuando me dejo guiar por mi instinto, no tengo en cuenta el factor lógico y real, y al llegar a la puerta, me encuentro con que la academia está cerrada.

Son las seis de la tarde, y en el horario de apertura indica que cierran a las cuatro.

—¡Mierda! —exclamo con rabia.

Doy una vuelta por la academia y me doy cuenta de que hay pegados algunos carteles en la pared.

“Cerrado permanentemente”

En el cartel no indica los motivos, pero puedo ver que hay algunos recortes de periódico en los que aparece la noticia del accidente de Darío.

Es posible que hubieran precintado el local a causa del accidente para la investigación, a pesar de que ya han pasado varios años, y quizá por la mala prensa que tenía, al propietario no le saliera rentable la reapertura.

Cojo uno de los recortes del periódico y leo la noticia. Habla de lo que me había contado Valeria. En esos recortes aparece la fotografía de Darío en primera plana y explica que las causas de la muerte quedaban bajo secreto de sumario.

Me anoto el recordatorio para hablar con Reinaldo sobre este caso, aunque hubiera ocurrido en la provincia de Génova, quizá supiera algo.

Hago un par de fotos y apunto en mi cuaderno todo lo relevante y cuando creo que tengo todo lo necesario, regreso a casa.

Estoy a punto de salir del coche tras aparcarlo, cuando suena mi teléfono. Es Cesare.

—Dime —respondo, brusca.

—Silvia, ¿Cómo va el caso?

—Más lento de lo que me gustaría. Hemos descubierto que Karina tuvo una relación con un instructor de submarinismo.

—¿Cuándo le interrogáis? —me interrumpe, cortante.

—Cuando me haga médium.

—¿Eh? —preguntó, intentando interpretar mi respuesta ácida.

Casi le pude ver exasperado, tocándose su poblado bigote.

—Por desgracia, nunca. Murió en un accidente mientras realizaba una inmersión —explico.

Escucho blasfemar a Cesare al otro lado y me imagino su cara de fastidio.

—Bueno, pues usa tu don para solucionar el problema. Sé que puedes hacerlo —me dice antes de despedirse.

Me quedo un poco pasmada, ya que no esperaba esa insistencia. No sé por qué le interesa tanto este caso.

Entro en la casa y me golpea el olor característico de los edificios antiguos, tan cargado de historias que contar.

Como atraída por un imán, me dirijo hacia el balcón. Abro la puerta y la brisa fresca de la noche acaricia mi rostro.

Qué extraño el sentimiento que tengo en este lugar. Es como si me transmitiera paz, no lo entiendo. Permanezco unos minutos fuera, observando la luna reflejada en el mar, e imaginándome la vida de Karina. Debo intentar ir más a fondo en su caso, ya que es de las pocas veces que me encuentro tan confundida y perdida.

Salgo al salón, decidida a ponerme las pilas y planear mi siguiente movimiento.

Parece que Valeria va a ser de gran ayuda, me da la impresión de que es una chica que tiene muchas ganas de aprender y crecer en su trabajo. Me recuerda un poco a Laura, por su obstinación y entusiasmo. Creo que se podrían llevar bien.

Al cerrar la puerta del balcón, el aire hace un efecto “ventosa”, provocando un portazo muy violento.

Tanto es así que se salta el marco de madera que la rodea.

—Bien Silvia, cárgate el piso ahora... —murmuro, viendo que no encaja aunque le doy un golpe.

Sacudo la cabeza y vuelvo a mirar los papeles, hay mucho trabajo que hacer.

CAPÍTULO 10

Moviendo hilos

Savona, hoy...

Entro en comisaría como un elefante en una cacharrería. Todavía no me acostumbro a las miradas curiosas de los agentes. Cómo se nota que no me conocen.

—Hola Silvia, buenos días —me saluda Valeria, levantándose con una sonrisa de oreja a oreja.

Dirijo una mirada furtiva al despacho de Reinaldo, que tiene la puerta cerrada y no parece que haya nadie dentro.

—Hola, ¿dónde está Reinaldo? —pregunto, yendo al grano.

—Ha tenido que salir para hacer una inspección.

—Ajr —exclamo, con rabia—. ¿Cuándo volverá?

—No creo que tarde mucho... —responde.

Casi no ha acabado la frase cuando se abre la puerta y aparece Reinaldo con cara de pocos amigos.

—Reinaldo, ¿puedo hablar contigo un momento? —le digo, abordándole.

—¿Tiene que ser ahora? —pregunta, dando a entender que no tiene muchas ganas.

—Preferiría que sí.

—Venga, pasa —me indica, resignado.

Se quita el abrigo y lo cuelga en el perchero que tiene al lado de la puerta, y se sienta tras la mesa llena de papeles.

Me resulta curioso lo que se parece esta oficina a la de Cesare, con los muebles de madera oscura muy brillante, alfombra muy gruesa, y sillón de escritorio de piel negra.

Se sube las mangas de la camisa y se recuesta un poco hacia detrás en la silla.

—Dime, Silvia, perdona. ¿Cómo va el caso? —me dice, ya algo más relajado.

—Peor de lo que me gustaría. Hemos descubierto que Karina mantuvo una relación con el instructor de submarinismo que murió en un accidente.

—Me lo ha dicho Valeria.

En ese instante, cambio un poco la idea que me había hecho sobre ella... No me hace gracia que sea tan “lameculos”.

—Bien, quería preguntarte. ¿Sabemos algo sobre ese accidente?

Noto que se pone algo tenso. Se incorpora y apoya los codos sobre la mesa.

—El caso fue investigado por la comisaría de Génova. Puedes hablar con Natalia Sasso, que fue la encargada de ello. Creo que lo archivaron al calificarlo como accidente, pero ella te podrá decir algo más.

—Gracias, Reinaldo.

Me entrega un papel con el contacto de Natalia y salgo de la oficina como un rayo, dispuesta a llamarla.

Al pasar por la mesa de Valeria, me saluda de nuevo con esa sonrisa tan alegre, que ahora veo algo falsa. Le hago un gesto con la cabeza sin mucha efusividad y salgo de la comisaría.

Marco el número de teléfono que me ha entregado Reinaldo, con la esperanza de que Natalia me responda. Los días pasan y cada vez tengo más claro que hay algo extraño en este caso.

Karina no parecía una chica muy sociable, por tanto, me extraña que tuviera muchos enemigos. No obstante, por su profesión de periodista, me da la sensación de que sabía algo y que alguien no quería que lo contara.

Me parece un poco extraña la causa de la muerte, ya que por la escena del crimen me hace dudar. Tengo varias hipótesis que debo anotar y contrastar.

—Dígame —responde una voz femenina cuando estaba a punto de colgar.

—¿Natalia Sasso?

—Sí, soy yo. ¿Quién llama?

—Soy Silvia Oliveira, policía científica de la comisaría de Milán. Soy la responsable de la investigación sobre el caso de la muerte de Karina Radu. Reinaldo, el director de la comisaría de Savona, me ha proporcionado tu contacto para hablar sobre el accidente acontecido a Darío Florea, con el cual Karina mantuvo una relación. Cualquier dato que podamos obtener sobre su accidente podría servirnos para esclarecer algunos asuntos sobre el caso. ¿Sería posible concretar una cita para hablar sobre ello?

—Silvia, en primer lugar, encantada. Tengo muy buena relación con Reinaldo. Por supuesto, no hay ningún problema. El caso fue archivado, pero te puedo enseñar el informe. Puedes venir cuándo quieras.

—¿Te parece si salgo ya para allí?

—Muy bien, pregunta por mí en conserjería y voy preparando el informe.

—De acuerdo, nos vemos ahora, muchas gracias.

Quince minutos más tarde estoy en el garaje de camino a coger mi coche.

Natalia es mucho más joven de lo que me había parecido por teléfono. Me recuerda un poco a Sarah Thonig.

—Pasa, Silvia, toma asiento, por favor —me indica uno de los butacones.

—Muchas gracias por darme audiencia.

—No hay de qué. Cuéntame.

Me gusta, directa y al grano, como yo.

—Como te he comentado por teléfono, estoy a cargo de la investigación por la muerte de Karina Radu. Mi ayudante me reveló que había tenido una relación con Darío Florea el instructor fallecido en el accidente de submarinismo. Pienso que cualquier información sobre él pueda ser relevante para el caso.

Me extiende una carpeta marrón, demasiado vacía para ser un informe.

—Esto es todo lo que puedo entregarte. El caso no tuvo mayor trascendencia que lo que aquí indica. Se llevaron a cabo las labores de investigación a la escuela de submarinismo, todo parecía en orden y se archivó el caso como un homicidio imprudente por parte del responsable de la escuela. Fue un accidente, posiblemente evitable, pero no existía dolo por parte de las personas responsables, por tanto, no pudimos hacer nada más.

—Entiendo —respondo, abriendo la carpeta.

En ella aparece el recorte del periódico que ya he visto varias veces, fichas de Darío y su compañero, que también falleció. Fotografías de los cadáveres, informe de la autopsia y la sentencia del juez. Nada relevante... Maldigo por dentro. Esperaba encontrar más información.

—¿Puedo llevármela? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Lo siento, pero no.

—De acuerdo.

Anoto los datos de las fichas de ambos jóvenes. La dirección de Darío, intentaré seguir por esa línea, y los resultados de las autopsias. Me gustaría poder hablar con Giulia para ver su opinión.

—¿Puedo ayudarte en algo más? —pregunta Natalia, que parece tener prisa por despacharme.

—No, muchas gracias. Has sido de gran utilidad —miento, con una sonrisa falsa. No suelo ser capaz de hacer esto, pero prefiero tenerla de mi parte por si un futuro la vuelvo a necesitar.

Nos despedimos y regreso a mi coche.

Durante el camino de vuelta pienso en Darío y su compañero. Qué muerte tan horrible. Ambos se encontraban a cuarenta metros de profundidad cuando Gabriele, el compañero de Darío tuvo un problema con una bombona de oxígeno. Él intentó ayudarle, pero Gabriele estaba tan nervioso que no tuvo tiempo de soltar el aparato de emergencia. Darío intentó utilizar el suyo, pero se le escapó. Él también tenía poco oxígeno, ya que perdió bastante tiempo ayudando a Gabriele y ambos murieron ahogados.

No puedo ni imaginar el horror que tiene que ser mirar hacia arriba y ver tan cerca y a la vez tan lejos la salvación, sin posibilidad de subir ya que debían respetar las etapas de descompresión, y la impotencia de no poder hacer nada por tu compañero que se está ahogando.

Me falta el aire sólo de pensarlo. Yo creo que jamás sería capaz de hacer submarinismo. Me agobia sólo el hecho de ponerme la mascarilla. Un verano intenté hacer snorkel y casi vomito al meterme el tubo. Me abruman los espacios cerrados y mucho más al ver la oscuridad del fondo del mar. Sólo el pensar también que por un pequeño error al subir puedo llegar a reventarme por dentro, hace que absoluta y definitivamente se me vayan las ganas de hacer submarinismo.

Me rio yo sola, porque me he pasado todo el viaje pensando y autoconvenciéndome de que nunca haré submarinismo, como si tuviera que hacerlo por alguna razón... Y esto lo pienso porque se me ha pasado algo por la cabeza...

CAPÍTULO 11

Más información

Savona, hoy...

Me despierto sobresaltada. He tenido un sueño revelador como hacía tiempo no tenía. Miro el reloj y todavía son las cinco de la mañana, pero tengo tanta energía, raro en mí a esas horas, que me pongo en marcha. Bien, bien, mi mente por fin empieza a hilar cosas.

Tras un par de búsquedas en internet y tirando de contactos, he conseguido la nueva dirección de la escuela de buceo donde tuvo Darío el accidente.

Me imaginaba que volverían a abrir con otro nombre, estaba claro. El problema, tal y como era de esperar, es que se encuentra lejos de su anterior localización, más concretamente, en Niza.

Próximo objetivo: pasarme por allí para hacerle un par de preguntas al dueño, conseguí una lista de los instructores que estuvieron trabajando allí y esperaba encontrar a alguno de ellos, pero antes quiero hacer una visita a la familia de Darío.

Por suerte no están muy lejos de aquí, pero todavía no son horas para ir a ningún sitio.

Saco mi libreta y actualizo el cuadro con la información.

Víctima	Karina Radu	Darío Florea
Edad	29	34
Profesión	Periodista	Periodista
Cónyuge	Expareja: Darío. No pareja.	Expareja: Karina No pareja.
Padres:	-	Gina. Padre muerto.
Amigos:	-	-
Lugar de nacimiento	Cluj Napoca (Rumanía)	Savona (Li)
Residencia	Savona	Savona
Fecha suceso	ENERO 2023	SEPTIEMBRE 2022
Persona que encuentra el cuerpo	Policía	Compañeros inmersión
Lugar	Su casa	Lugar de inmersión
Causa muerte	Ahogamiento	Ahogamiento
Signos de violencia previa	NO, cicatrices sospechosas	NO
Restos de drogas en autopsia	NO	NO
Pasado	Tímida, antisocial, casera, ¿depresiva?	Serio, social...¿¿??
Relación entre las víctimas	Expareja	
Sospechoso	¿?	¿?
Hechos extraños a investigar	Escena crimen. Periódicos con noticias sobre submarinismo	Accidente ¿seguro?
¿Qué me inspira el cuerpo?	No me da buena espina...	No lo veo.

Víctima	Karina Radu	Darío Florea
Edad	29	34
Profesión	Periodista	Periodista
Cónyuge	Expareja: Darío. No pareja.	Expareja: Karina No pareja.
Padres:	-	Gina. Padre muerto.
Amigos:	-	-
Lugar de nacimiento	Cluj Napoca (Rumanía)	Savona (Li)
Residencia	Savona	Savona
Fecha suceso	ENERO 2023	SEPTIEMBRE 2022
Persona que encuentra el cuerpo	Policía	Compañeros inmersión
Lugar	Su casa	Lugar de inmersión
Causa muerte	Ahogamiento	Ahogamiento
Signos de violencia previa	NO, cicatrices sospechosas	NO
Restos de drogas en autopsia	NO	NO
Pasado	Tímida, antisocial, casera, ¿depresiva?	Serio, social...¿¿?
Relación entre las víctimas	Expareja	
Sospechoso	¿?	¿?
Hechos extraños a investigar	Escena crimen. Periódicos con noticias sobre submarinismo	Accidente ¿seguro?
¿Qué me inspira el cuerpo?	No me da buena espina...	No lo veo.

Sin darme cuenta, el sueño vuelve a mí y acabo quedándome dormida encima de la libreta.

Cuando me despierto tengo un dolor de cabeza impresionante y parte de las hojas de la libreta están arrugadas. Madre mía, olé, Silvia, olé. Tú y el sueño...

Son ya las diez, así que considero que ha llegado el momento de conocer más a Darío.

Como siempre hago cuando tengo la posibilidad, me presento en la dirección sin avisar. Cuanto más de improviso, más natural.

Compruebo que la dirección es la correcta y alucino un poco con el caserón donde viven. No me esperaba que viniera de familia de tanto dinero.

Llamo al telefonillo y me identifico. Enseguida me abren la puerta metálica de la valla para que entre con el coche. Aparco en la explanada y veo que una mujer, no muy alta, baja las escaleras y se acerca a mí.

—Buenos días. Disculpe que me presente así en su casa, señora Fontana —le digo, dándole la mano.

—Buenos días. No pasa nada, por favor llámeme, Gina. ¿Ocurre algo, agente? —responde la mujer con voz de pito.

—He venido porque me gustaría saber algo más sobre su hijo Darío.

La mujer se pone tensa.

—Estoy investigando la muerte de Karina. Sé que su hijo y ella mantenían una relación sentimental y me gustaría saber algo más de su historia, ya que puede ser de gran utilidad para esclarecer los hechos.

—¿Karina ha muerto? —pregunta la mujer abriendo mucho los ojos.

—Sí, hace unos días. Lo siento mucho.

Veo cómo se le ponen los ojos llorosos y se contiene.

—Pase, por favor. Será mejor que hablemos dentro —me dice con voz temblorosa, indicándome la puerta.

Entro antes que ella en aquel palacio sacado de una revista. Enseguida vienen a mi mente

imágenes de las series que ve mi hermana. Por ello, espero que baje por las escaleras el típico latino musculado en busca de su hermosa amada.

Se enjuga los ojos y se recompone un poco.

—¿Quiere algo de beber? —me pregunta la mujer, sacándome de mi película mental.

—No, muchas gracias.

Entramos en el inmenso salón, que casi da pena pisar por su enorme y elegante moqueta en el suelo.

Parece que estoy visitando la sala del museo de un castillo, y no de una casa. Pienso en lo incómodo y poco acogedor que resulta.

Por un momento vienen a mi mente los recuerdos de cuando éramos pequeñas y mis padres nos llevaron al Palacio de la Pena en Sintra, Portugal.

Nunca me han gustado las historias de princesas, al contrario que a Laura, que siempre iba con vestiditos y con coronas; pero la estructura y la arquitectura de los castillos tan imponentes siempre me ha impresionado.

Pongo mi atención en la mujer, que se ha quedado con la mirada perdida. No sé qué me está pasando en este caso, pero no me siento muy centrada. Es como cuando te despiertas de una siesta involuntaria, que deben pasar varios minutos hasta que te despiertas.

—¿Qué necesita saber? —me pregunta, solícita.

—Me gustaría que me hablara de la relación que mantenía con Karina.

—Estuvieron juntos muchos años —murmura, más como una confirmación para ella misma que como una respuesta.

—¿Sabe por qué se separaron?

Noto como la mujer se pone tensa y baja la mirada. Se muerde el labio, como indecisa por contestar o no.

—Darío se agobió. Estaba muy enamorado de Karina, tanto que no pudo soportar el que ella tuviera un desliz con un hombre.

—Ah...

Eso no me lo esperaba. Aunque, por otra parte, me cuadra con la sensación que me transmitió el cuerpo de Karina. No me parecía trigo limpio.

—Ella pensaba que él no lo sabía, pero se lo dijeron unos amigos suyos que la vieron salir de un hotel con aquel hombre. Karina nunca se lo confesó y Darío nunca le dijo que lo sabía. Pero al enterarse y comprobar que era cierto, no pudo volver a confiar en ella.

Me lo dijo a mí, yo le aconsejé que lo hablara con ella. Todos somos humanos y nos equivocamos. Karina no me parecía mala muchacha y le hacía bien a mi hijo. Cuando los veía juntos, estaban fenomenal. Parecían la típica pareja de anuncio. Ella lo dejó todo para venir a Savona con él. Pasó muchos días en mi casa, hasta que se mudaron al piso. Pude convivir mucho con ella y me dolió perder el contacto tras lo que ocurrió. No me puedo creer que haya muerto. ¿Qué le ha pasado? —me pregunta, haciendo una pausa de su discurso.

—Para eso estoy aquí, para ver qué le ocurrió. La encontraron muerta dentro de la bañera de su casa.

—Pobre Karina, no merecía terminar así. Cuando Darío la dejó, enloqueció. Empezó a perseguirle, él me contaba que a veces la había visto espiándole desde la calle. En muchas ocasiones vino aquí a hablar conmigo. Estaba desesperada, quería con todas sus fuerzas volver con mi hijo, pero yo le decía que tenía que tener paciencia. Darío era un chico muy orgulloso, necesitaba tiempo para asimilar todo lo que había pasado, pero yo también tenía la esperanza de que volvieran a estar juntos. Por desgracia, tras aquel fatídico accidente que le arrebató la vida,

cualquier posibilidad quedó truncada para siempre.

La mujer, al recordar todo aquello, se derrumba.

Es una señora muy elegante, de las que siempre llevan el pelo perfectamente peinado, como si hubiera salido de la peluquería. Las uñas rojas muy cuidadas y con una distinguida manicura, y vestida con ropa de marca, incluso hasta para estar por casa. Igualito que yo, que voy con pijama o con camisetas de metálica que parece que las haya roído un ratón.

La dejo que se desahogue, pero me lo pone muy fácil, ya que enseguida se recompone.

—Perdone, al morir mi hijo me quedé muy sola. La pérdida de mi marido hace unos años me afectó mucho, y sólo tenía a Darío.

—Es completamente comprensible, tranquila.

—Gracias.

—Cuénteme un poco más sobre su hijo. ¿Cómo era?

—Mi hijo era una persona muy seria, muy frío. Parecía tímido, pero luego tenía muchos amigos. Caía bien a la gente porque era de estas personas que no dan muchos problemas. No tuvo muchas novias, no era un mujeriego, pero cuando descubrió lo de Karina, empezó a “hacer el tonto”, no sé si por despecho por lo que ella le había hecho, pero se comportó como si tuviera quince años. Por suerte, no le duró mucho esa faceta, y antes de morir ya llevaba bastante tiempo sin estar con ninguna chica. Creo que Karina tras dejarlo no volvió a tener pareja. De hecho, cuando supo que ya no estaba con ninguna, tiempo después de haberlo dejado y tras bastante sin que hablaran, volvió a la carga. Supo que Darío había empezado los cursos de instructor de submarinismo y ella se apuntó en la misma escuela.

—¿Cuánto tiempo llevaba como estudiante de submarinismo cuando tuvo el accidente? —la interrumpo.

—No mucho, apenas unos meses. Nunca se había interesado por el deporte, pero a través de un famoso que seguía en redes, descubrió el mundo del submarinismo y se apuntó. Hizo todos los cursos para poder hacer inmersiones y le encantó tanto que quiso probar suerte y dedicarse a ello. El trabajo en el periódico iba muy bien y podía compaginar las dos cosas.

—¿Y cómo se tomó el que Karina se apuntara?

—Muy bien, de hecho, empezaron a quedar alguna vez, tras las clases. Karina vino a verme entonces para decirme que estaba viendo algo de luz entre ellos. Y esa fue la última vez que la vi.

—El compañero que murió con él, ¿era amigo suyo?

—No mucho, eran conocidos por el curso, pero se llevaban bien.

—Entonces, ¿no tenían mucha relación?

—Yo diría que no...

—Una pregunta más. Dice que no volvió a ver a Karina desde que le dijo que quizá podían volver. ¿No fue al funeral?

—Fue, pero no la vi. Me lo dijo una de mis amigas, que la había visto, en última fila. Estaba muy conmovida y antes de que se llevaran el féretro, se marchó.

—Entiendo... Pues por el momento creo que es todo. Muchísimas gracias —le digo, cerrando mi cuaderno donde he ido anotando todo.

—Si necesita saber algo más, aunque sea duro recordar todo lo que ocurrió, ya sabe dónde estoy. Estoy dispuesta a ayudar en lo que sea para saber qué le ocurrió a Karina —dice, de nuevo con ojos llorosos.

—Es usted muy amable —le digo, complacida.

Realmente sí que lo es, no como cuando interrogué a Paola, por la muerte de Michele, en el último caso. Que tuve que parar de preguntar durante al menos media hora porque no dejaba de

llorar.

Gina se levanta y me acompaña hasta la puerta, donde se despide nuevamente de mí.

Con muchas ideas e información bastante relevante, regreso a casa. Tengo que poner en marcha la operación intrusión. No me hace ninguna gracia hacer submarinismo, pero creo que será la mejor manera para investigar lo que pudo pasar.

CAPÍTULO 12

Niza

Niza, hoy...

Me quito las gafas de sol, como si fuera una turista que está de viaje para disfrutar de las magníficas vistas de la costa de Mónaco.

El viaje desde Savona hasta Niza dura aproximadamente dos horas, pero ya que se ha hecho la hora de comer, he decidido parar en un restaurante con vistas al mar que me ha recomendado el navegador.

Me sorprende a mí misma de lo que estoy cambiando. En otra ocasión, mi ansia de conocimiento me habría hecho ir directa y no parar ni a hacer pis. ¿Me estaré haciendo mayor? O ¿quizá es que este caso tiene algo que me rechina? No veo tanto peligro inminente como en el caso de Michele, en el que tenía claro que había alguien que podía actuar nuevamente.

Estiro las piernas antes de dirigirme al restaurante. Me siento como Audrey Hepburn en *Breakfast at Tiffany's* (Desayuno con diamantes). Encuentro una mesa libre en la terraza y me dirijo a ella.

El camarero me ofrece el menú del día y yo acepto de buena gana. No le voy a hacer ascos a una buena comida. Estoy tan acostumbrada a comer “marranadas”, como dice mi madre, que cualquier comida normal de restaurante, me parece un manjar.

Devoro con ansia el *Brandamincium*, un guiso de bacalao salado, que normalmente se come en familia durante semana Santa, en Cuaresma y en Navidad.

Está buenísimo, y felicito al camarero por su recomendación.

Me gusta este restaurante ya que estoy bastante sola en la terraza. He llegado algo más tarde de la hora punta y no hay casi nadie.

Tomo el segundo, *Barbagiuan*, según el camarero, el plato típico por excelencia de Mónaco. Consiste en una masa crujiente y frita, rellena de acelga suiza y ricota. Otro manjar, igual o mejor que el primero.

Me permito el lujo de relajarme unos minutos más, mirando al horizonte y contemplando la belleza del mar. Me encanta. Es de las pocas cosas que podría decir que me relajan por sí solas. Me amansan como un gatito y en esos momentos hasta, incluso, dejo de odiar un poco a la gente.

Pago la cuenta y regreso al coche, con la mente todavía algo obnubilada por la relajación que me ha dado el mar.

Apenas media hora después, tras alguna vuelta a la manzana, y bastante mala leche consigo un sitio para aparcar, no muy lejos de la escuela de submarinismo. No me sorprende encontrarme con el mismo tipo de cartel que la que estaba en Savona, pero en este caso escrito en francés. Se nota el toque del mismo propietario.

La escuela está en la misma avenida del puerto, me parece mejor localizada que la otra y me da la impresión de que el negocio no le va nada mal.

Abro la puerta, que hace sonar una campanita, indicando mi llegada.

—*Bonsoir* —me saluda una chica rubia desde el mostrador, sonriendo.

Le explico como puedo, en mi francés del colegio, que he venido para apuntarme a un curso básico de submarinismo. Le pregunto lo típico, horarios, precio, etc. Y muy sutilmente confirmo que el negocio está a cargo de Valentin Martin, el dueño de la otra escuela.

Satisfecha con la información, le indico mis datos y me apunto al curso básico, que empezaré mañana mismo.

«Pff, ¿dónde te has metido, Silvia?»

Salgo de la escuela, donde apenas he estado un rato, pero lo suficiente como para que ya haya oscurecido, y haya refrescado tanto que lamente no haber cogido la chaqueta.

De camino al coche me suena el teléfono, es Cesare.

—Silvia. ¿Dónde estás? He llamado para preguntar por ti y Reinaldo me ha dicho que no estabas.

—Estoy en Niza —respondo, sin querer dar más explicaciones.

—¿Eh? ¿Qué haces en Niza?

—Mira pues que he encontrado una oferta de viaje y he dicho, para allá que me voy —respondo con sarcasmo.

Él que ya me tiene pillado el punto, se tranquiliza y pregunta de nuevo.

—¿Algún indicio nuevo?

—Es posible, sí. Te daré más información en breve.

—Vale, pero no puede ser que desaparezcas así sin avisar a nadie. Yo te conozco, pero ellos no, y recuerda que vas en representación de todo el equipo.

Pongo los ojos en blanco, mientras hago la burla porque sé que no me está viendo.

—Sí, mamá, no volveré a portarme mal.

Le escucho refunfuñar antes de despedirse y colgar.

No me gusta que me estén vigilando en mi trabajo, si ya sabe cómo soy, no entiendo esa manía de mantener el postureo solo porque la sociedad lo necesite.

Conduzco hasta el apartamento que he reservado esta mañana y aparco en el estrecho garaje subterráneo. Ya que voy a estar un tiempo, al menos prefiero tener el coche guardado.

Al entrar me siento como en casa. Es pequeño y algo antiguo, pero muy silencioso y con todo lo necesario para estar a gusto.

Pido una pizza para cenar y me entretengo un poco con la televisión de fondo mientras reviso los papeles para el curso. Durará una semana en total. Cuatro días de teoría, dos días de bautismo y prácticas en piscina y por último la inmersión en el mar hasta dieciocho metros.

Había cursos para bucear más al fondo, pero como iniciación básica para conseguir la información que busco, me parece más que suficiente.

Ojeo el folleto donde aparecen infinidad de fotos muy coloridas con peces y algas. Grandes eslóganes que incitan a sentir la maravilla de la naturaleza subacuática. Lo cierto es que tienen muy buen márquetin, ya que viendo esto, casi me han convencido hasta a mí. Si no fuera porque tengo tripofobia, y las piedras del fondo con esos agujeros me dan un asco impresionante.

Cojo el teléfono y leo los mensajes que me han llegado a los grupos del trabajo y de la familia.

Los paso sin mirar, pero me llama la atención un mensaje de mi madre que pone que quiere hacer una comida con todos juntos para decirnos algo. Dios mío, qué querrá ahora esta mujer...

Leo la conversación con más detenimiento. Está fijando una fecha para dentro de un par de

semanas y me pregunta si puedo ir por una vez en mi vida, ya que es importante. En teoría en dos semanas habré terminado el curso, y ya habría pasado casi un mes desde que llegué a Savona, me parece lógico que pueda regresar un fin de semana a mi casa. Se lo preguntaré a Cesare y eso mismo le escribo para tranquilizarla, porque si no, no va a dejar de insistir.

El sueño se apodera de mí. No sé si es cambio de aires o el estrés acumulado, pero últimamente me quedaba dormida de pie... Cierro todo y prácticamente me tiro en la enorme cama comodísima del hotel.

CAPÍTULO 13

Infierno

Savona, hace dos años...

Karina estaba sufriendo un infierno. Cada día que se despertaba notaba la ausencia de Darío. Había perdido no solo a su pareja, sino también a su mejor amigo, su trabajo, su casa y todos los planes de futuro que tenían juntos.

La rabia se apoderó de ella. A fin de cuentas, era una mujer joven y fuerte. Había sufrido mucho en su vida y un hombre no la iba a amedrentar, por muy importante que fuera para ella.

Salió de la cama, decidida a hacer justicia. Aquel día encontró la fuerza necesaria para ponerse en acción. Debía elaborar un plan para recuperarle. Estaba segura de que Darío estaba confundido, pero en cuanto le hiciera ver el error que había cometido, se daría cuenta y reaccionaría. Así todo volvería a la normalidad.

Se enjugó las lágrimas de rabia y se dirigió a un lugar que había estado observando durante mucho tiempo.

Lo primero que debía hacer era volver a trabajar. Ella era muy buena profesional, tenía un buen currículum y llevaba un tiempo dándole vueltas a una oferta que había visto en uno de los periódicos locales. Supo que no tendría ningún problema.

Muchas veces sentía la necesidad de volcar toda aquella fuerza que ella tenía en hacer algo productivo. Sabía que debía haber alguna manera de sentirse útil. Por casualidad llegó a ella una oferta de trabajo. De vez en cuando recibía panfletos de periódicos que buscaban profesionales para las secciones que menos gustaban entre el gremio, pero que ella era capaz de escribirlas con gracia.

Cuando Darío le entregó el finiquito, estuvo tentada de ir a hablar con su padre. Pero supo que no sería buena idea. Si él había decidido que no quería trabajar más con ella, no debía forzar su situación laboral. Prefería centrarse en la parte sentimental. Además, era cierto que los últimos meses no se sentía tan cómoda trabajando con ellos.

La relación de Karina con su madre siempre había sido buena. La había acogido como la hija que nunca tuvo y se planteó el ir a hablar con ella, pero era mejor dejar enfriar un poco las cosas. Al fin y al cabo ella también había hecho cosas mal y temía que pudiera reprochárselas. Prefería quedar como la víctima y no como la mala de la película.

Sumida en sus recuerdos, se preparó y salió caminando hacia su nuevo objetivo. El edificio estaba bastante cerca del periódico familiar de Darío, era muy cómodo para ella el acceder caminando y era perfecto ya que era incluso posible que algún día se “encontraran” por casualidad.

Se presentó en la redacción, comunicó su intención de querer trabajar con ellos y cuando salió

había conquistado a su director, que ipso facto le otorgó el puesto a ella. Comenzaría la semana siguiente.

Una sonrisa de oreja a oreja se instauró en el rostro de Karina, dejando ver una fila de pequeños dientecillos y las encías enormes que tenía.

Había dado el primer paso para su plan. Regresó pasando por el piso de Darío para comprobar si se había levantado.

Así era, tenía la persiana subida a mitad. ¿Habría dormido con la chica? Quién sabe. Decidió dejar de torturarse con eso. Muy pronto sería ella la que volvería a dormir con él.

CAPÍTULO 14

Niza

Niza, hoy...

Me despierto un poco aturdida. No sé ni dónde estoy, ni como me llamo. Cuando me acuesto pronto me sucede esto. Es raro, me noto extraña.

Poco a poco me ubico. Estoy en Niza, es domingo, tengo el día libre, estoy investigando el caso de Karina y Darío. Mañana empiezo el curso de submarinismo y tengo hambre.

Miro el reloj: las nueve. Me toco la frente, debo tener fiebre o algo. Esto no es normal en mí...

Quiero volver a cómo era antes... Una punzada de melancolía me atraviesa. Estoy en ese momento en que me veo desde fuera y no me reconozco.

Alguna vez me ha ocurrido en el pasado, sobre todo cuando he necesitado una transformación. Me siento como cuando tomé la decisión de irme de Portugal y entonces me entran las ganas de regresar allí. ¿Quizá necesito otro cambio de aires?

En Milán no estoy mal, me gusta mi trabajo, me gusta mi piso tranquilo, mi sueldo no es una gran maravilla, pero me sirve para ahorrar un poco y poder vivir sin limitaciones. No creo que sea ese el problema. ¿Quizá me sienta sola?

No, no, no. Yo no necesito a nadie. Además, seguro que si estuviera con alguien me agobiaría enseguida. Yo conmigo misma estoy bien. Además, tengo a mi hermana y a mis padres que me llaman y vienen detrás de mí...

¿Y si lo que necesito es una mascota?

Siempre me han gustado mucho los animales, pero con mis horarios y mi vida indisciplinada no me he atrevido nunca a tener mascota. No sería justo ya que el animal estaría mucho tiempo solo y ellos no son como yo, necesitan compañía.

Los gatos quizá sean más independientes, pero no terminan de convencerme.

Quizá ahora que parece que estoy madurando y por lo que parece, regulando mis horarios, ¿podría plantearme adoptar un cachorrito? Un Basset Hound, la raza de perro rastreador.

Le daré una vuelta... quizá podría llevármelo al trabajo y podríamos formar un equipo especial.

Me sorprendo a mí misma sonriendo, imaginándome la escena en la que Cesare me echa la bronca porque no pueden entrar los perros en la oficina y yo picándole, diciendo que no es un simple animal, sino que es mi nuevo compañero.

Eso me hace pensar en Valeria. Al principio me pareció más noble, pero tal como se estaba comportando me hacía desconfiar de ella. Al fin y al cabo, es una persona. No se puede confiar en las personas ya que no se sabe qué intereses tienen ni por dónde te van a salir.

Me pongo en marcha y decido salir a dar una vuelta. Hace un día muy bueno y me anima un poco. Lo cierto es que el sitio me gusta mucho. No hay mucha gente, pero tampoco está vacío.

La suficiente como para que no me moleste.

Pienso en el caso. Darío y Karina. Por las fotos hacían muy buena pareja, pero sigo pensando en que Karina tiene algo que no me gusta. Mi instinto no me falla, por tanto creo que es un indicio que puede ayudarme a saber qué pasó. Espero obtener más información con el curso de submarinismo. Igual me llevo una sorpresa respecto a Darío. Todavía no me he hecho una idea sobre él, y al no haber podido ver su cuerpo, he perdido mucha información. Aun así, tengo mis sospechas sobre su muerte.

Veremos cuán posible es sufrir un accidente realizando esta actividad, o si por el contrario la falta de cuidado objetivo podría aplicarse a lo que les ocurrió, y quizá esa falta de cuidado no fuera tan inocente como parecía.

Anoto en mi libreta algunas ideas que me vienen, sobre las que debería investigar. Mañana seguramente se activen de nuevo las llamadas y quiero comentarle a Reinaldo mis sospechas al respecto.

Mis pasos me llevan inconscientemente hasta un restaurante japonés, Mmm Sushi, se llama. No es lo más típico de la zona pero me apetece. Hace mucho que no como y me encanta.

No hay nadie. Quizá es un poco pronto, pero como tengo hambre, aprovecho para estar tranquila.

Me acomodo en una mesa al lado de la vidriera que da a la calle. Así puedo observar las vistas del mar.

Una chica japonesa se acerca a mí con una Tablet en la mano junto a otra vestida de blanco.

Pienso en cómo ha evolucionado el servicio de hostelería. Antes que los camareros vivían pegados a una libreta llena de rayones y ahora todos con la Tablet y el móvil que envía la comanda a la cocina inmediatamente.

La chica de blanco es muy guapa, tiene los ojos claros, algo extraño en los asiáticos.

—Hola, mi nombre es Sira, soy la chef y le doy la bienvenida a nuestro restaurante, ella es Yuko y se encargará de su servicio hoy —dice en francés con un fuerte acento americano.

—Hola, no sé muy bien cómo funciona esto. ¿Es buffet libre, tengo que elegir platos individuales?

Lo cierto es que por lo general en este tipo de restaurantes suele triunfar el buffet libre, pero no lo había pensado.

La chica sonrío y me explica cómo funciona el servicio. Puedo pedir todo lo que quiera pero no puedo dejarme nada de comida, si no me lo cobran. Me parece buena iniciativa para no desperdiciar nada.

Enseguida me vienen a la cabeza los pobres niños del sur de Marruecos, que cogían las sobras de los platos en los restaurantes. Qué mal repartido está el mundo.

Elijo algunos platos que me llaman la atención y espero a que me los traiga.

Mientras tanto, saco el móvil y veo que tengo varias llamadas perdidas de mi madre. Lo había puesto en silencio, así que no me había dado cuenta.

La llamo.

—Hola mamá. ¿Qué pasa?

No responde ella, sino mi padre.

—Silvia, cariño. ¿Cómo estás?

—Bien. He visto que tenía varias llamadas de mamá.

—Sí, te habrá llamado antes.

Le noto la voz cansada.

—¿Qué quiere?

—Supongo que hablar contigo. Ahora está durmiendo, luego le digo que la has llamado.
¿Durmiendo? ¿Mamá? Que no para quieta un segundo... Algo no va bien.

—¿Está bien? ¿Pasa algo?

—No cariño. Tranquila.

Miente.... Joder.

—*Mmm...* vale... Dile que me llame entonces. ¿Tú cómo estás?

—Cansado...

—Ya lo noto. ¿Seguro que no pasa nada?

—No.

Vuelve a mentir. Pero sé que no me va a decir nada, así que tendré que esperar para ver qué es lo que pasa.

—Bueno, voy a comer. Si no me llama luego la llamo yo —le digo al ver que viene Sira con mis platos.

—Vale, cariño. Que aproveche.

Me despido de él y le hago un gesto de agradecimiento a Yuko cuando deja los platos en la mesa.

Ya me ha dejado con la mosca detrás de la oreja. Algo no va bien... Me pierdo un poco en mis pensamientos mientras saboreo el exquisito sushi. Está buenísimo.

Cuando acabo, veo que el local se ha ido llenando de gente. Momento perfecto para marcharme.

Pago y cojo una tarjeta del restaurante. Me hago colección de los sitios que me gustan, que no suelen ser muchos.

Se ha levantado algo de aire y empieza a hacer fresquito, así que regreso al hotel para darme una ducha y preparar los apuntes para el curso.

Empieza a las 8 con la teoría básica y a última hora tendremos el examen para poder seguir al día siguiente. Me parece buen sistema para testear lo aprendido.

CAPÍTULO 15

Niza

Niza, hoy...

Por fin ha llegado el día del bautismo. Durante el curso de teoría he aprendido bastante sobre el funcionamiento de los aparatos y las etapas que hay que respetar para subir.

Lo cierto es que no podía ni imaginar que el submarinismo fuera tan arriesgado. Yo creo que no merece la pena semejante sufrimiento, más que nada porque para ver algas y peces que luego sé que me van a dar asco (por mi tripofobia), pones en riesgo tu vida. El más mínimo fallo y te revientas por dentro, literalmente. Meh... no me gusta mucho esta actividad, no, pero tengo que hacerlo por el caso. Quizá luego cuando esté en las profundidades cambie de opinión, pero por el momento, esto no es para mí.

Durante las clases el profesor nos explica en la pizarra y con videos todo lo referente a la inmersión. Nos hace presentarnos uno a uno.

Somos seis alumnos y formaremos parejas para hacer los controles en las inmersiones. El instructor se llama Eric, es muy alto y moreno, pero tiene una mirada que no me gusta. Su físico cuidado llama la atención de Laura y Cloe, las dos chicas del grupo se quedan mirándolo como si fueran dos adolescentes.

Odio estas clases en grupo en las que hay que interactuar, pero por suerte no duraran mucho. Me preguntan por qué he venido desde Italia para hacer el curso aquí y les digo que porque había escuchado que era una de las mejores escuelas de submarinismo.

Tras habernos explicado las varias etapas de control que se hacen antes de bajar, concluyo que con la seguridad que hay es prácticamente imposible que la muerte de Darío fuera un accidente. Los manómetros se controlan por varias personas y varias veces antes de la inmersión y aunque fallara, una vez abajo hay otras medidas de seguridad para evitar el colapso. Sé que los accidentes ocurren, aunque a veces sean lo más inesperado, pero en este caso me extraña que lo haya sido. Mi instinto sale a relucir y me dice que fue provocado. Lo que no termino de entender es por qué no se investigó más al respecto.

Una vez hemos hecho la prueba de teoría final, nos dirigimos en grupo a la piscina. Primero debemos preparar el material y controlarlo con los compañeros. Nos lo revisa el instructor y empezamos las inmersiones.

No soy una apasionada del agua, de hecho, cuando era pequeña y mi madre nos llevaba a natación, una vez me encerré en el baño para no ir. ¿Adivina quién era una sirenita? Laura. Noche y día...

Pero bueno, hago las pruebas, me dice el instructor cómo tengo que girarme para no arrastrar la bombona y practicamos durante varias horas. Hacemos una pausa para comer y por la tarde

iremos al mar a hacer la prueba definitiva.

En la piscina hemos bajado hasta cuatro metros, por lo que no hay mucha presión y nos ha servido para poner en práctica lo aprendido a la hora de manejar los instrumentos y las etapas que tenemos que respetar para subir, los gestos para hacer a nuestros compañeros y a controlar la respiración.

El profesor tiene una paciencia infinita conmigo, porque me siento bastante torpe respecto a mis compañeros. No me gusta estar en esta posición, pero es lo que me toca.

Al ser pocos en el curso vamos en una mini furgoneta hasta el muelle, donde nos subiremos a la barca que nos lleva a la zona de inmersión.

El instructor nos comenta que se pueden llegar a hacer dos o tres inmersiones de 18 metros en un día, pero como es nuestra primera vez lo haremos solo una.

La otra pareja baja antes y mientras mi compañera Elena y yo esperamos nuestro turno.

Cojo el manómetro. En teoría un error en el aparato fue lo que desencadenó el problema que tuvo Darío y lo que le llevó a la muerte. Me sorprende a mí misma sintiendo un escalofrío.

Empezamos la inmersión y siguiendo las instrucciones del profesor que baja a la vez que nosotras llegamos hasta los dieciocho metros. No estamos en una zona muy espectacular, pero podemos ver algunos peces que se cruzan con nosotros y las algas. Sigo pensando que esta actividad no es para mí.

Permanecemos durante el tiempo establecido y empezamos a soltar el aire para ir subiendo poco a poco, controlando los segundos correspondientes.

Por un momento miro hacia arriba y puedo vivir en mis propias carnes en el horror que debieron de sufrir Darío y su compañero al no poder subir mientras se quedaban sin oxígeno. Parece que la superficie está muy cerca, pero si subiéramos de tirón sufriríamos un colapso.

Una vez respetadas las etapas, regresamos a la barca. Donde saludamos a nuestros compañeros y volvemos a la escuela. Allí hacemos una pequeña celebración donde nos entregan los diplomas que nos certifican.

El curso ha terminado oficialmente, y una vez he sentido lo que quería, empieza mi ronda de preguntas al profesor.

Espero a que se vayan todos y comenzando por una pregunta inocente me acerco a él. No me identifico como policía para que conteste de la manera más natural posible.

—Eric, me gustaría hacerte alguna pregunta —le digo.

—Sí, claro Silvia. Dime. Por cierto, enhorabuena. Al final lo conseguiste ¿A que no estaba tan mal?

—Bueno, no está mal, pero tengo claro que no es lo mío. Me da mucho miedo y cuando hemos estado abajo me he agobiado un poco pensando en si de verdad es tan seguro como se dice. Por eso, ya que tú estás aquí día a día quería preguntarte sobre la seguridad que hay en las inmersiones. ¿Ha habido algún accidente alguna vez?

Noto que se queda algo tenso. Bien, esto me da pistas.

—Estando aquí no. Es un deporte muy seguro. Aunque pueda dar miedo, los aparatos se revisan varias veces y es muy difícil que la seguridad falle. Además, las inmersiones nunca se realizan de manera individual. Siempre va a haber alguien para ayudar.

—Entiendo. Pero con todos los años que llevas de instructor ¿No conoces de ningún caso en el que hayan fallado los sistemas o que hubiera habido un error humano?

Creo que ya sabe por dónde voy. Al fin y al cabo, fue un caso muy conocido, y él estaba en la escuela de Génova. Al elegir el instructor para hacer el curso me cercioré de que fuera él, ya que los otros profesores no aparecían en la lista. Él era uno de los socios fundadores.

—¿Lo dices por el caso de Darío Florea y Gabriele Ferrari? —me pregunta, escéptico.

—Sí. Ellos sufrieron un accidente, ¿verdad?

—Su caso fue especial. Un cúmulo de circunstancias fatales. Pero ya fue investigado en su momento y se demostró que había sido un fatal accidente.

—En su caso, el manómetro no funcionaba correctamente y su compañero al intentar ayudarlo lio el cable de la baliza, haciendo que se quedaran sin señalizar su posición y pedir auxilio, por eso no podían ayudarles —le explico.

—Eso es... —contesta sin mirarme.

—¿Y cómo pudo fallar, si era algo que se comprobaba regularmente?

—Silvia, no lo sé... Sólo puedo decirte, que ya lo has visto con tus propios ojos, es una actividad muy segura y no tienes que preocuparte. Fue un accidente, es como si me dices que no quieres montar en coche porque hay muchos accidentes de tráfico. Existe un riesgo, como en todo, y aunque las personas sean responsables y estén pendientes de sus herramientas en todo momento, no quita para que alguna máquina falle y ocurra un accidente. Y ahora si me perdonas, tengo que cerrar la escuela. Ha sido un placer darte clase, y espero que disfrutes de tu título y si quieres hacer el curso del siguiente nivel estaré encantado de ayudarte —dice, casi de carrerilla.

No puedo evitar el sonreír con orgullo. Me estaba dando la razón, pero evidentemente no podía decirle nada.

—Gracias, Eric. Lo siento, no te molesto más. Hasta la próxima.

Me despido de él y por el rabillo del ojo veo que cuando cierro la puerta, da un golpe en la mesa con rabia. El curso ha sido un poco insufrible, pero ha merecido la pena la información que he conseguido. Ahora creo que tengo más claras algunas cosas de este caso y sé por dónde seguir.

CAPÍTULO 16

Regreso

Niza y Savona, hoy...

Recojo la maleta para no tener que madrugar mucho al día siguiente y apurar mi regreso a Savona. Anoto mis percepciones en el cuaderno y actualizo el cuadro resumen.

Víctima	Karina Radu	Darío Florea
Edad	29	34
Profesión	Periodista	Periodista
Cónyuge	Expareja: Darío. No pareja.	Expareja: Karina No pareja.
Padres:	-	Gina. Padre muerto.
Amigos:	-	-
Lugar de nacimiento	Cluj Napoca (Rumanía)	Savona (Li)
Residencia	Savona	Savona
Fecha suceso	ENERO 2023	SEPTIEMBRE 2022
Persona que encuentra el cuerpo	Policía	Compañeros inmersión
Lugar	Su casa	Lugar de inmersión
Causa muerte	Ahogamiento	Ahogamiento
Signos de violencia previa	NO, cicatrices sospechosas	NO
Restos de drogas en autopsia	NO	NO
Pasado	Tímida, ~~antisocial~~ , casera, ¿depresiva? Esconde más de lo que parece	Serio, social...¿¿??
Relación entre las víctimas		Expareja
Sospechoso	¿?	¿?
Hechos extraños a investigar	Escena crimen. Periódicos con noticias sobre submarinismo	Accidente ¿seguro? SI. Pedir a Valeria información sobre la relación de Darío con Karina
¿Qué me inspira el cuerpo?	No me da buena espina...	No lo veo.

Al mirar el móvil, me doy cuenta de que al final no conseguí hablar con mamá, porque ella no me llamó y yo no me acordé con el trajín de las clases.

Escribo un mensaje en el grupo de la familia anunciando mi regreso a Savona. No los quiero llamar ahora porque estarán durmiendo, pero me preocupa un poco, ya que mamá apenas habla y

eso es raro, de normal nos saluda todos los días.

Agotada por el esfuerzo del bautismo caigo rendida enseguida.

Estoy dentro del agua. Siento el peso de la bombona de submarinismo y frente a mí está Karina. Es ella mi compañera y sé entonces que estoy soñando. Estamos bajando y noto como me voy quedando sin aire. Karina se acerca a mí, con esa horrible sonrisa en la boca y me agarra del cuello.

Intento soltarla, pero es más rápida y noto cómo me quedo sin aire y me ahogo.

Abro los ojos sobresaltada.

Me he metido en la piel de Darío. Por mucho que diga Eric que el submarinismo es precioso... Sigo pensando que no merece la pena tanto agobio para lo que luego se siente allá abajo.

Mi instinto me está diciendo que debo indagar sobre la relación que tenía Karina con Darío. Quizá ahí esté la respuesta.

Miro el despertador, son ya las ocho, y como dudo que vuelva a dormirme después de lo que he soñado, me levanto y me doy una ducha para salir pronto. Cuanto antes llegue, antes podré poner en marcha los planes de búsqueda.

Mando un mensaje a Cesare para avisarle de mi regreso y otro a Reinaldo para vernos en cuanto llegue. Quiero comentarle lo que he descubierto.

El viaje de vuelta se me hace mucho más corto que el de ida. No sé por qué, pero siempre me ocurre. Voy directa a comisaría antes de pasar por casa.

Al ser sábado la oficina está mucho más vacía de lo habitual. Lo cual agradezco, ya que no sé por qué los compañeros no dejan de mirarme. Echo un poco de menos a Hiroshi y compañía. Al menos en Milán me conocen y no se me quedan mirando como si fuera un bicho raro.

—Hola Silvia, bienvenida de nuevo. Pasa. ¿Qué tal ha ido? —me indica Reinaldo para que entre en su despacho.

—Bien. El curso ha sido muy provechoso y vengo con tareas. Estoy cada vez más segura de que la muerte de Darío no fue un accidente, y que está relacionada con la de Karina. ¿Tenemos alguna información más al respecto?

Se pone un poco tenso. Es un movimiento casi imperceptible, pero yo lo noto.

—Lo cierto es que sí. Valeria ha estado trabajando en ello durante esta semana y me ha dejado estas carpetas para ti —me dice, entregándome dos bloques enteros de papeles.

De nuevo una pizca de sabor agri dulce al respecto del comportamiento de Valeria se apodera de mí.

Abro una de las carpetas y veo que son informes psicológicos de Karina. Fotos de conversaciones, testimonios de personas que la conocían. Varias de las imágenes de ella junto a Darío.

—Interesante —digo.

—Llévatelas y échales un vistazo. Ya me ha comentado Cesare que tienes métodos algo particulares, así que por favor, tómame la libertad que necesites. No seré yo quien cohiba ese don tuyo.

—Te lo agradezco —respondo, sincera.

Reinaldo asiente con un gesto. Internamente le doy las gracias a Cesare, porque realmente que me den el espacio que necesito es primordial para que mi instinto trabaje correctamente.

—Bien, ¿algo más?

—Sí. Me gustaría conseguir toda la información posible sobre el caso de Darío y su

compañero. Ver qué relación tenían entre ellos dos y los certificados de calidad del manómetro que utilizaron. ¿Es posible?

—Esto nos va a ser más complicado. Como te dije, fue un caso que no llevamos nosotros. ¿No conseguiste información cuando hablaste con Natalia Sasso?

—No, nada relevante. Me dio la impresión de que tenían ganas de archivar el caso y nadie se preocupó por indagar más al respecto.

—Entiendo... Bueno, veré qué puedo hacer. Tengo un par de contactos en la comisaría de Génova que me deben un favor. Te digo algo esta semana.

—Perfecto. Gracias. A propósito, quería comentarte algo más. Pronto ya hará un mes que estoy aquí. La investigación está yendo más lenta de lo que esperaba, por eso me gustaría regresar el fin de semana a Milán para poder ver a mi familia.

Me sorprende a mí misma diciendo estas palabras, pero lo cierto es que sigo preocupada por la situación de mamá y mientras no lo solucione, creo que no me voy a quedar tranquila cien por cien.

—No hay problema en absoluto, siempre y cuando el lunes estés de vuelta.

—Por supuesto.

Satisfecha con lo obtenido, me despido de él cogiendo las dos pesadas carpetas y me dirijo hacia mi “casa temporal”.

Al llegar, de nuevo esa aura especial que me transmite calma se apodera de mí.

Salgo al balcón a observar el mar. ¿Es posible que hubiera echado de menos aquel balcón durante una semana?

Ceno algo rápido que he comprado de camino y me pongo a investigar la información de las carpetas de Valeria.

—Veamos Karina, qué secretos me muestras.

CAPÍTULO 17

Confusión

Savona, hace dos años...

Las semanas empezaron a pasar muy rápido para Karina. Había creado una rutina sin darse cuenta. Se levantaba, se arreglaba, controlaba las conexiones de Darío, pasaba por su casa para el control de la persiana e iba a la oficina. Llegaba trabajaba y dejaba el listón bien alto y regresaba de nuevo realizando el mismo recorrido.

En el periódico tenía a todos encandilados. Era un imán para los hombres, a pesar de no ser muy agraciada, con su labia y su cara de niña caían rendidos a sus pies.

En una ocasión, mientras estaba en el descanso tomando un café, Tomás, su compañero de la sección de deportes, se acercó a ella.

—Karina, esto... yo, me estaba preguntando si querías venir conmigo a cenar esta noche. He reservado en un restaurante al que quería ir con mi hermano desde hace mucho tiempo, pero ha caído enfermo y no puede venir. La reserva no puedo anularla porque hace más de un año que la cogí. Es un sitio muy especial y seguro que te gusta.

Karina se fijó en aquel joven menudo que la miraba con ojos de cordero degollado. Tenía un cierto aire a Darío. No era él, evidentemente, pero le parecía atractivo.

Nunca se había fijado en él hasta entonces, y decidió aceptar su propuesta. Salir de la rutina le vendría bien, y ¡Qué narices! Si Darío salía con otras ella también tenía derecho a hacerlo.

—Vale, acepto encantada —le respondió con su característica sonrisa.

A Tomás le parecía que se le había aparecido un ángel. Sus ojos se iluminaron y no podía sentirse más feliz.

Aquella tarde Karina no pasó por la casa de Darío, ya que no tenía mucho tiempo para desviarse y quería darse una ducha. No obstante, no pensó que variara mucho la situación. Darío era un hombre bastante metódico y no solía cambiar sus rutinas bruscamente.

Karina se descubrió a ella misma con una pizca de ilusión por ir a cenar con un hombre. Deseaba con todas sus fuerzas que aquel hombre fuera Darío, pero ya el hecho de poder quedar con alguien y salir de casa, en cierto modo la reconfortaba.

Tomás fue puntual como un reloj y la recogió a la hora que habían concretado. Estaba muy nervioso. Se había arreglado y se sentía una gran cantidad de perfume. Casualmente era el mismo que ella le había regalado a Darío. Lo cual le atrajo hacia él y la mantuvo pegada a su pecho cuando se acercó a darle dos besos.

Llegaron al restaurante y al decir el nombre de la lista, el portero que controlaba el acceso les dejó pasar.

El sitio era impresionante. Se parecía a los restaurantes de lujo de las películas. Era un sitio

gourmet y Karina pensó que costaría una fortuna.

El camarero los acompañó hasta su mesa donde se acomodaron y les entregó la carta.

Se trataba de un menú degustación, en el que probarían los platos allí descritos.

—Mi hermano es un gran apasionado del chef que cocina aquí. Es muy difícil obtener reserva, ya te dije que hace más de un año que la cogimos. El pobre se sintió fatal por decirme que no podía venir, pero está bastante enfermo. Si cancelaba la reserva perdíamos todo lo que habíamos pagado y para cambiarla hay una lista de espera de seis meses, por eso me dijo que la aprovechara yo. Me sabe fatal por él, porque sé que le encantaría, pero mira, el destino ha querido que seas tú quien lo disfrute en su lugar —explico Tomás, con una sonrisa tímida.

—Muchas gracias por invitarme —respondió ella.

—Es un placer para mí.

El camarero les llenó las copas de vino, que iba cambiando según el plato que degustaban.

Las cantidades eran minimalistas, pero estaba todo buenísimo. En su boca se unieron distintos sabores de la cocina fusión y platos como tarta de salchichón de trucha y sus huevas con emulsión de pasas, lomo de tilapia en ceviche caliente y esturión confitado en grasa ibérica.

Los postres no se quedaron atrás. También degustaron varios mini platitos como la mazamorra, la chicha morada, quivevé de calabaza, espuma de queso y flores.

Cuando terminaron de sacarles platos, respiraron. Estaban saciados.

—Dios mío, creo que nunca había comido tanto —dijo Karina.

—Ni yo. Estaba todo espectacular. Ha merecido la pena esperar más de un año para venir. Tendré que volver a reservar ya para que lo pruebe mi hermano.

—Desde luego, hay veces que la recompensa que obtenemos tras una larga espera es lo mejor que nos puede ocurrir —dijo Karina, evidentemente pensando en su reconquista de Darío, aunque Tomás no podía entenderlo.

Al levantarse, Karina sintió cómo el vino le había afectado más de lo que pensaba.

—¿Te apetece si vamos a tomar algo? —propuso Tomás.

—Vale, ¿por qué no?

Karina se sentía eufórica. No sabía si era por la explosión de placer que había sentido con la comida o por las varias copas de vino. Pero se sentía bien.

La compañía de Tomás era agradable. Ya no estaba tan tenso ni cohibido. El vino también le había afectado a él y se estaba soltando.

—Vivo por aquí cerca. Si quieres podemos subir a mi casa —propuso él.

A Karina no le pareció mal. Habían bebido mucho como para coger el coche y por aquella zona no había muchos bares.

—Vamos —le digo agarrándole del brazo para no caerse con los tacones fucsias de aguja que llevaba.

No muy lejos de allí, llegaron a un edificio muy moderno donde Tomás marcó una clave y las puertas se abrieron.

—Es aquí.

—Guau —dijo ella, impresionada.

Se dirigieron al moderno ascensor. Estaba camuflado por una puerta de madera. Parecía que estuvieran entrando en una habitación, no en un elevador.

Cuando las puertas se cerraron, Tomás apoyó a Karina contra la pared de ascensor.

La tensión entre ellos era evidente y en aquel momento, el parecido del joven, su perfume y los efectos del vino, hicieron que Karina viera ante sus ojos a Darío y no a Tomás.

Se lanzó sobre su cuello y se besaron con pasión. La tensión reprimida de Karina dio rienda

suelta en los brazos de su compañero de trabajo. Pero en aquel momento ella solo veía a Darío.

A trompicones sin separarse ni un milímetro, consiguieron entrar en el piso de Tomás. A Karina apenas le dio tiempo a ver cómo era, ya que lo único que quería era seguir besándolo. Había perdido ya mucho tiempo sin hacerlo y tenía muchas ganas de volver a estar con su amado.

Tomás estaba en una nube. Desde el primer día que Karina entró en la oficina se fijó en ella. Tenía algo que lo atraía como un imán. En muchas ocasiones le habría gustado acercarse a hablar con ella, pero estudió bien que fuera el momento ideal para hacerlo.

Con la excusa de la reserva del restaurante, se decidió a proponérselo. No estaba seguro de que ella aceptara, pero al menos ya lo habría intentado.

No podía ni imaginarse que la noche fuera tan bien, y que ella estuviera ahora en su casa besándolo con pasión.

Intentó ofrecerle una copa, pero ella ya estaba desatada, no quería nada más que estar con él. Fueron directos a la cama y allí pasaron toda la noche dando rienda suelta a su pasión hasta que exhaustos se quedaron dormidos.

La mañana siguiente, Karina se despertó con un dolor de cabeza horrible. No sabía dónde estaba, ni por qué estaba en la cama con Tomás abrazado a ella.

—Mierda, mierda, ¿Qué ha pasado aquí? —susurró.

No se acordaba de nada. El último recuerdo que tenía era de estar con Tomás en el restaurante. Levantó la sábana y con horror descubrió que estaban desnudos.

—Mierda, mierda, mierda.

Al hablar, Tomás se despertó, desperezándose con una tonta sonrisa estampada en el rostro.

—Buenos días, preciosa —dijo intentado acercarse a ella para besarla.

—¿Qué pasó anoche? No me acuerdo de nada.

Tomás miró hacia su mesilla, donde yacían varios preservativos anudados para darle la respuesta.

—No, no, no. ¿Nos acostamos? —preguntó ella, asustada.

—Sí, varias veces. ¿No lo recuerdas?

Karina intentó forzar su mente, pero tenía un vacío enorme. Se sintió fatal. Ya no estaba con Darío, pero sintió como que le había fallado. Se había acostado con otro hombre que no era él, después de haberle prometido que no lo haría. Se había fallado a ella misma.

—Tengo que irme —dijo ella, tapándose con la sábana mientras buscaba su ropa.

—Karina, ¿he dicho algo que te haya molestado? —preguntó Tomás, asustado.

—No, no. Es cosa mía. Lo siento, tengo que irme.

Se vistió, recogió su bolso y salió de allí, dejando a Tomás solo en la cama.

Sabía que debería retomar la conversación en algún momento, ya que se veían todos los días en la oficina. Pero ahora sólo tenía ganas de darse una ducha y de llorar.

Al salir a la calle, el sol la golpeó en la cara, cegándola durante unos instantes.

Se acercó a la avenida principal para pedir un taxi y dio la dirección de la casa de Darío. Tenía que ver si estaba allí. Tenía que hablar con él de una vez por todas. Se estaba cansando de esperar.

Se intentó arreglar lo máximo que pudo en el taxi para ocultar su rostro de culpabilidad.

Una vez en el portal, pagó el taxi y cogiendo aire muy profundamente se decidió a llamar al piso de Darío.

El corazón le latía muy fuerte. Tal y como había aprendido en los videos que había visto, inspiró y espiró para calmar sus pulsaciones y llamó al timbre.

La persiana estaba subida, y por la hora que era debería estar en casa, pero no contestó nadie. Esperó unos minutos y llamó de nuevo.

—¿Quién es? —respondió la voz de un joven.

Sería su compañero.

—Hola, soy la ... novia de Darío—, me costó pronunciarlo así ya que para mi desgracia ya no lo era.—He venido para darle una sorpresa. ¿Puedo subir?

—Perdona, ¿Darío?

—Sí.

—Darío ya no vive aquí.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—No, se mudó.

—¿Y no sabes dónde está?

—No, lo siento.

Debía ser una broma. Quizá se había equivocado de piso. Pero no, no podía ser porque el chico había reconocido que había un Darío.

—No puede ser, no, no —repitió una y otra vez.

Se sintió estúpida. Había estado siguiendo una pista a alguien que no estaba allí. Se había marchado. Se había ido para que ella no supiera dónde estaba. No quería verla. No quería que ella fuera a verle.

Karina tuvo que apoyarse contra la pared porque todo le daba vueltas. La ansiedad se apoderó de ella y todas las emociones que había sentido explotaron. Empezó a llorar sin control.

Un hombre mayor que pasó por la calle se acercó a ella.

—Ey, bonita. ¿Estás bien? —le preguntó con cariño.

—No, no estoy bien. He venido a ver a mi... novio, y acabo de descubrir que se ha mudado sin decirme nada. No quiere verme, no quiere verme —respondió ella sin dejar de llorar.

—Tranquila, preciosa. Mírate, eres guapa, joven, tendrás los hombres haciendo fila por ti. Si él no te quiere, se lo está perdiendo. Hazme caso, no llores, no lo merece.

El señor la abrazó con cariño, intentando consolarla.

—Hay millones de ventanas por las que puedes mirar. Tranquila, no llores por alguien que no te merece.

—Pero yo sólo quiero mirar por una ventana. Sólo le quiero a él —dijo, sollozando.

—Hazme caso, vete a casa. Tómate algo caliente y descansa, verás como después verás las cosas mejor. ¿físicamente estás bien, te duele algo?

—Físicamente sí... Me duele el corazón.

—Ay, juventud. Hazme caso. Vete a casa, preciosa. ¿Quieres que te lleve yo?

—No, gracias. Vivo aquí al lado. Éramos vecinos, y ahora no sé dónde está —volvió a explotar Karina.

—Venga, vamos, te acompaño —le dijo el hombre, intentando agarrarla del brazo.

No podía dejarla allí sola.

Ella era mucho más alta que él, pero se notaba que tenía los brazos fuertes, ya que tiró de ella como si fuera un papel, Karina apenas tenía control sobre sus músculos. Estaba destrozada. Aquello no se lo esperaba. De Darío no, no le podía haber hecho eso.

Se dejó acompañar por aquel señor hasta que llegaron a su portal.

Le dio las gracias y él se quedó más tranquilo cuando la joven entró dentro. La saludó con la mano y le transmitió un mensaje de ánimo.

Karina se arrastró, casi literalmente hasta la ducha. Donde sin ni siquiera quitarse la ropa,

abrió el agua que empezó a caer sobre su rostro mezclándose con sus lágrimas.

Eso era lo último que se esperaba de él. Debía calmarse para poder pensar una solución.

CAPÍTULO 18

Regreso

Savona, hoy...

Estaba tan agotada que no me dio tiempo a mirar todo lo que Valeria había recopilado. Me eché la bronca a mí misma por estar perdiendo mis facultades.

Tenía todo el día para seguir revisando la información.

Lo que pude descubrir por el momento fue que Karina tenía varios problemas mentales. Mucho más serios de lo que pensé al inicio.

Cuando dejó su tierra natal para trasladarse con Darío, perdió toda la relación con su familia. No veían bien que se fuera de Rumanía tan joven y la repudiaron. Por eso la madre de Darío me dijo que le tenía tanto cariño. Prácticamente era como su hija para ella. Creo que debería ir a hacerle otra visita, pero antes quiero seguir revisando los documentos por si se me ocurre alguna pregunta más.

Sobre las tres de la tarde, he visto todo el contenido de la primera carpeta. Aparte de estos datos médicos, el resto de información se repetía. Como novedad, algunas fotos de ella junto a sus compañeros en un periódico llamado “Maestro Press”.

«Curioso nombre», pienso. Lo anoto como visita obligada para ver qué más me pueden decir sobre ella

Me detengo con más tiempo en observar las fotos que tiene junto a Darío. Realmente se les ve muy felices. Hacen muy buena pareja, pero quizá hay algo en la expresión de Darío que me rechina un poco.

Enseguida pienso en Laura, ella es experta en detectar problemas de pareja.

¿Y si...?, no, no quiero volver a involucrarla. Seguro que si le enseño la foto empieza a preguntar y no quiero que vuelva a pasar como la última vez. Lo tengo como última opción. Quizá Valeria sepa ver algo más que yo. Lo comentaré con ella mañana.

Investigo un poco sobre el periódico. Veo que es bastante influyente en la zona de Savona y que le hace la competencia al periódico familiar de Darío. ¿Por qué motivo Karina se iría a trabajar a la competencia? ¿Quizá para hacer daño a su expareja?

Todavía es pronto, por lo que abro la segunda carpeta con la esperanza de encontrar algo más interesante.

Sobre las seis pongo rumbo de camino a casa de Gina, la madre de Darío. En la segunda carpeta he visto un par de cosas que seguro ella me puede explicar con más detalle. Decido no llamarla antes, como siempre hago para que todo sea más natural.

Cuando llego, sigo impresionada por el super caserón en el que viven. Me gustaría saber qué pensó Karina la primera vez que la vio.

Llamo al timbre y me abre uno de los mayordomos.

—Buenas tardes, soy Silvia Oliveira, me gustaría hablar con la señora Gina.

—Ahora mismo le aviso —dice, dándome paso al recibidor donde espero unos segundos.

La espectacular mujer, como la última vez de punta en blanco, aparece tras el mayordomo.

—Silvia, querida. Pasa por favor —dice, dándome paso al salón—. ¿Hay alguna novedad?

—Sí y no. Lo cierto es que ahora mismo hay más incógnitas que respuestas.

—Entiendo. Imagino que si estás aquí es porque puedo ayudarte en algo.

—Sí —saco una de las fotos que he estado observando antes y se la muestro.

—¿Conoce a estas personas que están con Darío y Karina?

La mujer se coloca las gafas de medialuna que lleva colgadas con una cadenita y observa la foto.

En ella aparecen Darío y Karina junto a una pareja. Están en la playa, y a los pies tienen las bombonas y el resto del equipo de submarinismo.

—Sí. Eran amigos suyos —dice, muy segura de sus palabras—. Ella se llamaba Bianca y él Paolo. Murieron en un accidente de coche mientras estaban de viaje de novios en Cuba. Una verdadera tragedia.

—Oh, vaya.

Descarto con fastidio para mis adentros cualquier tipo de pista sobre ellos. Saco otra de las fotos en las que aparece Karina junto al equipo del periódico y se la muestro.

—¿Sabía que Karina estuvo trabajando para el periódico de la competencia de su familia?

—Sí. Ella misma me lo dijo. Y lo cierto es que no me pareció mal en absoluto. Me alegré por ella.

Veo que su semblante se torna triste.

—¿La quería mucho?

—Sí.

Enseguida se recompone y me mira fijamente.

—Espero que se descubra pronto lo que le ocurrió —dice, seria.

—Señora, tengo que contarle algo respecto a la muerte de Darío. Todavía no tengo pruebas, pero estoy segura de que su hijo no murió en un accidente. Me gustaría que me diera toda la información que tenga sobre los cursos que hizo, las personas con las que se relacionaba en aquel entorno.

—Lo sabía.... No quería admitirlo, pero lo sabía. Tuve una corazonada. Una madre sabe esas cosas, se siente... De hecho, aquel fatídico día tuve muy mala sensación. Sabía que algo malo estaba sucediéndole a mi niño...

—Lo siento.

—Bueno, el resultado es el mismo. Mi hijo no está.

Me sorprende la entereza y la elegancia de esta mujer.

—Dame unos minutos, voy a buscar todo lo que pueda ser de utilidad.

Me deja en el salón y el mayordomo entra cuando ella sale. Parece que tienen bastante control. Pero no me importa.

—Ten. Estos son los documentos que Darío tenía guardados del curso de submarinismo. No sé si servirán de algo, es todo lo que puedo entregarte. También unas cartas que le envió Karina cuando lo dejaron, y diversas fotografías que imprimió.

—Gracias.

—¿Puedo ayudarte en algo más?

—De momento no, pero muchas gracias por su colaboración —le digo, de corazón.

Me despido de ella y regreso al coche. Qué alegría cuando las personas colaboran y me agilizan el trabajo.

De camino al piso siento algo extraño. Hay un coche detrás de mí que parece que me está siguiendo. No sé si ya me he vuelto paranoica después de lo que me ocurrió en el último caso o si es cierto que me está siguiendo sin ningún tipo de disimulo.

Me pongo en la piel del perseguidor y juego con él. Entro por una calle que no tiene salida y espero a ver qué hace. Al llegar al final apago las luces y me quedo un rato.

Siempre llevo la pistola reglamentaria, porque nunca se sabe lo que puede pasar.

Tras unos minutos, no pasa nada. No entra ningún coche, pero también es probable que estuviera esperando fuera.

Salgo del callejón y no, no hay rastro de ningún coche, por lo que sigo el recorrido alerta hasta el piso sin volver a notar nada raro, pero mi cabeza ya empieza a maquinarse.

CAPÍTULO 19

Karina

Savona, hace dos años...

Karina llevaba tres días metida en la cama. Tuvo que avisar en el trabajo de que no se encontraba bien, y era cierto.

No podía dormir nada por la noche, y cuando lo conseguía por puro agotamiento era ya de día, y así comenzó un ciclo.

No dejaba de pensar en por qué Darío se había ido y ya no era el hecho de que no pudiera localizarlo, que también, sino si se había marchado por evitarle que lo vigilara. ¿Cómo se le había podido pasar aquel detalle?

El detective que contrató para controlarlo, le había prometido que estaba todo en orden, no había visto movimientos extraños. No entendía nada.

Karina sabía que Darío era consciente de que ella lo vigilaba, estaba segura. Por eso le dolía todavía más, que aun sabiendo lo que ella le necesitaba, se hubiera ido sin avisar.

Durante esos tres días fue incapaz de pensar en nada más. Su mente entró en bucle e intentaba buscar una explicación, pero siempre llegaba al mismo sitio, Darío quería olvidarla. La quería fuera de su vida, pero se estaba equivocando, se daría cuenta de todo lo que ella hacía por él, de todo lo que le amaba y entonces temía que fuera demasiado tarde.

Por otra parte, se sentía mal por haberse acostado con Tomás. Era un chico atractivo, su parecido físico con Darío era lo que más le complacía, pero como persona no era como él... Darío era único, era el amor de su vida.

Aunque técnicamente ya no estuvieran juntos y Darío se hubiera acostado con otras mujeres, ella lo tomó como que ella le estaba fallando otra vez.

Se culpó por aquella fatídica noche de hacía ya casi doce años, en la que estando borracha se acostó con uno de los amigos de Darío. Fue una estupidez que ni siquiera ella recordaba, supo que lo habían hecho porque encontró un preservativo usado a los pies del sofá, pero por lo demás ni siquiera recordaba cómo había llegado hasta allí, es más, quizá fuese posible que no hubiera hecho nada, pero la culpa no dejaba de martirizarle y se lo contó. Estaba segura de que aquello había marcado un punto de inflexión en su relación y no se lo podía perdonar.

En el caso de Tomás fue distinto, porque ella sí quiso. Quiso porque con los efectos del alcohol, vio a Darío reflejado en Tomás. Ella en todo momento pensaba que estaba besando a Darío.

Acabaría muy mal si no conseguía salir de aquel bucle, se dijo para sí misma. Y entonces sólo se le ocurrió una salida tras darle muchas vueltas.

No se atrevía a presentarse allí de nuevo, pero llegada a aquel punto no le quedaba otra

opción. Gina había sido para ella como su madre y estaba segura de que la ayudaría.

Salió al balcón. Aquella vista frente al mar siempre la tranquilizaba, pero le había costado mucho dar el paso de acercarse.

Inspiró el aroma marino. Hacía un día estupendo. Parecía que el tiempo climatológico le estaba enviando una señal para que saliera de aquella locura sin sentido.

Se dio una ducha, se arregló y puso rumbo hacia la casa donde había compartido momentos tan felices junto a su familia elegida.

Durante el trayecto, que duró apenas unos minutos, se dio cuenta de lo fuerte que era. De cómo ella sola era capaz de sacar la energía de dónde no había. De lo orgullosa que se sentía al no necesitar a nadie que le hubiera dicho: Tú vales mucho. Porque ella ya lo sabía.

Antes de llamar, inspiró profundamente mientras cerraba los ojos y se convencía a sí misma de que estaba haciendo lo correcto.

Yazbel, el mayordomo que la conocía como a su hija, le abrió el portal y se permitió darle un abrazo cargado de cariño al verla.

—Karina, mi amor. ¡Cuánto tiempo sin verte! Te he echado muchísimo de menos —expresó con cariño sin dejar de abrazarla—. Pero mírate, ¡estás preciosa!

Karina sonrió con sinceridad. Aquel hombre cubano siempre la agasajaba y sabía cómo hacerla feliz.

—Pasa, mi amor. Seguro que has venido para ver a Gina y no a este pobre cubanito —le dijo, sacándole la lengua y guiñando un ojo.

Ella sonrió con dulzura, le había echado de menos.

La reacción de Gina fue parecida a la de Yazbel. Prácticamente se abalanzó sobre ella para abrazarla. No se imaginaba que aquella mujer, siempre tan recta y elegante, pudiera perder su compostura y dejarse llevar de aquella manera tan efusiva.

—Pasa, hija, por favor. Te hemos echado mucho de menos. Me habría gustado que hubieras venido antes. ¿Cómo estás?

Tomaron asiento y Gina pidió a Yazbel que les preparara dos tazas de té.

—Si te tengo que ser sincera, mal... El no saber nada de Darío me está matando.

—Lo sé. Si te sirve de consuelo, aunque no creo, hace más de un mes que no lo veo. Este hijo mío yo no sé dónde tiene la cabeza. Se os veía tan felices, hija mía... He intentado hablar con él en varias ocasiones, pero ya sabes cómo es, cabezón y testarudo como su padre.

—Lo sé... Pero yo no quiero perder la esperanza, Gina. Le estoy esperando. Le esperaré lo que haga falta porque sé que es el hombre de mi vida.

—Ay, mi vida. Sabía que no me equivocaba contigo —le dijo, acercándose a ella para abrazarla.

Ante aquel contacto con la que consideraba como su madre, Karina se vino abajo y empezó a llorar desconsoladamente.

Le contó que había empezado a trabajar en otro periódico y que había tenido muy buena acogida, y le confesó que había descubierto que Darío se había cambiado de piso, quizá ella supiera donde estaba.

—Lo sé, cariño. Pero no pienses que lo ha hecho por eso. Tuvo problemas con el alquiler y por eso tuvo que marcharse.

—¿De verdad? —preguntó Karina, mucho más aliviada por escuchar aquellas palabras.

—Sí, cariño. Estoy segura de que te quiere, y quizá no te lo está demostrando, pero te quiere.

—Pues yo empiezo a dudarlo, la verdad. Si no, no me trataría así y ya se habría puesto en contacto conmigo.

—No lo hace porque tiene miedo de que le rechaces. Es un cobarde, y está feo que lo diga yo que soy su madre.

—¿Tú sabes dónde está?

—Sí. Pero no he estado nunca.

—¿Podrías darme la dirección?

—Podemos hacer algo mejor. Podemos ir juntas. Yo también estoy cansada de esta situación en la que estáis y me gustaría poder ayudarte.

—Muchísimas gracias, Gina.

Esa vez fue Karina la que abrazó con emoción a la mujer.

—Le diré a Yazbel que avise al chófer y nos lleve.

—¿No prefieres que vayamos con mi coche?

—No, ya que pagamos el servicio, deberíamos usarlo —le dijo, guiñándole un ojo.

Karina sonrió con alegría y se arrepintió de no haber ido antes a visitarla.

Poco después, estaban camino de la nueva morada de Darío. Karina estaba muy nerviosa, no sabía cómo se lo iba a tomar. Pero al menos estaba agradecida de que su madre la entendiera y quisiera ayudarla.

De camino, Gina llamó a Darío avisando de que iba a hacerle una visita. Al escuchar su voz a través del teléfono se le erizó el vello. Hacía mucho que lo escuchaba y le pareció la más preciosa melodía que podía regalarle a sus oídos.

Darío le confirmó que estaba en casa, y Karina se preguntó cómo reaccionaría al verla a ella.

—Estoy muy nerviosa. ¿Y si no quiere verme?

—Ven aquí, cielo. Se alegrará de verte, estoy segura.

Llegaron a la dirección que Gina le había dado. Karina se sorprendió al ver que la zona estaba bastante cerca de donde vivía antes, aunque nunca había estado por allí.

El corazón se le iba a salir del pecho cuando Gina llamó al portero y Darío abrió sin preguntar.

El piso era bastante más viejo que en el que vivía anteriormente, y en la zona había mucho más ruido.

Subieron hasta la quinta planta y al abrir la puerta del ascensor Darío ya la estaba esperando en el recibidor del piso. Al ver a Karina su expresión cambió de alegría a susto. No se la esperaba allí.

Pero cuando se acercaron, la miró fijamente, casi olvidándose de su madre y permaneció inmóvil. Karina no se esperaba aquella reacción.

—Hola, cariño —saludó su madre, haciendo que regresara a la Tierra y se hiciera a un lado invitándolas a pasar.

Una vez dentro, Karina permaneció todavía en silencio hasta que él la saludó.

—Hola Karina. No te esperaba por aquí.

Su mirada se fue tornando más cálida, incluso estuvo a punto de soltar una lágrima.

Gina empezó a hablar sin parar, pidiéndole que le enseñara el piso, que le dijera cómo iba el curso, etc. Pero entre Karina y Darío seguía habiendo una tensión plausible.

Gina era una mujer muy inteligente, y estaba haciendo todo aquello para ayudar a Karina y para que tuviera el terreno preparado, ya que ella parecía que estaba en shock.

Una vez se dio cuenta de que su hijo estaba menos tenso, le dio dos besos y un abrazo a Karina.

—Bueno, creo que mi parte ya la he hecho y que vosotros tenéis mucho de lo que hablar. Recordad que os quiero muchísimo a los dos y que ambos sois muy importantes en mi vida. Cuidaos mucho, adiós.

Karina se quedó con un palmo de narices, porque no tenía cómo volver a por su coche, que se había quedado en casa de Gina, pero ahora eso era lo último que le podía preocupar. No sabía cómo reaccionar. Darío estaba guapísimo, estaba como loca por lanzarse a su cuello, besarle y no soltarlo nunca más.

—Siéntate, que esta mujer no para ni un segundo —dijo, refiriéndose al enérgico tour que le había obligado a hacer su madre.

Karina le obedeció, y se quedó muy sorprendida de que en la estancia hubiera colocado parte de las cosas que ella le había regalado, incluso algunas fotografías de los dos. ¡Todavía la recordaba! El estómago le dio un vuelco, no sabía por dónde empezar la conversación. Pero otra vez más la sorprendió y fue él quien la inició.

—Karina, quiero pedirte perdón. Lo primero de todo... No me porté bien contigo, lo reconozco. No fueron maneras y no tenía motivos para hacerte lo que te hice.

A pesar de lo que ocurrió, lo intenté, pero no llegué a perdonarte del todo. Aquello me estaba reconcomiendo por dentro y no podía seguir con nuestra relación. Quise intentarlo, pero no pude. Cuando te había perdonado tenía miedo de contactarte por si era demasiado tarde...

—Darío... Te dije que yo iba a estar siempre. Te confieso que alguna vez pasé por tu casa y me fijaba en si habías quitado nuestras cosas. Cuando veía que todavía estaban, me alegraba el día....

—Lo sabía que venías... Y no, no quité nuestras cosas. Como ves todavía tengo alguna. Karina, has sido muy importante para mí... —la voz se le quebró.

Era una situación muy tensa. Karina tenía muchas ganas de abrazarlo, de hacerle ver que para ella los sentimientos no habían cambiado, pero no se atrevía.

Empezaron a hablar de todo un poco, temas banales.

Le explicó los problemas que había tenido para tener que marcharse del piso y entonces lo entendió todo.

Karina estaba feliz al fin, no quería que acabara nunca aquel momento. Pero se dio cuenta de la hora que era.

—Quizá debería irme —le dijo, un poco a la fuerza.

—Como quieras... No tengo inconveniente si quieres quedarte.

Karina no se lo podía creer... Aceptó, sin duda y pasó una de las mejores noches de su vida. Al fin después de tanto luchar y esperar creyó que había llegado su recompensa.

CAPÍTULO 20

Nuevo compañero

Savona, hoy...

Aparco en el garaje y cuando estoy a punto de cerrar la puerta de la entrada, escucho un aullido. Como ya estaba alerta por el coche que me seguía, inconscientemente toco la pistola. Agudizo mi oído y vuelvo a escucharlo. Suena a unos metros más allá de donde me encuentro. Me acerco hacia el origen del sonido y finalmente veo de donde proviene.

Es un pequeño cachorrito que está acurrucado dentro de una caja de cartón debajo de una furgoneta. Al verme aúlla más fuerte, llamando mi atención como diciendo: ¡Estoy aquí!

—No, no me mires así —le digo, acercándome a él.

Pero no puedo dejarlo ahí... es sólo un cachorrito. Si antes pienso en que quizá me vendría bien un compañero, antes la vida parece que me lo coloca en bandeja.

¿Lo habrían abandonado? Es demasiado pequeño y tiene una mantita, parece que al menos alguien ha querido protegerlo de alguna manera.

No sé qué raza es, pero parece un perrillo callejero.

Me agacho para coger la caja y el animal se pone loco de contento. Me da lametazos y creo que me acaba de enamorar...

Madre mía... ¿Yo? con un animal... No me lo puedo creer. No, no, no.

—Venga, vamos. Mañana tendré que llevarte al veterinario a ver si tienes dueño o ver qué hacer.

Lo cierto es que no tengo ni idea de cómo se procede en estos casos, pero ahora es ya muy tarde y si lo dejo aquí solo no sé qué fin podría esperarle al pobrecillo.

—¿Y ahora qué te doy de comer, si yo no tengo nada...?

Pienso en lo que hacen en las películas. Al ser un cachorro, necesitará leche, ¿no?

Al subir al piso y dejarlo en el suelo, se sale de la caja y empieza a corretear dando saltitos y ladridos, subiéndose al sofá.

—¡No, no, no! ¡Eso sí que no!

Lo agarro y me mira con esos ojitos grandes mientras me da lametazos.

—Puf... a ver, pequeñín. Te voy a explicar, si lo que necesitas son mimos y cariños, has dado con la persona equivocada. Soy fría, odio el contacto físico y no me gusta la gente, vale que tú no eres gente, pero si empiezas a dar los problemas que me dan ellos, te vuelvo a llevar donde estabas...

Increíblemente, el perrito parece entenderme y cuando lo dejo en el suelo, después de darme un lametón vuelve a su caja a acurrucarse en la manta, tranquilo.

—Muy bien. Así sí. Si te portas bien mañana te compro esas chuches de perros antes de ir al

veterinario.

Le pongo un cuenco con agua y otro con leche, por si acaso, no sé qué necesitará, pero al menos que no se me muera de sed.

Parece que se queda dormido y por fin consigo anotar todo lo que me ha dicho Gina antes de que se me olviden los detalles.

Echo un vistazo rápido a los papeles que me ha dado y veo que hay algunas cartas oficiales de los instructores. Además de apuntes parecidos a los que tomé yo al hacer el curso en Niza.

Una de ellas llama mi atención. En la cabecera de la carta aparece el nombre de Eric, Eric Martins.

Él fue mi profesor en el curso de submarinismo. Sabía que estaba en la escuela cuando Darío y Gabriele murieron, pero me sorprende que fuera él su instructor, ya que parecía mucho más joven.

Anoto en la lista el volver a llamarle para preguntarle sobre Darío, directamente.

El cachorrito se ha quedado dormido, incluso ronca un poco. Con cuidado cojo la caja y me lo llevo a la habitación, no me fío de dejarlo en el salón solo.

Recojo las cosas y me voy a dormir. Mañana será un largo día donde espero resolver varias de las incógnitas que me han surgido a lo largo de la semana.

Noto algo húmedo en la cara y pienso que estoy soñando, pero entonces escucho un sonoro ladrido casi en la oreja y abro los ojos.

—¡¡¡Joder!!!

El cachorrito se ha subido a la cama y lo tengo sentado en la almohada.

—¡Abajo! ¡No puedes subirte a la cama! —le digo, incorporándome de mala leche.

Él no me hace ni caso y empieza a ladrar y a moverse encima de la cama, meneando el rabo de contento.

—¡Aargrggg! ¡¡Estate quieto!! —le grito, intentando cogerlo.

—Me cago en todo, en qué hora te recogí.

Me arrepiento de la idea loca que tuve hace unos días de buscarme un animal de compañía. Estaba claro que no era para mí.

Me bajo de la cama... y noto cómo los calcetines se me empiezan a humedecer... miro al suelo y hay un charquito amarillo, y no solo es eso... hay también una deposición del maravilloso perrito.

—¡¡¡¡La madre que te parió!!!! —grito.

Yo no estoy acostumbrada a esto... No. Lo dejo en el veterinario o en la perrera o donde sea, yo esto no lo aguanto.

El animal se queda quieto, todavía encima de la cama y le grito indicando su regalito.

—Oye, ¡¡esto no se hace!! Muy mal. Lo siento mucho, no me mires con esa cara, te encontrarán una nueva familia que seguro que te va a tener mejor cuidado que yo, pero esto a mí no me lo vuelves a hacer.

Se acerca a mí, y me da varios lametazos en la mano. Baja el rabo y me mira con unos ojitos de cordero degollado.

—No. No me mires así...

Cojo el móvil y miro la hora. Son las ocho. No me reconozco con estos horarios.

Recojo el desastre que me ha preparado el cachorrito y lo encierro en el baño unos minutos porque no me deja tranquila.

Mientras, busco en el móvil el veterinario más cercano y llamo para pedir cita.

Lo más pronto que me dan es a las cuatro de la tarde, así que no me queda otra opción que llevármelo a la comisaría. Quizá alguien de los que estuviera por allí quisiera un cachorrito y con un poco de suerte me evitaba el problema de llevarlo a ningún sitio.

Lo cojo y lo meto en la caja. Obviamente no tengo un trasportín así que tengo que apañarme así.

Con cierta reticencia lo monto en el maletero del coche para que no se salga mientras conduzco.

Por suerte la comisaría no está muy lejos porque no deja de ladrar durante todo el camino, en el fondo me da un poco de pena.

Cuando aparco y abro la puerta sale disparado como una exhalación.

—¡¡Eh!! ¡¡Ven aquí!! —le grito mientras corretea como un loco en el garaje sin dejar de ladrar.

—Dios mío, este bicho me va a costar la salud. ¡Joder!

Corro tras él porque no me hace caso y entonces aparece mi salvación. Valeria.

—Oh y ¿este cachorrito tan mono? —pregunta con voz dulce, haciendo que el perrito se gire y vaya hacia ella.

—Pues es tuyo si lo quieres —le digo, resuelta.

—Ojalá, pero mi madre es alérgica, no podemos tenerlo en casa —responde mientras lo tiene ya comiendo de su mano—. ¿De dónde ha salido?

—Lo encontré anoche en el garaje de casa, estaba dentro de la caja y me dio pena dejarlo allí, pero esta mañana cuando me he despertado me había dejado un “regalito” a los pies de la cama —digo, mirándolo con odio.

Valeria se ríe.

—Es un cachorrito, Silvia. Es normal que no controle. ¿Verdad, pequeñín? —le dice, acariciándole la tripa mientras el cachorro se pone loco de contento.

—Bueno, esta tarde tengo cita con el veterinario. A ver qué me dice, si se puede localizar al dueño o llevarlo a la perrera.

—Nooooo, qué pena. ¿No puedes tenerlo tú?

Me pienso la respuesta fríamente, porque si hacía apenas unos días me estaba planteando la posibilidad de adoptar un perrillo detective... si el destino me había entregado esta bolita de pelo *cariñosona*, igual era por algo.

—Bueno, ya veremos... —contesto, dubitativa.

Aprovechando que Valeria lo había tranquilizado, lo metemos en la caja.

—¿Lo vas a dejar aquí toda la mañana?

—Claro, cualquiera lo deja solo en el piso. Igual vuelvo y me encuentro con que no hay sofá.

Valeria se ríe.

—Vamos, además quería comentarte varias cosas sobre el caso —le digo, cogiendo al cachorro y dirigiéndonos hacia la escalera.

CAPÍTULO 21

Karma

Savona, hace dos años...

Karina se despertó por los rayos de sol que entraban por la ventana. Acomodó su visión a la intensa luz y recordó la noche anterior.

Una enorme sonrisa se dibujó en su rostro. Estaba junto a su amado Darío. Recordó su conversación, todo lo que hicieron la noche anterior y se sintió la mujer más feliz de la tierra. Por fin había llegado su momento, de nuevo volvían a estar juntos después de tanto sufrimiento.

Al levantarse de la cama, Darío se despertó.

—Buenos días, cariño —le dijo ella con una sonrisa.

—Buenos días, Karina —respondió él, todavía medio dormido.

Karina estaba feliz. Se dirigió a la cocina y buscó en la nevera lo necesario para prepararle el desayuno.

Canturreaba, bailaba y estaba feliz. Darío la sorprendió mientras preparaba unas tortitas. Le dio una palmada en el culo, como hacía siempre que ella bailaba.

Se besaron apasionadamente en la cocina y se olvidaron de las tortitas que acabaron quemadas en la sartén, pero a ninguno de los dos les importó.

Días después de su encuentro, Karina se apuntó al curso básico de submarinismo en la escuela donde se estaba preparando Darío. De esa manera podían pasar más tiempo juntos después del trabajo, aunque no tenían el mismo profesor ni las mismas clases.

Decidieron ir despacio. Karina estaba muy ilusionada y por lo que parecía Darío también, pero no querían echarlo todo al traste y preferían ir poco a poco.

No se lo habían dicho a nadie y prácticamente llevaban una relación en secreto. Karina cuando regresó aquella mañana a casa de Gina en busca de su coche, con una gran sonrisa le agradeció su ayuda, ya que sin ella no habría podido conseguir volver con su hijo, pero no se lo podía contar. No obstante, supo que ella lo sabía.

En el curso descubrió una nueva pasión. No podía ir a las clases que iba Darío, pero una vez superara el curso inicial podrían estar juntos.

El profesor que le instruía a ella, era un buen profesional. Se notaba que era un apasionado del submarinismo ya que intentaba convencer a todos de que una vez en el fondo vivirían la mejor experiencia de su vida.

Karina notaba cómo él la miraba durante las clases. No era la única chica, por eso le llamó la atención que se fijara tanto en ella.

Cuando hicieron el bautismo, no dejaba de preguntarle cómo estaba y cómo se sentía. Siempre

buscaba un momento para estar con ella. De hecho, al acabar el curso y entregarle el diploma, le escribió su número de teléfono con la idea de quedar juntos para tomar algo. Karina lo tiró en la primera papelería que vio, ella no quería saber nada de ningún hombre excepto de Darío.

Ella sólo le amaba a él y había luchado mucho por su amor, había puesto por delante sus intereses frente a los de ella misma porque sentía que debía hacerlo y finalmente, se dio cuenta de que todo el esfuerzo había merecido la pena y de que el Karma siempre vuelve.

Las acciones que uno hace no son en vano, sino que tarde o temprano se ven recompensadas.

CAPÍTULO 22

Flash

Savona, hoy...

Valeria deja encima de la mesa la carpeta con la información que acabábamos de revisar.

—Bien, entonces ¿tienes claro por dónde tenemos que seguir investigando? —le pregunto, algo soberbia.

—Sí. Trataré de encontrar algún amigo o amiga que tuvieran en común a través de las redes para que nos diga cómo estaba su relación.

—Perfecto, gracias, Valeria. Cuando lo tengas avísame. Mañana haré una visita al periódico en el que trabajó Karina para recabar más información. Vamos muy mal en este caso, pero creo que una vez reunamos el máximo de indicios posibles, podremos ponernos a unir las piezas del rompecabezas.

Salgo de la sala de reuniones, dispuesta a irme a casa, cuando de repente sale Valeria corriendo con una caja de cartón.

— ¡Silvia! ¡Te dejas al pequeñín!

—¡Mierda, el cachorro! Se me había olvidado. Gracias —le digo, recogiendo la caja donde dentro está la pequeña bestia, que en estos momentos parece un angelito acurrucado.

Miro el reloj y veo que aún llevo pronto al veterinario. Casi sin darme cuenta se me ha pasado el día volando.

Aparco el coche en uno de los parkings de pago, esperando no tener que estar mucho rato, y cuando cojo la caja, el cachorro se despierta y empieza a ponerse como loco. Ahora tiene mucha más energía que antes y vuelve a instaurarse en mí el sentimiento contradictorio de amor y de odio.

Tengo que acabar cogiéndolo en brazos porque no se queda quieto y se sale de la caja. Como tengo miedo de que se me escape porque no deja de retorcerse, lo agarro mientras abro la puerta de la clínica veterinaria.

Nunca había estado en una y me sorprende al ver lo similar que es a un hospital, solo que, a diferencia de esqueletos, aquí hay huesos de perros, gatos y otros animales.

—¿Silvia Oliveira? —pregunta la recepcionista.

—Sí, soy yo.

—Espere un momento, por favor y enseguida saldrá la doctora para atenderla.

Le hago un gesto de agradecimiento con la cabeza mientras miro con odio al perrito que no deja de ladrar y mover el rabo, nervioso.

—¡Para ya o te dejo aquí y me voy! —le grito, intentando mantener la voz baja para que la recepcionista no me escuche.

Por fin, parece que el animal me entiende y se calma hasta que una joven con pelo corto, flequillo y gafas dice mi nombre y me indica el camino hasta la consulta.

—A ver, qué tenemos por aquí —dice, quitándose el cachorro que vuelve a ponerse como loco al estar en manos de una desconocida con bata y pintas de hacerle daño.

Ella como acostumbrada que está, le hace dos caricias y ala, ya es amigo suyo. El cachorro no deja de darle lametazos y me mira con unos ojos de cordero degollado.

—¿Dices que lo encontraste dentro de una caja en el garaje? —me pregunta la doctora.

—Sí. Me daba pena dejarlo allí, pero estoy de paso y no me lo puedo quedar, entonces quería ver qué opciones tiene el animal, si tiene dueño y se puede localizar o hay alguna perrera o algo así.

—Bueno, voy a hacerle unos análisis. Al ser tan pequeño no lleva el chip, por tanto, es más difícil saber si tiene dueño. No obstante, me temo que este pequeñín ha sido abandonado.

Me mira como esperando que diga algo, pero no lo hago, por lo que sigue.

—La opción de la perrera será bastante dura para el animal, ya que parece que se ha acostumbrado a ti, y por otra parte, anunciarlo en alguna de las ONG, conllevaría quizá varios días... Creo que lo mejor sería que pudieras adoptarlo tú.

Me da la sensación de que esta mujer, desde el primer momento quiere que me lo quede...

—Lo siento, pero ahora yo no puedo hacerme cargo de él. Trabajo mucho y no puedo dejarlo solo en el piso. Como le digo, estoy temporal, por lo que la vivienda tampoco es mía...

—Bueno, existen las guarderías de perritos que podrían tenerlo mientras trabaja, si es ese el problema.

El sinvergüenza no hace más que mirarme con esos ojitos... y entre él y la doctora, no sé cómo, pero acaban convenciéndome y acabo firmando su adopción. Tengo que pensar un nombre y como en ese momento está correteando como un loco por la consulta, decido llamarlo Flash, como el superhéroe de DC.

Le pone las vacunas necesarias y hace los controles reglamentarios y me indica las visitas que tengo que hacerle cuando llegue a casa. También me hace una lista de la comida que tengo que comprar, el trasportín etc., y me da un “cursillo *express*” de cómo cuidar a un perro.

Me regala un collar con una plaquita al que se le acopla una correa y una vez está todo listo, regresamos al piso...

Al final, ha conseguido lo que quería, aunque lo cierto es que en el fondo me daba pena dejarlo, no me reconozco.

CAPÍTULO 23

Silvia, ponte las pilas

Savona, hoy...

Flash y yo nos vamos adaptando el uno al otro. No me podía ni imaginar lo que cansa educar un animal, no quiero ni pensar lo que tiene que ser hacerlo con un bebé.

No obstante, a pesar de que es bastante travieso, cuando me enfado me hace caso, y le estoy intentando enseñar que haga sus necesidades en el arenero que he colocado en la terraza. Poco a poco.

Han pasado dos días desde que hablé con Valeria y siento que no he avanzado absolutamente nada. Fui al periódico pero no había nadie porque estaban fuera en un congreso... Estoy como bloqueada, no sé qué me pasa, pero ya me está acarreando consecuencias.

Suena mi teléfono y respondo, es Cesare.

—Silvia —dice seco, como siempre, sin saludar—. ¿Cómo va el caso?

—Hola Cesare, en proceso.

—Cuéntame.

Le explico con detalle lo que he ido descubriendo hasta ahora. Tras una pequeña retahíla de “Silvia, qué te pasa, no me decepciones, blablablá” cuelgo y me dan ganas de estampar el teléfono contra la pared.

Sin darme cuenta mientras hablaba con Cesare he empezado a garabatear en uno de los papeles. Es algo que siempre hago de manera inconsciente, eso o caminar.

Miro mis dibujos. Hace un tiempo me enseñaron a descifrar lo que quería decir, ya que es una manera del subconsciente de expresar lo que llevamos dentro, algo parecido a lo que me ocurre en los sueños.

Aparte de los que suelo hacer siempre, me doy cuenta de que he escrito una palabra muchas veces.

“AMOR”

Miro de nuevo las fotos de Karina y Darío, y las analizo con detalle.

En sus ojos se ve amor, amor sincero, amor profundo... De los que duelen.

Por suerte o por desgracia nunca lo he sentido, porque yo no creo en él, pero dicen que cuando duele, duele mucho y que las personas son capaces de hacer cualquier cosa. Al fin y al cabo, la gran cantidad de crímenes que se comenten suelen ser o por amor, o por dinero, siendo bastante generalista.

Tengo suerte de no haber caído en sus garras.

De repente y como una idiota me acuerdo de algo. En el reparto de objetos personales de Karina debería haber un ordenador. Estoy segura de que allí dentro puedo encontrar mucha

información sobre ella.

Llamo a Reinaldo y le pregunto dónde se encuentra y tengo que esperar a que el técnico lo desbloquee.

Leo de nuevo una de las cartas que Karina le había enviado a Darío, en la primera lectura no me llamó nada en especial la atención, pero ya que parece que hoy tengo el instinto funcionando, aprovecho.

Darío, mi amor. Estas dos últimas semanas han sido un infierno para mí. Todavía no logro entender qué te ha pasado para que hayas llegado a echarme de tu vida. Sé que he hecho muchas cosas mal, que te he hecho daño y que quizá en ocasiones no me he comportado como la mejor novia del mundo, pero no merezco que me abandones. Por favor, amor, te necesito en mi vida.

Estamos hechos el uno para el otro, y lo sabes.

Te esperaré el tiempo que necesites para darte cuenta de que te estás equivocando.

Te amo.

Esta es de octubre de 2021. En diciembre hay otra:

Han pasado casi dos meses desde que nos vimos por última vez. Te sigo esperando. He respetado tu tiempo, pero yo no aguanto más con este sufrimiento. Lo que para ti hayan sido dos simples meses, para mí ha sido una eternidad. No puedo más. ¿Podemos vernos y hablar, por favor? Lo necesito... Ya no sé qué más hacer.

Te amo.

Desconozco si Darío contestó a estas cartas o no, pero en marzo de 2022 hay otra.

Hola, mi amor. Estoy mucho mejor, mucho más tranquila. Estoy yendo a tratamiento y ya no tengo tantos ataques de ansiedad. Espero que estés bien. Me encantaría verte. Ya me dirás.

Te amo.

Miro mi cuadro y lo actualizo con las fechas de los eventos que he ido descubriendo. Sigo a la espera de que Valeria me de la información sobre la relación. Ya que la inscripción de Karina al curso y las fotos más recientes de ellos dos, son de apenas unos meses antes de la muerte de Darío, por tanto, está claro que tuvieron que volver.

Víctima	Karina Radu	Darío Florea
Edad	29	34
Profesión	Periodista	Periodista
Cónyuge	Expareja: Darío. No pareja.	Expareja: Karina No pareja.
Padres:		Gina. Padre muerto.
Amigos:	Espera de confirmación Valeria	Espera de confirmación Valeria
Lugar de nacimiento	Cluj Napoca (Rumanía)	Savona (Li)
Residencia	Savona	Savona
Fecha suceso	ENERO 2023	SEPTIEMBRE 2022
Persona que encuentra el cuerpo		Compañeros inmersión
Lugar	Su casa	Lugar de inmersión
Causa muerte	Ahogamiento	Ahogamiento

Signos de violencia previa	NO, cicatrices sospechosas	NO
Restos de drogas en autopsia	NO	NO
Pasado	Tímida, antisocial, casera, ¿depresiva?	Serio, social... ¿??
Relación entre las víctimas	Exponeja	
Sospechoso	¿?	¿?
Hechos extraños a investigar	Escena crimen. Periódicos con noticias sobre submarinismo	Accidente ¿seguro?
¿Qué me inspira el cuerpo?	Periódico	Contactar con ERIC.
	No me da buena espina...	No lo veo.
	Aparente ruptura: SEPTIEMBRE 2021	
	Cartas: octubre 2021, diciembre 2021, marzo 2022.	
	Comienzo Karina en periódico nuevo: noviembre 2022	
Fechas relevantes	Curso submarinismo: Darío en abril 2022	
	Karina en junio 2022.	
	Posible reconciliación: (De marzo a junio 2022)	

Me hago un mapa mental, pero lo cierto es que no veo ningún motivo por el cual alguien podía matar a Darío ni alguien que pudiera matar a Karina...

Aquí hay algo que se me escapa...

CAPÍTULO 24

Nueva pista

Savona, hoy...

Me despierto sobresaltada por los ladridos de Flash. No me acostumbro a tenerlo en casa, aunque he de decir que me hace bastante compañía.

Está como loco. No deja de ladrar a la puerta de entrada, no sé qué le pasa.

Me levanto del sofá donde me he quedado dormida mientras revisaba los papeles y voy hacia dónde me indica.

Está todo en orden, no parece que haya nada extraño.

Lo cojo en brazo para que se calme y poco a poco deja de ladrar. No sé qué le pasará.

—Ya está, no pasa nada —le digo, como si fuera un bebé.

Suena el teléfono, es mi madre.

Recuerdo que hace más de una semana que hablé con mi padre y todavía no le había llamado.

—Silvia, hija —me saluda con una voz ronca.

—Mamá, perdona, se me pasó completamente llamarte. ¿Cómo estás?

—Voy directa al grano, hija. Este fin de semana me gustaría que vinieras, quiero hablar con vosotras.

Me extraño al escucharla así. Nunca ha sido tan directa y mucho menos tan seca. Ni siquiera me ha echado la bronca por no llamarla... Algo le pasa.

—Sí, ya os dije que iría. ¿Pasa algo?

—Ya lo hablaremos. ¿Tú cómo estás?

—Bueno, como siempre...

Flash ladra, haciéndose notar.

—¿Y eso? ¿Tienes un perro ahora? —pregunta, ya con su tono habitual.

—Sí... ya te lo contaré.

—Vale, hija. Entonces te esperamos el fin de semana.

—Si no ocurre nada, sí. Intentaré organizarme.

—Vale. Aquí te esperamos.

Cuelgo y me quedo bastante preocupada, mi intuición me sigue diciendo que algo no va bien.

La fachada del edificio donde se encuentra la redacción es muy moderna, tiene unas amplias cristalerías por las que se ve prácticamente toda la calle. Subo por las escaleras de emergencia los once pisos hasta donde se encuentra la oficina principal.

Ya han vuelto del congreso, por lo que he podido concretar una visita con el director. En esta ocasión he tenido que avisar, se me ha hecho imposible venir de sorpresa.

He tenido que coger a Flash, porque todavía no me fio mucho de dejarlo en casa, pero se lo he comentado a la recepcionista y me ha dicho que cerca del edificio hay una especie de guardería para perros y podía dejarlo allí mientras hacía el interrogatorio.

Una joven pizpireta rubia con los ojos claros me indica el despacho del director.

Llamo con los nudillos y una voz ronca y profunda me indica que pase.

—Buenos días, soy Silvia Oliveira, he llamado antes por teléfono.

—Sí, Silvia, siéntate por favor.

El hombre de mediana edad con pelo cano y un fino bigote me indica con una sonrisa “de hombre de negocios” una de las sillas delante de su escritorio.

—Quería hacerle unas preguntas sobre Karina Radu. Estuvo trabajando aquí hasta que fue encontrada muerta en su apartamento.

Se lo digo así, aunque ya sé que él lo sabe, para ver su reacción en persona.

No me equivocaba, no le importa en absoluto. Hace un gesto hacia abajo, sin mirarme, señal de que se avergüenza.

—¿Qué necesita saber?

—Me gustaría que me dijera cómo era Karina con los compañeros, si tenía algún problema con alguien o si se relacionaba bien.

—Que yo sepa todo el mundo estaba muy contento con ella. Era una chica muy carismática, siempre estaba sonriendo. Era muy buena profesional.

—¿Nunca tuvo ninguna discusión respecto a los artículos que publicaba? Tengo entendido que en ocasiones, los periodistas son algo contrarios a escribir sobre ciertos temas con los que no se sienten cómodos.

Me mira pensativo y tras algunos segundos, en los que escucho el sonoro tic tac de su reloj de mesa, responde.

—Ahora que lo comenta sí, sí que hubo una ocasión en la que se negó a escribir un artículo.

Ella estaba en la sección de deportes, pero hubo una noticia, relacionada con el submarinismo en la que debía publicar un accidente y se negó.

—¿Podría ser algo más concreto?

Teclea algo en su ordenador y me muestra la pantalla.

—Este artículo fue. Tuvo que escribirlo una compañera suya.

¡Bum! Era la noticia del accidente de Darío y su compañero. Me lo imaginaba.

—¿Podría imprimirlo?

—Sí, claro, aunque lo tiene en versión digital. Somos un periódico libre.

—Gracias.

Me entrega el folio en el que se muestra la fotografía de Darío junto a su compañero y la noticia de su accidente.

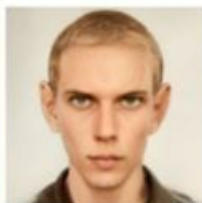
—¿Sabe si Karina tenía comportamientos extraños fuera del trabajo?

—No, lo que le ocurre a nuestros empleados fuera de estas cuatro paredes no es algo que me incumba.

—Ajá... ¿Por qué la contrató?

—Tenía muy buen currículum y se le veía una chica muy dedicada al periodismo. Me gustó mucho su entusiasmo.

—Y ¿por qué la despidió?



Dario F.



Gabriele F.

DOS JÓVENES PIERDEN LA VIDA MIENTRAS REALIZABAN UNA INMERSIÓN

El pasado 11 de septiembre, dos jóvenes que practicaban submarinismo sufrieron un accidente en la costa de Génova. Sus cuerpos fueron sacados del agua por los profesores de la escuela sin avisar en ese momento a los profesionales correspondientes.

Una noticia que conmocionó a sus compañeros de la escuela y a sus familiares y amigos. No obstante, debemos recordar que la práctica de este deporte lleva siempre asociados muchos controles de seguridad previos y durante las inmersiones, lo que hacen del submarinismo uno de los deportes más seguros.

El alcalde de la ciudad ha declarado dos días de luto oficial por la muerte de los jóvenes.



Autora:

ELENA GIOPPO

—Porque la vida cambia a las personas y ya no era la misma que contraté —responde tras unos minutos de pausa.

Anoto todo en mi libreta. En realidad, no me está dando mucha información y no se me ocurre nada más que preguntarle en ese momento.

Se me ha ocurrido algo que tengo prisa por contrastar, por lo que me urge marcharme de allí.

—Muy bien, creo que ya tengo todo lo que necesito. Muchas gracias —digo, cerrando mi libreta con la gomita.

Me acompaña hasta la puerta y se despide de mí con un cordial apretón de manos.

Al salir al rellano, me doy cuenta de que hay un hombre mirándome, pero cuando hago contacto visual con él, baja la mirada y regresa a la sala sin mirar atrás.

Resoplo, no muy satisfecha con lo que he conseguido. Estoy bloqueada, ¡joder!

Paso por la guardería perruna a por Flash y me dirijo a la comisaría. Quiero hablar con Valeria para ver si ha conseguido más información.

CAPÍTULO 25

Malentendido

Savona, junio 2022...

Los días pasaban sin apenas darse cuenta. Poco a poco Karina y Darío habían recuperado aquello tan bonito que tenían, pero Karina tenía una sensación extraña.

Había algo que la atormentaba, no sabía muy bien el qué, pero le daba mucho miedo.

Darío estaba a punto de estrenarse como instructor, pero ella todavía no estaba capacitada para asistir a su curso, ya que era de un nivel mucho más avanzado.

Apenas acababa de empezar el básico con el otro profesor y aquel día era su primer bautismo. Estaba muy nerviosa, sufría de asma, y a pesar de que le habían repetido mil veces que no pasaba nada, ella tenía mucho miedo.

Todo aquello lo estaba haciendo por estar más cerca de Darío, por su propia voluntad no habría iniciado un curso así, pero no le disgustaba. De hecho descubrió una nueva pasión. Le daba miedo, pero le gustaba.

Siempre le había llamado la atención todas esas imágenes del fondo del mar, donde los peces y las algas relucían y parecía estar en otro mundo.

Hacía un día estupendo, era una fresca mañana de junio en la que el tímido sol se reflejaba en las olas del mar.

Darío navegaba en otra de las barcas junto a los profesores. Salían a la vez del puerto, pero él se dirigía a una zona mucho más profunda. Se estaba preparando el examen de orientación y aquella mañana haría la siguiente prueba. Quería tener todos los carnets posibles para avanzar en su formación, ya que se había convertido en un auténtico fanático.

El viento movía el cabello rizado de Karina, haciendo que se le metiera en los ojos. El instructor se acercó a ella y con cariño le apartó el pelo detrás de la oreja.

—Tranquila, Karina. Lo harás muy bien. Estás más que preparada —le dijo con una sonrisa.

Ella se giró hacia él y se la devolvió. En ese preciso instante, la barca en la que iba Darío se cruzó con la suya apenas a unos metros.

Karina al verlo se olvidó completamente del instructor y se acercó al borde de la barca para saludar a su amado.

Darío le devolvió el gesto, mucho menos expresivo.

Ellos eran un grupo de cuatro jóvenes y se dirigían hacia el otro lado de la costa, el grupo de Karina se quedaba mucho más en la orilla para hacer su primera inmersión.

Ya había hecho las pruebas en la piscina con la misma compañera y habían ido bastante bien, pero no era lo mismo en un recinto cerrado a dos metros que a mar abierto.

No bajarían solos, el instructor los acompañaría en todo momento para ir guiándolos, sobre todo en las etapas de descompresión al subir.

Karina y su compañera esperaron hasta el último turno, para tirarse mientras veían como sus colegas se tiraban al agua con una sonrisa de oreja a oreja.

Al llegar su turno Karina se agobió un poco, pero una vez se lanzó y empezaron a bajar se tranquilizó. Cuando llegaron al fondo disfrutó observando los peces que se acercaban a ellas con curiosidad.

Regresaron a la barca junto al resto del grupo, sonrientes y orgullosos de haberlo logrado, y pusieron rumbo a la escuela donde tenían una pequeña celebración.

Darío y sus compañeros todavía no habían vuelto, ya que su inmersión era de varias horas.

Al llegar a la escuela, se dieron una ducha y disfrutaron de la entrega de diplomas y un pequeño pisolabis. Karina esperaba que Darío y sus compañeros se unieran después a la celebración, pero habían pasado ya más de dos horas y todavía no le había dicho nada.

—¿Cuándo volverán los chicos que estaban haciendo el curso de P3? —le preguntó Karina al instructor.

Él miró el reloj, haciendo que la camiseta ajustada que llevaba se encogiera por su marcado bíceps.

—Todavía tardarán una hora, más o menos. ¿Tanto te aburres? —le preguntó con una sonrisa pícara.

—No, no —respondió ella, tímida.

No habían dicho a nadie de la escuela que ella y Darío eran pareja, ya que seguían prefiriendo llevarlo en secreto. Se sentían más cómodos así, aunque a Karina le encantaría poder cantarlo a los cuatro vientos y ser capaz de expresar su amor en público.

Tras la comida, se trasladaron a una de las salas de la escuela donde habían dispuesto varias mesas con botellas de bebidas alcohólicas alrededor de una improvisada pista de baile y los camareros que preparaban algunos cócteles. Un pequeño escenario albergaba una batería y varias guitarras esperando a que sus dueños dieran comienzo al concierto.

Además de estar celebrando los distintos exámenes que realizaban los grupos, aquella fiesta era en honor a uno de los jefes que había sido papá y se marchaba de la escuela, por lo que además de su grupo había otros más.

Karina empezó a soltarse y a bailar con sus compañeras. Como el instructor le había dicho que todavía tardarían en llegar una hora, no tenía sentido que siguiera preocupándose, a pesar de morirse de ganas por verlo y contarle cómo había sido su experiencia.

El grupo tocaba muy bien, la música era muy rítmica y enseguida todo el público empezó a cantar el estribillo de sus canciones.

Karina sintió como alguien la abrazaba por detrás.

Se giró con una sonrisa, pensando que sería Darío, pero se encontró con el torso fuerte del instructor.

Inmediata e inconscientemente se borró de su rostro aquella sonrisa. No le gustaba que estuviera tan pendiente de ella y empezaba a sentirse incómoda.

Educadamente se alejó un poco de él, excusándose para ir a buscar un vaso de agua a una de las mesas más apartadas de la pista de baile.

No la siguió, pero sintió su mirada fija en ella. Buscó a su compañera de inmersión y se acercó para hablarle, iniciando una conversación banal.

Lo cierto es que no había congeniado mucho con ninguno de los del curso, en varias ocasiones se sentía fuera de lugar, pero no le importaba con tal de poder estar más cerca de Darío.

La compañera, animada por el alcohol, empezó a hablar sin parar de su novio, de lo contento que se iba a poner cuando le dijera que había hecho el bautismo.

Ella era de Génova y se habían conocido en un viaje a Estambul. Ella estaba preparando el curso porque se casaban el año siguiente y en el viaje de novios querían hacer inmersiones en Cuba.

—Él hace muchos años que hizo el curso. Es periodista, ¿sabes? No llevamos mucho tiempo, pero fue amor a primera vista —dijo ella.

—¿Ah es periodista? Yo también. ¿En qué periódico trabaja?

—En News Press Savona. ¿Te suena? ¡Quizá lo conoces! Se llama Paolo.

Karina intentó recordar. Era un periódico muy famoso y tenía algunos conocidos, pero ninguno que se llamara Paolo.

—No, me suena, pero no creo que lo conozca, Savona es muy grande.

—Ah, vaya. Bueno cuando acabemos el curso ya te lo presentaré. Incluso podríamos hacer alguna inmersión juntos.

Karina asintió con la cabeza sin prestarle mucha atención. Tenía muchas ganas de que regresara Darío. Miró el reloj, pero solo habían pasado veinte minutos, la espera se le estaba haciendo eterna y empezaba a notar que le estaba entrando un ataque de ansiedad. Tenía que aplicar los métodos que le había dicho aquella comecocos a la que le habían obligado a ir para intentar calmarse.

Se acercó a la barra junto a Bianca, su compañera, y le pidieron uno de los cócteles especiales al camarero, recogieron sus copas y siguieron bailando las canciones del grupo, pero entre la ansiedad y el alcohol le entró muchísimo calor, tanto que incluso le faltaba el aire y se excusó para salir a la calle.

Ya estaba anocheciendo, pero no hacía mucho frío. Se apoyó en el muro de entrada a la escuela que daba hacia el mar y disfrutó de los maravillosos tonos cálidos que dibujaba la puesta de sol, en contraste con el mar.

Se escuchaba el ruido amortiguado de la música, y al abrir la puerta de salida se oía más fuerte, alguien había salido. Una tos la sobresaltó. Era el instructor que se colocó a su lado.

Karina evitó resoplar. Se sentía muy agobiada, parecía que la estaba persiguiendo y no la dejaba sola ni un momento. Se puso tensa cuando le pasó un brazo por la espalda acercándola hacia él.

—Es precioso, ¿verdad? No sé si me gusta más el mar por dentro o por fuera —dijo con aire melancólico.

Karina se limitó a asentir sin dejar de mirar hacia el horizonte.

En apenas unos minutos, el sol se escondió por completo. Siempre se había quedado maravillada de lo efímeros que son los ocasos.

Estaba ensimismada y perdida en su mundo, sin ser consciente de lo que iba a ocurrir. En un rápido movimiento, el instructor la agarró de la cabeza y le dio un beso en los labios.

Ella se quedó petrificada, no supo reaccionar porque la pilló desprevenida completamente. Lo que sucedió después ocurrió todo muy rápido.

Karina intentó soltarse y apartarse de él, gritándole qué estaba haciendo. En ese preciso instante apareció Darío, seguido de los demás de su grupo.

Al reconocer a Karina y verla besándose con aquel tipo, una punzada enorme de decepción y dolor le atravesó el pecho, pero al ver que ella gritaba se dio cuenta de que no quería. Aquel tío la estaba violentando, por lo que tiró al suelo la mochila y se acercó a ellos corriendo.

—¡Eh! ¡Suéltala! —le gritó.

—¡Darío! —dijo Karina, escapando hacia él.

—No me habías dicho que tuvieras novio —le dijo el instructor a Karina.

—Ni tampoco que no lo tuviera —respondió ella.

—Putá, asquerosa —masculló.

—¿Cómo has dicho? —gritó Darío.

—¡Putá, asquerosa! —respondió el otro, orgulloso.

Darío le soltó un puñetazo en la cara con odio.

—¡No! ¿No te das cuenta de que te está provocando? —le gritó Karina.

El instructor le propinó otro puñetazo y se enzarzaron en una pelea. Los compañeros de Darío intentaron separarlos, pero parecían dos animales salvajes.

Los gritos alertaron a los transeúntes y avisaron al director de la escuela que salió en busca del instructor.

Consiguieron separarlos y ambos resoplaban como dos toros embravecidos.

Karina corrió hasta Darío y lo abrazó sin dejar de mirar fijamente al instructor, que escupió una flema de sangre y con la cabeza muy alta se marchó bajo la petición del director.

Una vez dentro, Karina acompañó a Darío al baño para que se limpiara. Por suerte eran heridas superficiales y algún que otro moratón, pero no tenía nada roto.

—¡Maldito bastardo! —gritó Darío—. Cuando te he visto besándote con él, he pensado lo peor de ti, perdóname, Karina. Pero te juro que al ver que te estaba forzando... lo habría matado, te lo juro.

—Tranquilo, de verdad... Ya está... Ha quedado todo en un mal susto —le dijo, acariciándole—. Te amo.

Le dio un tierno beso en los labios y para ella fue como volver a casa al seguro. Junto a Darío se sentía plena.

CAPÍTULO 26

Otra pista

Savona, hoy...

Me sorprende al ver que no hay nadie en la comisaría. Parece que haya llegado un ataque zombi y se los hayan comido a todos.

—¿Hola? —pregunto sin obtener respuesta.

Flash se revuelve en el trasportín, le doy una galletita para que se quede tranquilo y me dirijo a mi mesa, donde veo que han dejado encima una carpeta marrón con mi nombre. Se trata de un informe de Valeria.

Me tiro encima de la silla giratoria con los folios en la mano y leo su contenido.

Karina y Darío tenían varios amigos en común. Algunos de ellos los conocieron en la escuela de submarinismo. Imagino que se refiere a la pareja de la foto que le pregunté a Gina.

Pero yo quería saber si tenían amigos comunes recientes, bueno sigo leyendo.

Karina no parecía tener muchas amigas propias. A pesar de tener bastantes seguidores en redes no parecía que hablara mucho con nadie, excepto un par de chicas de Rumanía, pero el último contacto era de hacía varios años.

Valeria me había dejado una nota diciendo que puedo pasar a recoger el disco duro que contiene los archivos del móvil y del ordenador de Karina, ya que los informáticos ya lo habían desbloqueado.

Por otro lado, Darío era bastante más popular. Mantenía varios amigos de la infancia y Valeria había hecho una lista de posibles chicas con las que tuvo relaciones cuando no estuvo con Karina.

—Olé, Valeria. Sí, señor.

Dejo la carpeta, asintiendo con la cabeza, ya que esto me deja bastante trabajo por hacer, aunque algo me dice que no me va a solucionar mucho.

¿Dónde está todo el mundo?

Cuando estoy recogiendo el abrigo para irme, escucho la puerta de la oficina y un gran barullo.

Flash empieza a ladrar desde el trasportín y tengo que cogerlo para que se calme. Entonces entran todos los compañeros, incluida Valeria y me quedo pasmada al verlos.

—Hola Silvia, ¿cuándo has venido? —me saluda, eufórica.

—Ey, pues ya llevo un rato, pero no había nadie.

—Ya, porque teníamos el almuerzo del mes. Reinaldo se ha quedado todavía en la sala hablando con los comisarios.

Al ver que pongo cara de no entender nada, me lo explica.

—Sí, el primer viernes del mes hacemos un almuerzo con todos los equipos de la comisaría. Explicamos los casos que estamos llevando, poniendo en común nuestras ideas y siempre hay

alguien de otros equipos a los que se le ocurre algo nuevo. Al no estar tan contaminados de información por ese caso en concreto, muchas veces se les ocurren nuevas ideas.

—Ah mira, pues es buena idea —respondo con sinceridad.

—Sí, y un momento para poder juntarnos todos.

—¿Qué han dicho sobre nuestro caso?

—No hemos hablado mucho, pero les parece que hay algo más detrás, tal y como has dicho tú siempre. Nos han aconsejado investigar más sobre Darío, porque quizá ahí está la clave. ¿Has visto lo que conseguí por las redes? —me pregunta, con tono orgulloso como un niño que espera la aprobación de los padres.

—Sí, muchas gracias. ¿Dónde está el disco duro con la información?

—Lo tiene el departamento de informática. Se lo podemos pedir y nos lo traen aquí o podemos ir a buscarlo.

—Vale, voy a buscarlo.

—Tienes la dirección en la carpeta. ¿Qué puedo hacer ahora?

—De momento nada, tengo que seguir avanzando en este tema, déjame que le eche un vistazo al disco duro y te digo. Tendremos que hacer visitas a los amigos de Darío, quizá puedas acompañarme a alguna.

—¡Genial! —dice con una amplia sonrisa, haciendo que sus ojos verdes se iluminen con una chispa de ilusión.

Recojo a Flash y me despido de ella con un gesto mientras el resto me miran de reojo, fijándose en Flash. Estoy segura de que en cuanto me marche, van a hablar de ello.

Minutos más tarde, llamo con los nudillos a la puerta del equipo de informática.

Me abre un chico joven, con poco pelo y barba poblada. Tiene una tez casi tan blanquecina como la mía, y me recuerda un poco a mi amigo Guido.

Siempre me he llevado bien con los informáticos, porque por lo general suelen ser gente que va bastante a su bola y no molestan.

La sala está oscura, parece un zulo. Las paredes pintadas de negro y un aura de luz azul proveniente de las pantallas de los cuatro ordenadores dispuestos en círculo contra las paredes. No me asombro de esto, porque estoy acostumbrada a visitar a los departamentos de informática donde prefieren que no entre la luz para que no les refleje en las pantallas. Siempre me han recordado un poco a los hackers de las películas.

Está él solo, le indico el disco duro que he venido a recoger y sin apenas mediar palabra, lo busca en una de las estanterías al fondo de la sala y me lo da.

—Gracias —respondo con educación.

El chico se limita a hacer un gesto con la cabeza y prácticamente me cierra la puerta en la cara.

Me encojo de hombros y vuelvo hasta el coche para regresar a casa.

Al llegar suelto un poco a Flash tras haberlo llevado a que hiciera sus necesidades, ya que me da algo de pena porque se ha pegado prácticamente todo el día en el transportín.

Mientras corretea un poco por el salón, abro el ordenador y enchufo el disco duro. La información está separada en carpetas: Móvil y ordenador.

Empiezo con las del ordenador.

Mayormente lo que contiene son escritos, sobre todo de amor, y se nota que tiene mucho sentimiento. También encuentro el archivo digital de las cartas que le envió a Darío y otras más que imagino que quedaron en borrador.

Lo que más me llama la atención son algunos relatos en los que dice que no tiene ganas de

vivir. Que su vida es Darío y si él no está con ella, no tiene sentido seguir viviendo.

Encuentro también en los archivos del teléfono, una lista de llamadas de una o dos horas. Me anoto el teléfono y haciendo una búsqueda rápida veo que se trata de un psiquiatra. Lo añado a la lista para visitar.

Ya van saliendo cosas al fin. Me da rabia que llevemos más de tres semanas con este caso y haya tardado tanto en encontrar la punta el hilo del que tirar, pero por aquí me dice mi instinto que voy por el buen camino.

CAPÍTULO 27

Psiquiatra

Savona, hoy...

Dos días después, me encuentro de camino al psiquiatra que estuvo haciendo el seguimiento de Karina.

La dirección me lleva hasta un barrio de Savona que no conocía. Está bastante alejado, por lo que debo ir en coche y buscar para aparcar, incrementando mi mala leche, para variar.

Es una zona al interior, bastante antigua, por lo que no hay muchos sitios, pero por suerte hay un parking subterráneo que creo que me va a salir por un ojo de la cara, bueno, le pasaré la factura a Cesare, me río por dentro.

Busco el portal número 66 y llamo al piso 6º G. Una casualidad un poco macabra tratándose de un psiquiatra.

El portero automático emite un pitido y la puerta se abre invitándome a entrar.

El edificio está restaurado y contiene todos los elementos tecnológicos presentes en el momento, luces automáticas, y un ascensor que da la bienvenida, pero que yo evito para subir por las escaleras.

—Bienvenida, señorita Oliveira —me saluda con un acento francés el hombre bajito con gafas redondas y barba cana muy larga en forma de pico.

—Buenos días, señor Lafforte —le doy un apretón.

Entro al piso, que tiene las paredes llenas de cuadros certificando los cursos de psicología y psiquiatría. Tiene una estantería enorme de techo a suelo, repleta de libros.

El mobiliario es muy moderno, parece sacado de una revista de IKEA. En cada esquina de la habitación tiene una planta y otra encima de una mesita baja en el centro de dos sofás.

—Siéntese, por favor —me indica uno de ellos.

El hombre tiene una voz grave y tranquila, casi hipnótica. Seguro que alguno de esos cuadros certifica que es también un maestro de la hipnosis.

No me siento muy a gusto en este lugar, me intimida estar ante una persona que entra dentro de la cabeza de la gente.

Me trae recuerdos de cuando era niña y mi madre se empeñó en llevarme al psicólogo porque era “diferente”.

Podría decirse que los odio todavía más que a la gente normal, porque ellos intentan cambiarte, y yo por supuesto me escapaba de las sesiones, no quería que nadie me cambiara como era. Me siento bien así, ¿por qué voy a querer ser como todo el mundo?

—Cuénteme, ¿qué puedo hacer por usted? —me pregunta, cruzando las piernas y sacando su cuaderno.

—No, no he venido a hacer terapia —le respondo, algo inquieta.

Como siempre, no le había dicho que venía para hacerle preguntas. Simplemente concreté una cita con él en su horario libre.

—Ah, ¿no?

—No. Soy Silvia Oliveira, policía científica a cargo de la investigación sobre la muerte de Karina Radu. Revisando los informes aparecía que ella fue una paciente suya.

Yo no tendré miles de cuadros de certificación, pero en este momento sé claramente que se ha puesto muy tenso. Ha descruzado las piernas y ha dejado la libreta en la mesa. Se quita las gafas y me mira fijamente, con aire preocupado.

—Sí, lo fue —responde.

—Quiero hacerle algunas preguntas sobre ella.

—Sabe que no puedo decirle nada por secreto profesional —se pone a la defensiva.

—Lo sé, pero todo lo que quiera usted decirme sería de gran ayuda para descubrir qué le ocurrió. Si fuera tan amable de colaborar le estaría enormemente agradecida.

Veo que se debate entre hablar o callar.

—Le puedo hacer las preguntas y si no quiere contestar, no lo haga —le insto.

—De acuerdo.

—Primero de todo me gustaría saber su opinión profesional sobre Karina.

—Bueno, esto sí puedo decírselo. Sinceramente, cuando llegó a consulta no entendí muy bien por qué lo hizo. Parecía una chica muy alegre y sonriente, no obstante, muchas de las personas enfermas aparentan normalidad y al hablar con ella, tras cinco minutos descubrí cuál era su problema.

—Y ¿cuál era? —pregunto al ver que no me lo dice.

—Preferiría no contestar a esta pregunta.

Me muerdo la lengua por dentro, exasperada. Pero lo acepto, es secreto profesional, debería conseguir una orden del juez para poder sacarle más información sin meterme en líos, así que tendré que apañarme con lo que me diga.

—Vale, iré al grano entonces. ¿Tenía Karina instintos suicidas?

—Todas las personas los tienen alguna vez en su vida. Cuando experimentamos un trauma, como puede ser una ruptura amorosa, las personas llegan a hacer cosas que jamás se habrían imaginado.

Respuesta política, vuelvo a morderme la lengua intentando no resoplar ni poner los ojos en blanco.

—Y ¿ella en concreto? —insisto.

—Ella es... era una persona, como lo somos usted y yo.

Esta vez no puedo evitar el cerrar las manos con mucha fuerza. Odio la gente que da respuestas así. Sin contestar. Me calmo dos segundos y continúo.

—¿Cuál fue el motivo por el que inició la terapia?

—Me dijo que estaba atravesando una ruptura sentimental y que no se encontraba bien, que necesitaba ayuda.

—¿Durante cuánto tiempo estuvo haciendo terapia con usted?

Pasa dos segundos intentando recordar las fechas antes de contestarme.

—Empezó aproximadamente a mediados de febrero del año pasado hasta junio.

—¿Estaba tomando medicación?

—Sí, en principio con una dosis bastante elevada, aunque en alguna ocasión me confesó que no seguía las cantidades como debería.

—¿Por qué dejó la terapia, ya vio usted que estaba mejor?

—No. Dejó de venir a las sesiones. Estuve llamándola durante varios meses, pero nunca me contestaba y finalmente dejé de intentarlo.

—¿En las últimas sesiones la vio mejor?

—Sí y no. El tratamiento estaba haciendo efecto, pero no como en el resto de los pacientes. Ella era mucho más cabezona y me costaba mucho. No podía ponerle una dosis más elevada de medicación porque la habría destruido físicamente. El tratamiento estaba incompleto, por lo que no debería haber dejado de venir.

—Entiendo... ¿Karina tenía actitudes agresivas?

—No —responde, seco.

Mierda, quiero preguntar muchas cosas, pero este hombre no parece querer decir mucho.

—¿Podría decirme su comportamiento durante las sesiones, si era dócil o por el contrario mostraba una actitud reticente?

—Al inicio era más reticente, pero según avanzamos en el tratamiento fue volviéndose más dócil.

—¿Por qué cree que dejó de venir a las sesiones?

—Porque inconscientemente se sintió mejor y pensó que no necesitaba seguir con la terapia.

—¿Eso pudo acarrearle algún problema?

—Sí. Es incluso muy peligroso abandonar el tratamiento a mitad. En una ocasión, y quizá esto responda a su pregunta inicial, tuvieron que ingresarla en el hospital porque la encontraron inconsciente en su casa. Después de aquello siguió un periodo más constante en el que experimentó una gran mejoría, hasta que dejó de venir.

—Entiendo. Bueno, creo que por el momento con esta información puede servirme —le digo, cerrando el cuaderno y levantándome.

—Muy bien. Vuelva cuando quiera —me dice, cordialmente.

—Muchas gracias.

Vuelvo a por el coche, a pagar mis diez euros de parking con dolor y regreso a casa. Tengo que poner en orden toda la información que he recopilado. Además, he dejado a Flash solo en casa, espero que no haya hecho nada...

CAPÍTULO 28

Mensajes

Savona, hoy...

—¡Dios! Flash, ¡¿Qué has hecho?! —le grito al ver el desastre que hay en casa. Papeles tirados por el suelo, un jarrón roto.

El perrillo viene hacia mí. Está muy nervioso, no deja de ladrar y mover la cola. No sé qué le pasa. Por lo que tengo entendido, cuando los animales saben que han hecho algo que está mal, suelen esconder el rabo entre las piernas, como aquella vez que se hizo pis a los pies de mi cama, y sin embargo, ahora Flash parece que está nervioso, como queriendo decirme algo.

—¿Qué ha pasado aquí?

Lo cojo en brazos y se calma un poco. Está temblando.

Me adentro en el salón y está todo revuelto. Me acerco y veo que se trata de las carpetas del caso. Están todos los folios fuera. Ay, madre... que aquí no hay zampa perruna, aquí hay mano humana... Han entrado en el piso.

Por eso Flash está tan nervioso. Ojalá pudiera hablar.

—Lo siento, chiquitín —le digo, acariciándole.

Saco la pistola del estuche, a la defensiva, ya que puede ser que si ha entrado alguien siga todavía en el piso.

No es muy grande, por lo que no tiene muchas opciones para esconderse. Dejo a Flash en el suelo y permanece muy quieto, expectante, mirándome con los ojos muy abiertos. De verdad que solo le falta hablar.

Con cautela me acerco a la habitación y abro la puerta. No hay nadie.

Entro al baño y tampoco hay nadie. Quien quiera que haya entrado, ya no está allí. La habitación parece en orden.

Regreso al salón, donde está todo patas arriba. Me extraña mucho el hecho de que parece que quien ha entrado sabía sobre el caso de Karina.

«Puff, ya empezamos», pienso, recordando lo que ocurrió en el caso de Michele.

Intento tranquilizarme. Por suerte, hago copias digitales en mi teléfono de toda la documentación de los casos, por tanto, no me preocupa si se han llevado algo, si no el por qué.

Resoplo y me agacho para recoger todos los papeles, ahora tendré que comparar qué es lo que falta, e indagar sobre quién ha podido hacerlo...

Si ya iba mal en este caso, esto empeora las cosas.

Flash se acerca a mi lado y me da un lametón como gesto de cariño.

Qué majo, estoy empezando a alegrarme del día en que lo encontré. No me reconozco.

Tras varias horas de trabajo cierro con decepción las carpetas. No falta nada. Quien quiera que haya entrado únicamente quiso la información o simplemente no encontró lo que buscaba, no buscaba eliminar pruebas.

Lo cual me lo pone todavía más difícil.

CAPÍTULO 29

Karina

Savona, junio 2022...

Tras el incidente con el instructor, Darío se mostró mucho más cercano a Karina. Ella sintió en él un cambio enorme y nada la hacía más feliz.

Supo que después de tanto sufrimiento y después de todo lo que había pasado, al final había conseguido su propósito: ser feliz.

Con una pizca de orgullo pensó en llamar al psiquiatra que la estuvo tratando, para decirle que nada de lo que él le decía tenía sentido.

Y pensar que llegó a intentar quitarse la vida en más de una ocasión...

Se le ponían los pelos de punta al pensar en ese posible desenlace. Si le hubiera hecho caso, nunca habrían vuelto a estar juntos y eso le hacía sentirse muy orgullosa de sí misma. Al final quién mejor nos conocemos somos nosotros mismos.

Aquella mañana se dirigía al trabajo, con una sonrisa de oreja a oreja. Darío y ella vivían juntos en el piso de él, pero seguía mantenido su puesto en el periódico de la competencia. Estaba a gusto allí y le gustaba su posición. Además, así tenía algo suyo propio, no quería volver a depender de Darío como lo hacía al principio.

Al entrar en el edificio saludó a la recepcionista y se dirigió a la sala donde ya la estaba esperando Tomás, quien la miró intensamente sin decir nada.

Había sido un gran apoyo para ella, pero al volver con Darío ya no se sentía cómoda con él al pensar que podía haberle hecho daño.

Después de haberse acostado deberían haber tenido una conversación que nunca tuvieron y aquello les acarreó mal rollo en su relación.

No obstante, cuando tenían que trabajar juntos formaban muy buen equipo y su jefe estaba muy contento.

Aquella mañana precisamente, tenían una reunión importante con el director para comentarles un nuevo proyecto.

—Hola Tomás —lo saludó de manera cordial.

—Buenos días, Karina —respondió él.

Acto seguido entró el director con su jefe y prepararon la presentación.

Tras la introducción y comentarles los detalles, concluyeron con que a primeros de septiembre debían realizar un viaje a Múnich para cubrir uno de los partidos de fútbol más importante de la liga. Permanecerían allí durante cuatro días para cubrir también las preparaciones previas al partido.

—Mmm, no tengo muy claro que pueda ir —dijo Karina una vez terminó la explicación.

—Karina, no es una opción. Debéis ir ambos, ya que sois vosotros los encargados de la sección. Es una oportunidad que no nos habían dado antes y llevábamos mucho tiempo

esperando. Queremos crecer y cubrir este partido es primordial para meternos en el bolsillo a los accionistas.

—De acuerdo... —accedió, finalmente.

Tomás no tenía ningún problema y de hecho estaba pletórico. Como buen forofo del fútbol conocía la importancia de dicho partido y sabía la repercusión mediática que tenía. Aquello suponía un paso gigante en su carrera de periodista deportivo.

A Karina no le importaba el tema laboral, le preocupaba lo que podría pensar Darío cuando le dijera que debía marcharse y sobre todo a ella le preocupaba que fuera con Tomás.

Continuó con la jornada, intentando centrarse en el trabajo, pero su mente ya estaba en otro sitio.

—No pasa nada, cariño. Es trabajo. Si tu jefe te ha dicho que tienes que ir, ¿por qué no ibas a ir? —le dijo Darío mientras le acariciaba la mano.

Karina se puso muy nerviosa cuando llegó a casa. Tenía miedo de que se enfadara al darle la noticia. En realidad, tenía miedo de todo lo que tuviera que ver con Darío. Le había costado tanto recuperarle que la mínima idea de volver perderlo de nuevo le atemorizaba.

—Gracias, cariño. Pensaba que te iba a sentar peor —contestó, mucho más aliviada.

Se fundieron en un largo beso. Por fin, sentía el amor que se tenían.

CAPÍTULO 30

Notas

Savona, hoy...

Estoy en el barco de camino a la zona de inmersión. Solo vamos tres personas, mi compañera, el instructor y yo.

No sé por qué, pero en ese momento me siento algo indefensa. Hacía muchísimos años que no tenía esa sensación. Desde que ocurrió el hito que cambió mi vida cuando tenía cinco años.

El instructor me mira fijamente, y sin mediar palabra me empuja por la borda. No tengo el equipo preparado y me pilla desprevenida, por lo que empiezo a agobiarme, los cables se me enredan en los brazos y siento cómo me falta el aire...

Hasta que entonces me despierto.

—¡Mierda! —grito.

Al escucharme, noto que Flash se sube a la cama buscándome.

No me hace mucha gracia que se pasee así por la habitación, pero se lo perdono porque se puso como un loco cuando lo intenté dejar en el salón.

Lo acaricio a la vez que me tranquilizo yo. Hacía mucho que no tenía uno de mis sueños reveladores, así que corro a por la libreta para apuntarlo.

¿Por qué casualmente era el instructor el que me había empujado? Había sido muy real...

Cuando voy a recoger el cuaderno, suena la alarma del móvil y como estoy bastante despierta, me pongo en marcha para ir a la comisaría, quiero contarles que ayer entró alguien en el apartamento y he quedado con Valeria para ponernos al día, ordenando toda la información que tenemos, ya que mañana regreso a Milán para ver a mis padres.

Realmente dudo mucho que haya nuevas pistas en estos dos días, pero nunca se sabe.

Me siento bastante agotada mentalmente, estoy muy atascada en este caso y me da rabia, porque pasa el tiempo y no logro sacar nada en claro.

En un principio pensé que se solucionaría pronto y en nada podría regresar a mi casa, pero no logro centrarme.

Parece que estoy creciendo más de manera personal y eso está anulando mis capacidades laborales. No me gusta esto, debería encontrar el equilibrio como tenía antes.

Dejo a Flash en el trasportín al lado de mi silla. Me parece que el pobre animal se ha quedado traumatizado y no voy a poder volver a dejarlo solo.

—Hola Silvia, ¿cómo estás? —me saluda Valeria, con su característica sonrisa.

Yo no tengo muchas ganas de galanterías así que voy al grano.

—Vamos muy mal en este caso, Valeria. Te soy franca, estoy empezando a enfadarme un

poco, no contigo sino conmigo misma. ¿Tenemos algo nuevo?

—En realidad no —responde, avergonzada.

—Mierda —respondo con rabia.

Me quedo pensando durante unos instantes que ella aprovecha para acariciar a Flash.

Entonces se me ilumina la bombilla.

Me levanto como movida por un resorte, dispuesta a comprobar lo que acabo de sospechar.

Valeria se asusta tras mi ímpetu al levantarme.

—Me voy un momento —le digo, recogiendo a Flash.

No le doy tiempo a responder porque salgo como una exhalación.

Aparco el coche en el garaje y cuando abro el maletero para sacar a Flash, siento una pequeña corriente de aire por mi espalda.

Me extraño, ya que la plaza de garaje da a una de las columnas y a la pared. Me giro para ver de dónde proviene el aire y veo que al fondo hay una puerta de emergencia abierta, que normalmente está cerrada.

No le doy más importancia. Recojo a Flash y subo al ascensor.

Parecía todo normal, pero al abrir la puerta del piso veo un papel que alguien ha metido por debajo.

«Ya empezamos», pienso con sorna.

Silvia, tengo información sobre Karina Radu

Te estaré esperando el lunes a las 18:30 en Vía Aurelia, 91, 17047 Vado Ligure. Es importante que conozcas esta información.

No está firmado, evidentemente. El problema es que el lunes a esa hora no tengo muy claro el poder estar ya de vuelta. Tendré que inventarme algo...

CAPÍTULO 31

Familia

Savona, hoy...

Recojo mis cosas y coloco a Flash en el trasportín dentro del coche. Nos espera un viaje largo y no sé cómo lo va a llevar, pero por suerte se queda dormido enseguida.

Me siento madre, teniendo que cuidar del chiquitín, a dónde hemos llegado.

El viaje se me pasa rápido porque me pongo a escuchar uno de los libros que estaba leyendo.

Desde que descubrí el “invento tecnológico” de los audiolibros estoy encantada, porque, aunque prefiero leer en papel, ya no tengo tiempo así que durante los desplazamientos largos me los pongo, y además así voy ordenando mis ideas.

Este que estoy escuchando ahora es de un asesinato, para variar, y me estoy dando cuenta de que estoy yo misma investigando el caso.

Me río yo sola dentro del coche, defecto profesional.

Llego a Milán antes de acabarlo, por lo que casi me dan ganas de darme una vuelta más para terminarlo, pero miro el reloj y ya voy con dos horas de retraso... Quizá mejor lo dejo para la noche.

Voy directa a casa de mis padres donde estará también Laura, cenaremos allí todos y luego volveré a mi casa.

Solo mi madre sabía lo de Flash, pero me sorprendo al ver la cara de mi padre cuando me ven subir al piso con el trasportín. ¿No se lo había contado? Muy raro en ella....

Mi hermana se queda enamorada del cachorrito cuando lo saco del trasportín.

Está tímido. Se ha portado como un campeón en el viaje y ahora al ver gente nueva no se despega de mi lado, tiene miedo, creo que se ha quedado un poco traumatizado tras lo que ocurrió en el piso.

Lo he sacado a hacer sus necesidades a mitad del viaje y ahora antes de subir al piso.

Laura se acerca para acariciarle y él parece que se queda enamorado de ella. Ya no se separa de su lado. Es un poco chaquetero este perro, en cuanto ve a otra que le hace cuatro mimos, me abandona. Igual que hace con Valeria...

Le miro mal, y parece entenderme porque se acerca a mí para darme un par de lametones como diciendo “tranquila que sé que mi dueña eres tú, pero ahora quiero mimos ajenos”

El que parece no caerle muy bien es mi padre, ya que cuando se intenta acercar le ladra y tengo que mediar para que se tranquilice.

Mi madre odia los perros, así que no le hace mucho caso y tuerce el morro cuando se sube al sofá, pero no dice nada.

La veo muchísimo más delgada. Tiene unas ojeras muy marcadas y está muy arrugada. Parece

que se haya envejecido diez años.

Mi padre también está muy desmejorado.

Empezamos a cenar y parece todo normal... parece...

Le pregunto a Laura por Riccardo, me dice que se ha quedado en casa, porque esta era una cena familiar... y eso no hace más que aumentar mis malos presentimientos.

—¿Y entonces ahora estás en Savona? —me pregunta Laura cuando nos quedamos solas en la cocina.

—Sí... —suspiro.

—No te veo muy contenta.

—No, estoy muy atascada con este caso, la verdad.

—¿Quieres que te ayude? —me pregunta, guiñándome un ojo.

—No.... No quiero que vuelva a pasar como la última vez. Bastante te implicaste ya.

—Hala... exagerada. No fue porque me involucrara, ya lo sabes... Tenía que pasar y pasó.

Cabeceo, mostrando mi desacuerdo.

Si ella no hubiera visto las fotografías y no me hubiera acompañado a Venecia, no se habría sabido de su existencia y no la habría utilizado para llegar hasta mí.

—No sé. Sí que he tenido alguna duda sobre unas fotos de una pareja —claudico, finalmente.

No me reconozco, incluso cedo ante la poca presión de mi hermana...

Saco el móvil y le enseño la foto de Darío y Karina. Le explico un poco por encima el caso y le indico mis dudas sobre la relación que tuvieron.

—Pues yo creo que ella estaba enamorada hasta las trancas de él —me dice nada más verla.

—¿Sí? ¿Así, solo viendo la foto? Voy a pensar que te estoy transfiriendo mis cualidades a ti, hermanita... yo ando un poco floja últimamente.

—Bueno, compartimos útero 8 meses y medio, algo se habrá pegado, ¿no? —me dice, guiñando un ojo.

Me rio. Yo, riéndome... En cuanto me doy cuenta me vuelvo a poner seria.

Silvia, céntrate.

—¿Y qué opinas de él?

—Creo que él también la quería, a su manera, pero a él le veo más tímido, no creo que tuviera mucha iniciativa en la relación.

—¿Crees que podrían ser capaces de hacerse daño mutuamente?

—Mmm, necesitaría algo más de información, pero creo que no. Igual ella sí le pudiera hacer algo a él, porque se podría sentir infravalorada en la relación. Pero daño... daño... no sé. Y si le hiciera algo seguro que se autocastigaría después. Fijo. Mira esa cara...

—Tiene algo que no me gusta, pero no sé qué es. No me acabo de fiar de ella...

—No sé... Tiene cara de interesada, quizá de hacer lo que sea para conseguir lo que quería....

—Bueno, gracias, Laura.

—Niñas, venid, por favor —nos dice mi padre desde el salón.

Cuando llegamos están los dos en el sofá, mi madre no deja de mirarse las manos, está nerviosa...

—Sentaos, por favor —nos indica las dos sillas que han colocado frente al sofá... pinta mal... y creo que sé por dónde van a ir los tiros...

—Hijas... si os he querido reunir aquí a las dos es porque os quería contar que... —se rompe, pero se enjuga las lágrimas y continúa—. Estoy enferma.

—¿Eh?! ¿Qué te pasa? —exclama Laura, acercándose a ella, llorando.

Mamá también llora, papá también... Yo permanezco callada y Flash también se ha quedado

quieto.

Lo sabía... sabía que algo le pasaba... Joder.

No sé qué hacer, no sé qué decir, me quedo bloqueada. Trabajo con la muerte cada día, pero cuando acecha a tu familia es muy diferente.

—¿Qué tienes, mamá? —pregunto.

—Me hicieron unas pruebas hace unos meses, porque me encontraron un bulto en el pecho. No os quise decir nada para no preocuparos, pero me hicieron una biopsia y ha salido maligno... Tengo cáncer de mama, hijas.

Laura no podía parar de llorar.

Me quedé en shock, la verdad. Todo lo que le había recriminado a mi madre por ser siempre tan pesada, se me vino encima. El poder pensar en que no estuviera, se me hizo una bola que no quería digerir. Al fin y al cabo, aunque sea una persona antisocial, es mi madre.

—Bueno, mamá, lo importante es que lo pillaran a tiempo y además un porcentaje elevadísimo de casos de cáncer de mama se curan —le digo.

—El doctor me dijo eso mismo, que no debía perder la esperanza porque habían limpiado muy bien la zona. Me tienen que dar radioterapia y ver cómo evoluciona, lo único es que es bastante probable que tengan que extirparme el pecho.

Me levanto al fin y me acerco a ella para abrazarla con fuerza. La siento respirar profundamente e intento transmitirle calma.

Mi instinto no me fallaba... pero en esta ocasión me habría encantado que lo hubiera hecho.

CAPÍTULO 32

Pistas

Savona, hoy...

El fin de semana ha sido mucho más corto de lo que había imaginado. Cuando mamá se quedó algo más tranquila nos fuimos a nuestras respectivas casas. Lo cierto es que había echado mucho de menos la mía, mi hogar, mi refugio.

Se me hizo raro ver a Flash en mi piso, pero parece que se adaptó muy pronto. Era un perrito muy listo y aprendía rápido, me gustaba.

Aquella noche no dormí, me costaba pensar en que mamá estuviera enferma. Nunca me lo había planteado y aunque me encantaba estar sola, de vez en cuando mi corazoncito de persona necesitaba que alguien se preocupara un poco por mí, y allí estaba siempre ella.

Hice un repaso mental desde que era pequeña y me di cuenta que aunque era evidente que su preferida era Laura, siempre, siempre tenía un ojo en mí.

Recuerdo una vez que estábamos en la playa, tendríamos cuatro años. A mí no me gustaba nada estar al sol, pero a Laura le encantaba rebozarse como una croqueta y ponerse en la orilla a hacer castillos de arena.

Estaba haciendo uno con unos cubos que nos habían regalado, y mi madre le estaba haciendo fotos. Yo me quedé en la sombra para que no me diera el sol.

Parecía que mi madre sólo estaba centrada en ella, pero cuando una volada de viento levantó la sombrilla del vecino, y vino directa a mí, ella reaccionó con unos reflejos impresionantes, poniéndose en medio para que no me llegara a dar el punzante palo.

Me estaba vigilando, siempre estaba pendiente de mí y me cuidaba, aunque quizá no lo exteriorizara tanto que como con Laura. Una lágrima se me escapó al recordarlo... y pensar en que quizá ya no estuviera más... Joder. Me arrepentía de tantas veces que la había tratado mal y del tiempo que había perdido sin estar con ella.

Entonces tomé una decisión.

No me quedaría en Savona los fines de semana. No estaba avanzando nada bien en el caso, necesitaba por una vez en mi vida centrarme en mi parte personal y solo así quizá se reactivara mi parte laboral.

No es que hubiera dejado de interesarme mi trabajo, ni mucho menos, el trabajo era mi vida, pero en una situación así, si llegara a faltar mi madre, no me habría perdonado nunca el haber faltado sus últimos días.

Me daba igual si Reinaldo o Cesare lo aprobaban. Si no les iba bien, que me sacaran del caso, pero yo los fines de semana iba a volver a casa.

El viaje de vuelta se hace mucho más largo. A pesar de que Flash se sigue portando muy bien,

no me concentro en el libro y cuando termina, no lo valoro. El autor ha dado un final demasiado rápido y sin sentido, yo no lo había imaginado así y me molesto un poco. Esto me demuestra una vez más que los libros que se leen en un mal momento no nos van a gustar tanto como lo harían en una ocasión en la que no estemos mal. Lo digo por tantas reseñas negativas que me he encontrado sobre algunos thriller de gente que seguramente esté amargada y vuelque su ira contra el trabajo del pobre autor.

Sí, también odio a ese tipo de gente que se empuerra en destrozar el trabajo de los demás.

Creo que estoy algo más irascible de lo normal, ya que cuando abro la puerta de la oficina y Valeria ve mi cara, se queda parada.

—¿Estás bien? —pregunta, preocupada.

—Sí —miento—. ¿Alguna novedad?

—No... Por el momento.

—Bien. Voy a ordenar mis ideas.

Recuerdo entonces que en la nota se me había citado a las 18:30 y eran ya las 17.

Me preparo y recojo a Flash, que se ha pegado toda la mañana en brazos de Valeria. El muy bribón va de chica en chica.

—Vamos, compañero. Hay que trabajar —le digo, muy seria.

Me dirijo a la dirección y aparco a varios metros de distancia. Decido dejar a Flash dentro del coche con la ventanilla bajada porque no sé lo que me voy a encontrar y no quiero ponerle en peligro.

Al llegar la hora indicada no aparece nadie.

Sigo esperando un rato más, pero no hay ningún indicio de nada. Hasta que escucho una furgoneta que se acerca y me lanza un sobre rígido al suelo antes de marcharse.

—Ehh —le grito, aunque me ha pillado completamente desprevenida y se escapa.

Me apunto la matrícula, pero me falta un número. La furgoneta era muy vieja y destartalada. Me pregunto quién sería. Me acerco al sobre, lo recojo con cuidado y lo abro.

En su interior hay cartas manuscritas, aunque parecen fotocopias. También hay un recorte de periódico, y varias notas con direcciones.

Miro a mi alrededor, esperando una explicación de lo que acaba de pasar, pero no ocurre, por lo que regreso al coche porque he comprendido que esa era toda la información que me iban a dar. Quiero mirar los documentos con calma.

Dejo el sobre en el asiento del copiloto y pongo rumbo a casa.

CAPÍTULO 33

Presentimiento

Savona, septiembre 2022...

Pasaron los meses en los que Karina y Darío siguieron aprovechando del tiempo perdido. Su relación se fue haciendo cada vez más formal, incluso se llegaron a “escuchar campanas de boda”.

Finalmente ambos pudieron llegar a comprender todo lo que se amaban. Lograron perdonarse mutuamente y arreglar sus diferencias.

Por el momento, como Karina estaba haciendo los cursos de submarinismo en la misma escuela, decidieron no decir a nadie del club que estaban juntos, al menos hasta que Darío no consiguiera los carnets para ser instructor, aunque era un secreto a voces que prácticamente conocía todo el mundo.

Llegó el momento del viaje a Múnich con Tomás.

Se estaba preparando la maleta mientras Darío la miraba sonriendo.

—Estás preciosa, Karina. No sabes lo que me arrepiento del tiempo que no estuvimos juntos. Fui un imbécil.

Karina se acercó a él y le besó, enamorada.

La llevó él al aeropuerto, donde ya la estaba esperando Tomás.

—Te amo —le dijo Darío, mirándola desde arriba mientras la abrazaba.

Le sacaba una cabeza y les gustaba mucho hacerse arrumacos jugando con su diferencia de altura.

—Y yo a ti.

Se besaron apasionadamente, mientras Tomás los miraba con una expresión indescifrable.

Como no se separaban, carraspeó, haciéndose notar. Y Karina con una sonrisa que mostraba sus pequeños dientes le lanzó un beso en el aire mientras se dirigían a la puerta de embarque.

Emitió un suspiro de amor en cuanto pasaron.

—Le amas mucho, ¿eh?

—Sí.

—Vaya.

Karina le miró, sin saber muy bien qué decir, pero lo cierto es que no se sentía muy cómoda con la situación, por lo que no siguió hablando del tema.

Por suerte tenían asientos separados así que no tuvo que lidiar con él durante el vuelo, pero cuando llegaron al aeropuerto de Múnich, Tomás la miró con una sonrisa de oreja a oreja, quizá por la emoción, o quizá por el poder que le daba el saber que tenía a Karina para él solo durante cuatro días.

Un escalofrío le recorrió la espalda de arriba abajo, haciendo que se pusiera a temblar.

Llamaron al encargado del transporte para que los llevara al hotel y ya allí parece que regresó a la normalidad.

Karina suspiró, y como era tarde y estaba cansada se excusó de la cena en el bufet libre para dirigirse a la habitación. Sólo quería hablar con Darío. No pensaba en otra cosa.

Se extrañó mucho de que no le cogiera el teléfono a la primera, ya que le había dicho a la hora que llegaría.

Se metió a la ducha y al salir le volvió a llamar.

—¡Hola, cariño! Perdona que estaba en el curso de sub —le respondió al instante.

—Mi amor, ya te echo de menos.

—Y yo, ¿cómo ha ido el viaje?

—Bien, un poco largo y estoy agotada, estoy deseando irme a dormir. ¿Y tú cómo estás, cariño?

—Hemos hecho las clases para el siguiente nivel y haremos la prueba el fin de semana. Me encantaría que estuvieras aquí conmigo. Es la última, ¡y con este tendré ya todos los carnets! ¡Ya estaré un pasito más cerca para ser instructor!

—Qué bien, cariño. Ya... me encantaría poder estar, pero bueno seguro que va todo bien y después podrás enseñarme tú a mí. Vas a ser el mejor instructor de todos, estoy segura —respondió con una sonrisa triste.

Le habría encantado no hacer aquel viaje de trabajo y quedarse junto a su amado para aprovechar al máximo el tiempo juntos, pero por desgracia le obligaron a ir, no tuvo otra alternativa. Siguieron hablando de cómo les había ido el día y de planes que harían cuando volvieran.

Karina aquella noche se acostó pronto, pero no se podía dormir porque tuvo un mal presentimiento.

CAPÍTULO 34

Hilando fino

Savona, hoy...

Saco una de las cartas manuscritas que me han entregado y me sorprendo al leer el nombre del remitente: Eric Martins.

La carta estaba dirigida a Karina, y en la cabecera indicaba “Septiembre”, sin fecha.

Querida Karina, espero que estés bien. Ya no te falta nada para pasar al siguiente nivel. Estoy muy orgulloso de ti, vas a llegar muy lejos.

Quería escribirte esta carta en primer lugar para pedirte perdón por cómo actué el otro día. No era mi intención ofenderte, ni mucho menos.

Sé que pude llegar a molestarte y sería lo último que querría hacer.

Me gustaría en segundo lugar invitarte a cenar mañana por la noche. Tengo una reserva para el mirador de Savona a las 20:00 y me encantaría que vinieras conmigo, ya que se celebra un evento organizado por la escuela.

¿Qué me dices?

Te esperaré a la salida de la prueba y así podemos irnos juntos.

Te quiero mucho. Eric.

No entendí nada. ¿Por qué Eric le escribiría algo así?

Compruebo mi cuaderno y en septiembre fue cuando ocurrió el “accidente” de Darío y su compañero.

Dejo la nota apartada junto al montón de las pruebas ya revisadas y saco un sobre, lo rasgo y dentro de él, aparece una fotografía de Eric con Karina, muy sonrientes.

Otro de los documentos se trata de un billete de tren a nombre Eric desde Niza hasta Savona, es del día 7 de enero de 2023.

En otro sobre hay fotografías de Karina hechas con poco ángulo, como si hubieran sido tomadas con medios de espionaje.

Es un poco extraño. Me pregunto quién me ha proporcionado esta información y por qué lo ha hecho.

Sigo mirando los documentos, hay muchos y todo son pistas que indican que Eric tenía algún tipo de obsesión con Karina... ¿Quizá ella tenía algo que ocultar sobre él?

Sigo contrastando la información que estoy recopilando junto con la que ya tenía y empiezo a crear un cuadro mental de la situación.

Encuentro en uno de los papeles un número de teléfono y una instrucción: Llamar aquí, director del centro y preguntar por pelea Eric.

Estoy un poco alucinada de recibir tanta “ayuda”. Parece que me lo estén poniendo en bandeja, pero mi curiosidad me puede y acabo llamando, anotando toda la información pertinente.

Puede que empiece a ver la luz en este caso, pero aun así hay algo que se me escapa.

CAPÍTULO 35

Darío

Savona, septiembre 2022...

Estoy nervioso, me gustaría mucho que Karina estuviera aquí conmigo.

Hoy es mi última prueba para por fin poder optar a mi carnet de instructor. Era algo con lo que llevo soñando mucho tiempo.

Desde que nos separamos a raíz de mi infidelidad, mi vida se convirtió en una montaña rusa.

No sé muy bien por qué le fui infiel a Karina, ella me trataba bien, era siempre muy cariñosa conmigo, pero supongo que no había llegado a perdonarla del todo por lo que me había hecho. Cuando descubrí su traición tuve claro que no quería volver a saber nada de ella. Me sentó fatal que lo hubiera hecho.

Gracias a su insistencia a pedirme perdón miles de veces, volvimos, pero fue un error porque cada vez que la veía me recordaba lo que había hecho y me veía a mí mismo siendo un cabrón, consintiendo que su novia se hubiera acostado con otro...

No pude con ello, y a pesar de que no estábamos tan mal en la relación, empecé a portarme mal con ella. Entonces fue cuando me convertí en un gilipollas. Le hice muchísimo daño sin necesidad. No se merecía todo lo que pagó.

Después de aquello, dejé la aplicación de citas, no quería saber nada de las mujeres y empecé el curso de submarinismo, descubriendo así mi pasión oculta.

Me compré un piso, porque estaba harto de compartir, me dio mucha pena abandonar aquel lugar dónde habíamos creado tantos recuerdos juntos, pero debía seguir hacia delante.

Sabía de ella a través de mi madre, la cual me recriminó en multitud de ocasiones lo que le había hecho.

Ella la quería como a una hija, y era mutuo. Cuando Karina vino a Italia, siendo repudiada por sus propios padres, estaba sola, no tenía a nadie que no fuéramos mi familia y yo, y en aquel momento la abandoné. Por mi culpa se quedó sin trabajo y sola... No me lo perdonaré nunca.

El tiempo pasó, y ella me escribía, sé que me estaba esperando, pero con todo lo que le había hecho no tenía la entereza de hablar con ella. Me sentía un desgraciado y no me atrevía.

Cuando aquel día la vi junto a mi madre al principio no sabía cómo reaccionar, pero poco a poco me di cuenta de lo que la había echado de menos. Ella era mi vida, y al fin podíamos empezar una relación sana de verdad.

Fui el hombre más feliz del mundo, y empezamos la mejor época de nuestras vidas.

A través de los compañeros de la escuela, conocí a un grupo que hacía salidas independientes con su propia barca. También ellos eran unos apasionados del submarinismo, pero eran ya independientes, no pertenecían a ningún club.

En uno de los viajes en barca que solíamos hacer los domingos, le pedí a uno de ellos que nos dejaran en una calita durante unos minutos.

Karina se extrañó al ver que no nos adentrábamos en el mar, porque los recorridos eran desde el puerto a la zona donde hacían la inmersión y volver. Nosotros los acompañábamos y les esperábamos en la barca junto a sus novias o algún otro amigo que no lo practicaba, pero ella no se esperaba que virásemos y mucho menos que nos dejaran en aquella cala.

Nuestros amigos se quedaron en la barca a pocos metros de la orilla.

—Darío, pero ¿Por qué tenemos que ir allí? No llevo bañador —protestó.

—Da igual, vamos, porfa, luego lo entenderás —le insistí con una sonrisa en los labios.

Finalmente accedió y nos lanzamos al agua para nadar hasta la orilla.

Una vez allí, le pedí que se sentara en las rocas, yo me arrodillé y le tendí el anillo de compromiso que llevaba en una caja agarrada a mi cinturón.

—¿Qué? —preguntó ella, sorprendida, con una sonrisa que mostraba sus pequeños dientecillos que tanto me gustaban.

—Karina, cariño mío. Siento muchísimo todo lo que te hice pasar, no supe valorar lo que tuvimos porque me comporté como un idiota. No quiero volver a pasar ni un solo día sin ti. Te amo. ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Sí! Sí, sí y mil millones de veces sí —gritó, emocionada.

Se escucharon los aplausos desde la barca, habían estado viéndonos con los prismáticos.

Le puse el anillo, que le quedaba perfecto y ella lo observó, maravillada.

Nos levantamos y la abracé elevándola por la cintura mientras nos fundimos en un apasionado beso.

Regresamos a la barca entre besos y todos nos dieron la enhorabuena. Al fin podríamos hacer oficial nuestro compromiso ante nuestros amigos, aunque dentro del club hasta que no consiguiera el carnet preferíamos tenerlo en secreto.

No podía ser más feliz.

Una semana después me comentó que debía ir a Múnich a cubrir la noticia de un partido muy importante. Me preguntó si me parecía bien que fuera, justo en esos días coincidía con mi última prueba de P3, y me habría encantado que estuviera conmigo, pero evidentemente, era su trabajo y entendía que era algo que debía hacer, por lo que tendríamos que esperar para celebrarlo después.

La pasión que adquirió por el periodismo se la inculqué cuando empezó a trabajar en el nuestro familiar. Era una gran profesional y se notaba. A pesar de ser competencia en esos momentos, me alegré muchísimo de que hubiera conseguido un puesto en aquella redacción.

Aquella noticia era algo que impulsaría su carrera, por tanto no iba a negarme en absoluto a que fuera, aunque me daba mucha pena que se perdiera mi inmersión, eso sí.

Nos montamos en la furgoneta del club para ir hasta el puerto. Estaba nervioso...

Le mandé una foto a Karina cuando empezamos a ponernos el traje.

Mi compañero era Gabriele, ya habíamos hecho varias inmersiones juntos y nos compenetrábamos muy bien. Los instructores que se encargarían de la valoración eran Eric y Alberto.

Con Eric tuve una trifulca importante cuando besó a Karina. No sé si fue por la presión del director o porque parecía tener algo de conciencia, pero vino a pedirme perdón. No obstante, a pesar de aquello, nuestra relación era muy fría.

Por suerte las lecciones no me las daba él directamente, pero como era la última inmersión y debía de haber un instructor de cada grupo, debería estar presente. Me saludó con un movimiento

de cabeza cuando estaba realizando el protocolo de control de mi compañero.

Le envié un mensaje de voz a Karina, diciéndole que la amaba y que la avisaría cuando terminara. Ella no me contestó porque seguramente estaría ya en el partido.

Los instructores nos hicieron la seña y nos lanzamos al agua. El corazón me iba a mil por hora, pero cuando empezamos a bajar y vi el fondo del mar, me tranquilicé.

Me encantaba la sensación de profundidad, de darnos cuenta de lo impresionante que es la naturaleza. Poder ver los peces, algo que para nuestros antepasados era impensable. Pienso en la evolución del ser humano y que gracias a la tecnología somos capaces de hacer cosas que hace cientos de años parecían de ciencia ficción. No sabría explicar esa sensación de libertad, de curiosidad, y de adrenalina que me provocaba el submarinismo.

Mi sueño era poder visitar alguno de los millones de barcos hundidos que hay en el mar y descubrir quién sabe qué tesoros escondería.

Cuando nos encontrábamos a 25 metros, empecé a notar algo raro en el manómetro. No marcaba bien.

Por protocolo de seguridad debíamos ir controlándolo cada metro que descendíamos, y vi que la aguja no se estaba moviendo.

Le hice una seña a Gabriele para que comprobara el suyo. Entonces empecé a sentir que me estaba faltando el oxígeno.

No entendía qué podía estar pasando. Los 25 metros de profundidad los habíamos superado hacía muchos meses, algo extraño ocurría.

Intenté calmarme, pero sentía que me estaba ahogando. Gabriele intentó ayudarme, pero se quedó enganchado en la cuerda de señalización que intentó enviar para pedir ayuda. Algo estaba pasando, su manómetro indicaba lo mismo que el mío, pero sin embargo parecía que estábamos a mucha más profundidad.

Miré hacia arriba, apenas se veía claridad, era imposible que estuviéramos a esa profundidad.

Nos quedábamos sin oxígeno.

La cuerda de aviso se enredó y no conseguimos lanzar la señal de auxilio.

Era mentira aquello que decían de que te pasa la vida entera por delante como si fuera una película cuando estás a punto de morir. Yo vi todo muy despacio, no podía pensar en otra cosa que no fuera intentar salvarme. Vi la aguja del manómetro, vi a Gabriele enredándose, vi la señal de pérdida de oxígeno de la bombona. Fue todo muy despacio, casi podría relatarte cada detalle.

Supe que no saldríamos de allí, que aquellos eran nuestros últimos minutos de vida. Supe que nunca volvería a ver al amor de mi vida. Cerré los ojos mientras mi cuerpo se extinguía. No pude ver cómo Gabriele se ahogaba delante de mí, ni como su cuerpo quedó inerte tras haberse asfixiado, cómo su vida se apagó, minutos antes que lo hiciera la mía.

Karina, te amo... fue lo último que pensé.

Entonces todo se volvió negro...

CAPÍTULO 36

Karina

Múnich, septiembre 2022...

Estaba hasta las narices de Tomás. No dejaba de hablar y de hablar. Me iba a explotar la cabeza, pero no me atrevía a mandarle callar.

Miré el reloj, eran las once de la mañana. Llevábamos desde las siete en la redacción estudiando cómo plantear la noticia sobre el partido que se desarrollaría aquella tarde.

Había dejado el móvil dentro del bolso en la taquilla. Darío me había dicho que su inmersión empezaba a las once y media.

Sonreí al recordarle y le deseé mucha suerte mentalmente.

—Eh, Karina. Te estoy hablando. ¿Te has enterado de lo que he dicho? Podemos añadir una sección sobre la carrera profesional del capitán, es una eminencia aquí y seguro que eso atrae la atención de sus seguidores —me recriminó.

—Sí, sí —respondí con sorna.

Anoté las ideas que surgieron y al fin me dio un poco de tregua cuando se levantó para ir al baño.

—Joder, qué pesadez —murmuré.

Miré hacia la ventana, la redacción se encontraba en la última planta de un edificio en Alexander platz.

Estaba lloviendo, y se veía la famosa antena de la plaza.

Entonces me atravesó un escalofrío. No me gustó nada aquella sensación. Enseguida pensé en Darío. Miré el reloj, eran las doce menos veinte. Debería estar haciendo la inmersión, pero un muy mal presentimiento me dijo que algo no iba bien. Algo estaba pasando...

Cuando regresó Tomás fui incapaz de concentrarme en lo que me estaba diciendo. No le hice caso.

Finalmente llegó la hora de comer y pude coger el bolso. Saqué el móvil. Era la una. Vi las fotos que me había enviado Darío, estaba guapísimo. Escuché su audio diciendo que me avisaría cuando terminara, pero no lo había hecho.

Le llamé, pero no respondió.

Volví a insistir y a insistir y me preocupé muchísimo, porque aquello era muy mala señal.

La confirmación me llegó en forma de llamada telefónica desde un número de centralita.

—¿Señorita Radu?

—Sí, soy yo...

—¿Es usted la prometida de Darío Florea?

—Sí, ¿qué ocurre?

—Señorita, temo comunicarle que Darío ha sufrido un accidente mientras realizaba una inmersión.

—¿Qué? —grité como una loca—. ¿Qué ha pasado? ¿Está bien?

—Tranquilícese señorita... Por favor.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está? Quiero hablar con él— grité, desconsolada.

—Señorita... los sanitarios han hecho todo lo posible por salvarle, pero temo comunicarle que Darío ha fallecido.

—¿Queeeeeeeeeee? —grité, dejando caer el teléfono al suelo.

Ya no recuerdo qué ocurrió después.

Creo que me tiré al suelo, cuando llegó Tomás y me vio así, recogió el teléfono y habló con la operadora.

Horas después me encontraba en el tanatorio junto a la madre de Darío y todos los amigos.

No recuerdo coger el avión, ni cómo llegué hasta allí.

Solo quería ver a Darío...

Entré en la sala donde lo tenían y corrí a abrazarle, él no me correspondió. No podía creer que hubiera muerto.

Mi vida a partir de entonces se convirtió en un verdadero infierno... Lo acababa de recuperar, estábamos juntos, éramos felices, nos íbamos a casar ¿Por qué la vida se empeñaba en volver a quitármelo?

CAPÍTULO 37

Obstáculo

Savona, hoy...

Hablé con Reinaldo y le dije que debía volver a Milán. Mi madre había empeorado y quería estar con ella. La habían operado de urgencia para extirparle el pecho, tal y como ella vaticinó.

—Reinaldo, lo siento mucho, pero me he dado cuenta de que mi familia es más importante que cualquier otro caso. Me voy a ir y volveré cuando la situación mejore.

Reinaldo puso mala cara, pero me dio igual.

Cogí el trasportín de Flash y sin decir nada más me marché.

El camino hasta casa se me hizo eterno. No dejaba de pensar en que en esos momentos estaban operando a mi madre. Mi padre y Laura estaban allí.

Cuando llegué al hospital ya la habían sacado. Estaba todavía despertando de la anestesia y todavía no nos dejaban pasar a verla.

Esperamos en la salita hasta que el doctor nos llamó. Había ido todo bien y la habían subido a planta. Ya se había despertado, aunque estaba todavía un poco atontada.

—Cariños míos —dijo con un hilillo de voz.

—Mamá... —susurré.

—Silvia, hija, has venido —se sorprendió al verme allí.

Le dimos un beso sin apretarle mucho, ya que tenía todavía todas las vendas de la operación.

—Hija a ver si empiezas a vestir como tu hermana, que vaya pintas llevas —me recriminó.

Me eché a reír. Al fin mamá volvía a ser mamá.

—Te quiero —le dije, sorprendiéndome a mí misma.

Se le saltó una lagrimilla.

—Y yo a ti, cariño.

Estuvimos con ella hasta que nos hicieron salir cuando le hicieron las curas y le llevaron la cena.

—Ya está bien —les dije a Laura y a papá con una sonrisa.

—Desde luego, no pierdes la oportunidad para echarte la bronca —me dijo Laura.

Nos reímos para suavizar un poco la situación y aquella noche regresamos todos a casa para no dejar a papá solo.

No te puedo decir que me disgustó hacer algo así en familia por una vez desde hacía tanto tiempo, aunque me apenaba que faltara mamá.

Me vinieron recuerdos de nuestra infancia, donde hacíamos tiendas de campaña con las sábanas en la cama. De niña siempre había sido especial, pero no me sentía tan amargada como ahora.

La mañana siguiente estuvimos con mamá en la habitación, la sacarían por la tarde y podría volver a casa. Estaba dolorida, pero la notaba un poco más contenta que la última vez.

Los médicos le dijeron que había ido todo bien y que debería volver en una semana para hacerle el control.

Si todo iba bien, seguirían adelante con el tratamiento, parecía que todo evolucionaba bien, por lo que estaba mucho más tranquila.

Respecto al pecho, le habían dicho que más adelante podría ponerse una prótesis y tenía apoyo psicológico al tratarse de un cambio bastante relevante en su cuerpo.

Cuando volvió a casa y la vi bien, les dije que regresaría a Savona para seguir con el caso.

Entre unas cosas y otras se me hace un poco tarde y como los días empezaban a ser más cortos, realizo prácticamente todo el camino de noche.

Casi llegando a Savona, la carretera pasa por un sinuoso puerto de montaña, donde hay muchos árboles que le dan un ambiente bastante peliculero.

Hay mucha niebla y tengo que aminorar la velocidad ya que casi no veo más allá de un palmo del coche.

De repente, mi instinto me hace girarme hacia la derecha, donde veo las ramas del árbol que se mueve, y no me da tiempo a más, porque instantes después siento cómo un bulto se abalanza contra el cristal de mi coche y sale despedido unos metros atrás.

¡Dios mío! ¿Qué narices ha pasado?!

Detengo el coche en el arcén. El cristal se ha fracturado en mil pedazos, pero por suerte solo se ha hecho un pequeño agujero.

Yo estoy bien, solo un poco aturdida por el susto.

Salgo del coche y me acerco para ver qué era el bulto. Quizá algún animal nocturno, no lo sé, pero el golpe ha sido bastante fuerte.

Cuando llego a la altura del cuerpo inerte que descansa sobre el helado asfalto comprendo que es una persona.

—¡Me cago en la puta!—exclamo.

Le hablo para ver si responde, pero evidentemente no. Le toco el pulso y está muerto.

—¡Joder!

Lleva un pasamontañas y no se ve ningún rasgo característico que me permita ver quién es.

Mantengo la calma, tal y como nos habían enseñado, y activo el protocolo.

Minutos más tarde llegan las ambulancias y el equipo de policía, liderado por Reinaldo.

—Silvia ¿Qué ha pasado? ¿Tú estás bien? —me pregunta, asustado.

—Sí, yo sí. Venía conduciendo tan tranquila cuando de repente se me ha abalanzado sobre el coche. No he tocado nada para no alterar el escenario.

Lanzo una mirada de soslayo a mi pobre chiquitín con el cristal y techo destrozados... Ahora tras haber atropellado a una persona, es lo que menos debería importarme, pero mi instinto me dice que allí hay algo extraño... Yo no había sido la culpable de su muerte...

El médico certifica el fallecimiento, y se lleva a cabo la documentación de la escena. Me toman declaración y cuando le levantan el pasamontañas para realizar la identificación ocular del cadáver me quedo bastante petrificada...

Conozco a aquel hombre que acababa de lanzarse ante mis ojos... y corroboro todavía más que su muerte no ha sido una simple coincidencia.

CAPÍTULO 38

Karina

Savona, septiembre 2022...

Estaba lloviendo a mares. Parecía que incluso el cielo lloraba la pérdida de Darío.

En el funeral había muchísima gente, apenas cabía un alfiler.

No quería ver a nadie, no quería hablar con nadie. Sólo quería estar con Darío, quería que me enterraran con él, junto a mi amado.

Todavía no era consciente de que no volvería a verle nunca más. No podía creer que todos nuestros planes de futuro habían quedado truncados, que no nos casaríamos, que no tendríamos los hijos que siempre habíamos deseado. Nada... Nada de todo aquello pasaría porque Darío había muerto.

Me prometí a mí misma que descubriría lo que había ocurrido. Estaba segura de que no había podido ser un simple accidente.

No aguanté hasta el final de la ceremonia, no podía soportar las palabras vacías que le estaba dedicando aquel sacerdote a su amado. Si él hubiera estado allí también se habría marchado de su propio funeral.

Nadie le conocía mejor que ella, sabía que Darío no era creyente, por tanto no entendía cómo podía decir que en aquellos momentos estaba junto a su amado Dios, el sacerdote no sabía la pasión que él tenía por el submarinismo, por tanto tampoco entendía cómo podía decir que había muerto realizando una actividad de riesgo y peligrosa, cuando en realidad Darío había muerto haciendo una de las cosas que más amaba.

Intentó salir de la capilla sin hacer ruido, pero fue prácticamente imposible debido al peso de aquellas enormes puertas de madera. Por suerte para ella, nadie se giró para verla porque estaban todos conmocionados por las palabras del sacerdote.

Darío quería que lo enterraran junto a su abuelo, por lo que no entendía cómo podía ser que su familia lo incinerara... y como esas otras tantas incongruencias que estaban realizando en aquellas cuatro paredes santas.

Regresó a su piso caminando bajo la lluvia.

Los recuerdos la invadieron, le era imposible permanecer en aquel piso donde cada milímetro le recordaba a Darío. Por eso, decidió regresar a su casa, la que Darío le dejó en propiedad cuando lo dejaron.

No la había alquilado y seguía amueblada, por lo que decidió trasladarse allí para estar más tranquila.

Cogió sus pertenencias básicas y se encaminó hacia el piso. Al abrir la puerta una bocanada de humedad la atravesó.

Le encantaba aquella casa, sobre todo el balcón desde el que se veía el mar.

Cuando volvieron juntos ni siquiera se le pasó por la cabeza el regresar allí, ya que la localización del otro piso era mejor para ambos al estar más cerca del trabajo.

Salió a la terraza y miró al horizonte, la fina lluvia se unía con la humedad del mar, mezclándose en su rostro con las lágrimas que no dejaban de caer por sus mejillas.

No sabía cómo sería capaz de levantar cabeza. De hecho, no, no quería seguir viviendo así.

Ya lo había perdido una vez, pero se había empeñado en recuperarlo y al final lo consiguió, pero en esta ocasión, no podía volver junto a él.

Se le pasó por la cabeza el lanzarse al vacío, quería morir, quería dejar de sufrir eternamente porque la vida no hacía más que ponerle trabas en su camino.

Decidida levantó una pierna para pasarla por encima de la barandilla, le temblaban los brazos.

Se apoyó en el pasamanos, dispuesta a pasar la otra pierna por encima. No le faltaba nada, cada vez estaba más cerca de reunirse con su amado. Temblando trastabilló y el instinto de supervivencia le hizo agarrarse a la barandilla.

En aquel instante pensó que no debía abandonar, estaba segura de que la muerte de Darío no había sido un accidente, alguien había sido el culpable y no podía abandonar el mundo sin hacerle pagar por lo que hizo.

Se prometió a sí misma que lo encontraría y lo mataría con sus propias manos, solo así podría vengar la muerte de su amado.

De un impulso regresó al lado interior del balcón y entró en el salón cerrando el ventanal.

La lluvia repiqueteó contra el cristal, al compás del ritmo al que funcionaba su cabeza pensando en quién podría haber sido.

Entonces hizo lo que mejor se le daba: escribir.

CAPÍTULO 39

Sorpresa

Savona, hoy...

Tras finalizar todo el protocolo y realizar el levantamiento del cadáver llega la grúa que transportará mi coche al taller. Me da rabia verlo así de destrozado a mi pobre mi chiquitín.

A pesar de que no le hago mucho caso, es un coche que funciona a la perfección, nunca me ha dado ningún problema que no fuera ocasionado por mí, por dejarme de pasarle la revisión o algo así. Le tengo mucho cariño ya que con él he vivido muchas aventuras. Con él hice la mudanza desde Portugal hasta Milán y tantas otras aventuras, así que me daba pena verlo tan destrozado.

Ya, un poco frívolo por mi parte tras lo que acaba de ocurrir, pero...

Me monto en la furgoneta junto a Reinaldo, quien ha estado muy afectado durante todo el proceso. Está llorando, pero intenta que no se le note.

No sé por qué... pero todo me indica que conocía a la víctima, pero no dice nada.

—Reinaldo ¿Estás bien? —le pregunta Marta, la compañera.

Él niega con la cabeza, pero no se atreve a hablar. No le hacemos más preguntas.

Cuando llegamos a comisaría, se disculpa para retirarse al baño y mientras preparamos los informes.

Una vez regresa parece más tranquilo, pero ha estado llorando mucho, ya que lleva los ojos enrojecidos.

En el momento en que tenemos todo listo, nos dirigimos al hospital donde le están realizando la autopsia al cuerpo. Ese proceso suele durar entre dos o cuatro horas, por lo que cuando llegamos todavía debemos esperar a que nos indiquen que está todo listo.

Le pido permiso a la “Giulia” de Savona, que nunca me acuerdo como se llama, para entrar en la sala y ver el cuerpo ya que me gustaría echarle un vistazo.

No es un caso que me corresponda a mí analizar, y al haber sido parte implicada no debería hacer yo la inspección del cuerpo, es más, en comisaría me han hecho el interrogatorio correspondiente, llegando mis compañeros a la misma conclusión que yo: algo raro había ocurrido.

Mientras nos dirigíamos a comisaría, Reinaldo ha avisado a Valeria, ya que debía estar informada de todos los casos que ocurrieran.

Valeria se presenta en el hospital con cara de sueño y el pelo sin peinar. La llamada le ha debido de pillar durmiendo.

Les pido que me dejen estar a solas con el cadáver y me lo conceden. Me acerco a él, está demasiado blanco como para llevar muerto únicamente tres horas. Tiene el rostro con heridas de los cristales, a pesar de haber llevado el pasamontañas.

Varias fracturas en los brazos y en las piernas a causa de la caída al suelo. No llegué a pasar por encima del cuerpo.

En la cabeza también hay una fractura en el hueso occipital.

Cierro los ojos y me comunico con él. Evidentemente su muerte ha sido provocada. Además ¿Qué hacía él allí, justo en el preciso instante en el que yo pasaba con mi coche? Un poco extraño, ¿no?

Me doy cuenta de que últimamente parece que tengo que analizar cuerpos que ya he conocido en vida, si pienso en el caso de Michele y ahora también...

Las piezas del puzle empiezan a ordenarse, aunque creo que me falta la principal.

Una vez he terminado de “hablar con él” apunto todo en el cuaderno y les hago una seña para que entren.

“La Giulia de Savona”, se pone en frente mío con una carpeta, pero en lugar de dármela directamente como la última vez, ya conoce mi método y espera paciente hasta que empiezo a hablar.

—Tal y como sospechaba, por la posición del cuerpo, por la casualidad tan macabramente rebuscada y por los signos del cadáver, este hombre ya estaba muerto cuando impactó con mi coche. ¿Se corrobora eso? —le pregunto.

—Sí. Exacto. La hora de la muerte de este hombre acaeció sobre las 18:00, y el accidente tuvo lugar a las 20:00 —confirmó.

Asentí con la cabeza.

—Causa de la muerte: asfixia y posterior traumatismo craneoencefálico provocado por un golpe en la nuca, previo al accidente.

—Alguien quiso “cargarte el muerto” —enunció Reinaldo, perdido en sus pensamientos.

—Eso parece...

—Esta muerte sí está relacionada con el caso de Karina, y ahora puedo decir que también con el caso de Darío —afirmó tras unos minutos de pausa.

Valeria entra en la sala y ve el cuerpo inerte todavía sin cubrir. Veo que se echa las manos a la cara y se disculpa para ir al baño.

Otra que también lo conocía... No entiendo nada.

Estoy segura de que Reinaldo sabe más de lo que quiso decir en un principio, quizá debería darle más peso a esta circunstancia.

Nuevas pistas... la maraña se empieza a desenredar.

Echo un último vistazo al cuerpo inerte y sacudo la cabeza. Otra vida truncada a manos de un igual que se cree superior.

CAPÍTULO 40

Destrozada

Savona, septiembre 2022...

Al día siguiente en la redacción nadie sabía nada de lo que le ocurría a Karina, sólo Tomás.

Fue a trabajar porque quedarse en casa no hacía más que traerle malos recuerdos. Le empezaron los ataques de ansiedad, aunque la rabia por encontrar al culpable le ayudaba a mitigarlos.

Como estaba cubriendo la sección de deportes y Tomás tuvo que terminar la noticia sobre el partido, el jefe la llamó al despacho para darle un nuevo encargo.

—Karina, ha sucedido un accidente en el que han muerto dos submarinistas. Quiero que escribas un artículo haciendo hincapié en el riesgo de este tipo de deportes. Cuanto más morbo, mejor.

Karina recogió los datos que le entregaba, pero sabía perfectamente que se trataba del “accidente” de Darío.

Cuando lo comprobó y leyó de nuevo su nombre junto a la palabra: fallecido, tuvo que ahogar el llanto.

—Lo siento Emilio, pero no puedo cubrir esta noticia —le dijo, dejando el papel sobre la mesa.

—¿Cómo qué no? —preguntó, asombrado.

—No, no puedo —sollozó.

Sin dejarle decir nada más, dio media vuelta y se encaminó hacia el baño, donde se encerró a llorar durante la mayor parte de la mañana.

Los días pasaban y cada vez se encontraba peor. Estaba segura de que no había sido un accidente.

Lo primero que hizo fue ir a la escuela, pero se encontró con la sorpresa de que había cerrado. Parecía que se hubieran esfumado.

Fue a la comisaría de policía y como el accidente sucedió en Génova, le dijeron que debía preguntar allí.

Fue casi imposible conseguir hablar con alguien. No hacían más que derivarla de unos a otros. Perdió dos días enteros para que la atendieran.

Tras mucho mareo, le dijeron con desgana que ya lo investigarían, pero estaba segura de que no harían nada.

La policía de Génova contactó con la de Savona para obtener más información sobre los fallecidos, que eran ambos naturales de la ciudad. Y finalmente el caso quedó archivado como un accidente.

Karina sabía que no fue así, aquello no había sido un accidente. Estaba segura.

Empezó a investigar por su cuenta, y a pesar de ser periodista, se le hizo complicado obtener

información.

Mientras tanto, los días iban pasando y ella se desesperaba. La relación con la madre de Darío se enfrió. Ella estaba tan obcecada en encontrar al culpable que no tenía tiempo para nada más.

Quedaron para cerrar varios temas de papeleos. No estaban casados, pero él quería dejarle algo de dinero.

Sacaron las cosas del piso de Darío, ya que lo pondrían en alquiler y se repartieron los bienes.

Karina se mudó a su casa, la del balcón, pero cada día se le hacía más cuesta arriba estar allí.

Quería ir a un sitio nuevo, donde no la martirizaran los recuerdos constantemente, donde pudiera ocultarse de todo y centrarse en la búsqueda de la verdad.

En el trabajo empezó a notar como Tomás se acercaba más a ella.

Al principio incluso agradecía que alguien que supiera lo que le ocurría se preocupara por cómo estaba, de vez en cuando salían a tomar un café al terminar el trabajo, pero empezó a volverse más insistente.

En una ocasión, se dio cuenta de que le faltaban las llaves de casa. Como estaba siempre tan nerviosa pensó que las había olvidado en la oficina, y poco después recibió un mensaje suyo, indicándole que las tenía él porque las había visto encima de su mesa y se las llevaba enseguida.

Llegó un momento en el que Karina se sintió tan agobiada por su comportamiento que le dijo que era mejor que se limitaran a hablar de temas laborales, porque cada vez que salían juntos era como si estuviera engañando a Darío. Los recuerdos de lo que ocurrió aquella noche con Tomás no se borraron completamente, y todo se le acumulaba.

El tiempo pasó y sin darse cuenta llegó enero. Todavía no había encontrado nada hasta que una tarde...

CAPÍTULO 41

Gina

Savona, enero 2023...

Quería a Karina como si fuera mi hija. En cuando Darío nos la presentó me quedé enamorada de aquella niña. Era educada, simpática y sobre todo se veía a la legua que quería a mi hijo.

El hecho de que fuera extranjera no me importó, no así como a mis hermanas, quien siempre han tenido una cierta tendencia al racismo. Les ocurrió lo mismo cuando me casé con un hijo de rumanos, pero no me importó. Como si uno u otro fuera mejor o peor. Al fin y al cabo la nacionalidad te la da un papel, pero todos somos personas y merecemos exactamente los mismos derechos.

Me alegraba verlos juntos, se les veía muy bien y no dejaba de pensar en los nietos tan bonitos que me darían.

Mi hijo no había tenido muchas novias, de hecho ella fue la única que trajo a casa y pensé que sería la definitiva.

Pasaron un periodo un poco raro en el que yo veía que Darío la trataba mal, incluso delante de mí.

Le daba unas contestaciones muy feas, cuando ella se acercaba para besarle él se apartaba y cosas así...

Intenté hablar con él, pero no me dijo nada.

Poco después comunicó en casa que se habían separado. Al parecer Karina se había ido con otro tiempo atrás, él no lograba perdonarla y la empezó a tratar mal para que se cansara. Como no lo hacía empezó a salir con otras hasta que ella lo pilló y lo usó de excusa para dejarla.

Mi pobre niña se encontró sin pareja, sin trabajo y sin familia.

Vino a hablar conmigo antes de que yo pudiera hacerlo primero. Me explicó su parte y la creí. Siempre le recriminé a Darío lo que le había hecho, desde luego que no se lo merecía.

Mantuvimos siempre una relación a escondidas de mi hijo. Lo pasó muy mal, y yo la cuidé como si fuera su propia madre.

Cuando Darío me dijo que se mudaba y me pidió expresamente que no se lo dijera, me sentó muy mal, me enfadé y un tiempo después cuando ella vino a verme desesperada la llevé a su piso para que se vieran. Debían hablar.

Parece que tras aquel encuentro se arreglaron, aunque no querían hacer pública la noticia hasta que Darío no consiguiera el título de instructor.

Ella misma me dijo un día que habían vuelto y de nuevo la veía feliz y radiante, lo mismo ocurría con Darío.

Y todo se truncó aquel fatídico día de la inmersión. Tuve un mal presentimiento aquella

mañana, al fin y al cabo una madre es quien mejor conoce a sus hijos.

Estaba muy nervioso y me había comentado que meses atrás había notado algo raro en la escuela. Cuando entraba en la sala donde estaban hablando, de repente se callaban y cosas así.

Sé que Darío no era un joven que diera importancia a esas cosas, pero si me lo dijo, creo que fue porque le preocupaba.

Cuando me llamaron los de urgencias, supe enseguida que mi niño ya no estaba en este mundo. Intenté llamar a Karina, pero no me respondía. Sabía que estaba fuera trabajando, por lo que pude imaginarme cómo debería sentirse ella también.

No conseguí hablar con ella hasta varios días después.

Debíamos cerrar las cuentas en las que estaban juntos y le dejé todo el dinero de Darío había especificado que era para ella.

Karina no dejaba de repetirme que su muerte no había sido un accidente, estaba muy segura y se empezó a encerrar en sí misma. Me dolía mucho verla así, pero en el fondo tenía razón, yo también pensaba que la muerte de mi hijo no había sido un accidente. Pero ¿quién querría matarlo?

CAPÍTULO 42

Piezas

Savona, hoy...

Al llegar a casa, acaricio a Flash, que se acurruca a mi lado cuando me siento en el sofá.

Un escalofrío me recorre y me doy cuenta de que está la puerta del balcón abierta.

Me levanto para cerrarla y Flash me sigue, no se separa de mí.

Lo levanto en brazos.

—Hola, pequeñito. Te has quedado un poco traumatizado ¿eh? Este caso me va a volver loca y creo que a ti también te está afectando.

El pequeño emite un ladrido de afirmación y me da un lametazo.

Le he cogido cariño, la verdad. En mi vida me habría imaginado tener un perro, y mucho menos encariñarme de él en tan poco tiempo. Ya se notaba incluso que había crecido un poco.

Compruebo que la puerta esté bien cerrada, pero sigo notando una cierta corriente de aire.

Es un poco extraño, ya que otros días que había viento no sentía esto.

Me pongo a mirar por si hay alguna ventana abierta en la habitación o en la cocina, pero no.

Al acompañarme Flash, se queda mirando al fondo del pasillo y empieza a ladrar.

Se pone como un loco, no sé qué le pasa.

—Ey, Flash, calma. ¿Qué pasa?

En el fondo del pasillo hay un aparador con cajones y portezuelas de madera que casi ocupa la totalidad de la pared. No le había prestado mucha atención a pesar de pasar por delante suyo para entrar en la habitación.

Me acerco y siento que la corriente de aire procede justo de la esquina del mueble.

Pero ¿qué?

Hay una rendija en el lateral, ínfima, pero lo suficiente como para que el aire se cuele por ella.

Flash sigue ladrando y mi instinto se activa.

—Joder...

Pongo los ojos en blanco. No estoy teniendo ni un segundo de calma y lo necesito para poder organizar todas las ideas.

Justo en ese momento suena mi teléfono. Es un número que no conozco, aunque parece de centralita.

Dudo si responder o no, pero finalmente lo hago de mala gana.

—Silvia Oliveira, ¿Qué pasa?

—Señorita Oliveira, le llamo de su seguro de coche. Es respecto al accidente que sufrió la pasada noche. ¿Se encuentra bien?

—Sí, yo sí.

—Perfecto, le indico que su coche ya está en el taller y que será reparado lo antes posible. Le

iremos informando.

—Gracias.

Es verdad, casi se me había olvidado mi chiquitín. *Puff*, suspiro, exasperada. Casi no he terminado de colgar cuando vuelve a sonar.

Es mamá.

—Hola hija mía —me dice con voz suave.

—Hola mamá, perdóname que no os avisé ayer. Tuve un percance que tuvo que ver con el caso que estoy llevando y no he tenido tiempo de nada— no quiero darle muchos detalles para que no se asuste—. Se me pasó. Lo siento. ¿Cómo estás?

—Ah, vale, vale. Pero estás bien ¿no?

—Sí, sí. Tranquila.

—Estaba ya preocupada, yo me encuentro mucho mejor, mañana me mandan para casa. Estoy bien hija. Muy contenta de que hayas podido venir a verme. Te lo agradezco de corazón.

—No hay nada que agradecer, mamá.

—Sé lo que el trabajo significa para ti y por nada del mundo querría que esto te afectara.

—Mamá... si hay algo que estoy aprendiendo durante estos dos últimos casos que estoy llevando, es que el trabajo, es trabajo y que quizá he perdido muchos años sin valorar lo que tengo...

—Me vas a hacer llorar, hija mía. Te quiero mucho, aunque esté siempre regañándote....

—No te preocupes. Lo sé...

Flash sigue ladrando como un loco en cuanto lo dejo en el suelo.

—Mamá, tengo que dejarte, no sé qué le pasa a Flash, pero está muy nervioso. Te llamo esta semana.

—Vale hija, ten cuidado. Que no sea nada.

Meto el móvil en el bolsillo, esperando que no vuelva a sonar y controlo de nuevo el mueble.

No hay mucho margen de maniobra porque apenas quedan unos centímetros entre la madera y la pared, pero intento tirar de él para moverlo.

Pesa mucho a pesar de estar vacío, pero todavía tengo algo de fuerza. Consigo separarlo unos centímetros. Lo suficiente como para que la rendija sea mucho más grande.

El aire helado mueve mi flequillo. Flash ladra todavía más fuerte y veo que el pobre me mira como queriendo ayudarme, pero no puede...

Doy otro tirón y finalmente veo lo que se encuentra al otro lado de ese mueble.

Enciendo la luz del teléfono para alumbrarme mejor, pero está claro. Al otro lado del mueble hay otra habitación similar al salón, que tiene una ventana abierta de donde proviene la corriente de aire.

Y deduzco que nunca lo había sentido como hoy porque esa ventana había estado cerrada hasta entonces.

CAPÍTULO 43

Nuevas pistas

Savona, hoy...

—Jo, Silvia, ¿Todos los casos que llevas tú son así? —me pregunta Valeria, con cara de sueño.

Esta chica parece que no duerme muy bien, aunque también vaya horas de llamarla, pobre.

El deber llama, aunque no debe estar acostumbrada. Ella será de las contrarias a mí, de las que prefiere madrugar y se acuestan temprano. A mí la noche me inspira. Aunque en este caso, ni siquiera eso me está ayudando.

—No solían, pero últimamente no sé qué pasa...

Al haber descubierto que hay una casa paralela a la mía, con una distribución exactamente igual que en la que apareció muerta Karina, llamo enseguida a Reinaldo para que vengan.

Los compañeros mueven el mueble por completo y entran en la sala con cuidado de no alterar nada antes de documentarlo.

Miramos todos atónitos la escena, mientras reordenamos en nuestra cabeza toda la información.

—Todavía están las cintas de la última revisión de la policía científica. Este caso me lo asignaron cuando el cuerpo ya estaba en el depósito. No pude ver la escena del crimen porque lo cerraron por orden del juez. Algo que no entiendo muy bien, pero bueno. A veces estas cosas... —dice Reinaldo.

—Un follón —murmuro.

Emito un suspiro. Esto acaba de descolocarme del todo. Si pensaba que tenía todas las piezas del puzle, me equivocaba.

Me está dando un poco de mal rollo quedarme en esa casa tras lo que acabo de descubrir, pero cuanto más de lleno esté en el caso, mejor.

Por lo que, a pesar de que me insisten para que me vaya a un hotel, prefiero permanecer allí. Cierran la ventana y recolocan el mueble. La entrada a la otra sala está precintada, por lo que si entra alguien quedarán las evidencias. No obstante, ya entraron a revolver una vez, ahora parece que han entrado de nuevo.

Hay algo en esta casa que está relacionado con las tres muertes. Estoy segura.

Sí, sé que no te he dicho quién es el tercero, pero porque tengo que ordenar todavía todo y prefiero no adelantar acontecimientos.

Este caso se está complicando demasiado.

Para más ayuda, (ironía pura) en ese momento me llama Cesare. Pongo los ojos en blanco, ya que lo último que necesito ahora es más presión.

—Silvia, me han dicho lo de tu accidente. ¿Estás bien?

—Sí —respondo, seca.

—¿Cómo va el caso?

—De maravilla —respondo con ironía.

Sé que pone los ojos en blanco y le escucho chasquear la lengua de fastidio.

—Al aumento de sueldo que me prometiste por fastidiarme las vacaciones, súmale el doble por los daños morales que me está ocasionando este caso.

Resopla.

—Y eso que eres tú, imagínate si fuera otro...

—Sí, por eso. Si tan buena soy, págamelo.

Le pongo un poco al día, y él también piensa que hay algo más. Demasiadas incógnitas y pocas certezas.

Hay un asesino suelto que todavía no hemos descubierto, pero no obstante mi instinto me indica que el círculo ya ha sido cerrado, y que como mucho habrá una muerte más... la suya.

CAPÍTULO 44

Karina

Savona, enero 2023...

Me había creado un perfil falso en redes para poder investigar mejor.

Nadie sabía quién era, por lo que podía permitirme el lujo de publicar fotografías cebo.

Subí una historia con una foto mía, sin que se me viera mucho la cara, haciendo submarinismo y como había seguido prácticamente a casi todos los pertenecientes a clubs de la zona, me fijaba en todos y cada uno de ellos.

Pero justo un perfil que llamó mi atención visualizó esa historia temporal.

@3r1K era el nombre.

Entré, no tenía fotos suyas, únicamente del fondo marino y de barcas.

Estaba claro que se trataba de alguien que practicaba submarinismo y empecé a indagar.

No tenía muchas fotos, pero sí muchísimos seguidores y muchos más seguidos, sobre todo mujeres.

Revisé una a una las fotos. Leí todos los comentarios y cuando llegué a una de las primeras, me saltaron las alarmas al leer el hashtag #Scubdivingclubsavona.

No me lo podía creer. Era el club en el que estaba inscrito Darío para hacer los exámenes para instructor.

No era el mismo que el nuestro, sino que en ese daban clases dedicadas únicamente a la instrucción.

Antes siquiera de pasar el último examen él ya se inscribió para poder tener más contactos cuando entrara.

Cuando falleció, ese club también cerró.

Cliqué en el hashtag y comprobé que se trataba del mismo, incluso en uno de los post aparecía una imagen con la noticia de la muerte de Darío.

Se me volvieron a poner los pelos de punta, e intenté calmarme con sangre fría.

Seguí a todos sus seguidores y los que tenían el perfil oculto me aceptaron.

Pensé en lo simples que son los hombres en redes, un par de fotos subidas de tono y ya caen como moscas.

Además, me di cuenta de que todos tenían algo en común: eran franceses.

A raíz de uno de ellos, fui siguiendo el hilo hasta descubrir que trabajaba en un club de submarinismo en Niza.

No lo pensé dos veces y reservé un billete de tren para ir hasta allí al día siguiente.

Acabábamos de empezar el año, era 3 de enero. Estaba segura de que estaría cerrado, pero quería ir para cerciorarme de que iba por el buen camino en la investigación.

El viaje se me hizo eterno, de hecho, tuve que hacer trasbordo en Ventimiglia y una vez en el centro coger un taxi.

Por el contrario de lo que pensaba, el club estaba abierto, además parecía que estaban celebrando algo, quizá el año nuevo porque se escuchaba bastante jolgorio desde la calle.

Llamé a la puerta de cristal y uno de los chicos que estaban ante una mesa con comida y bebida se acercó para abrirme.

—*Bonjour, madame. Bonne année. Que puis-je faire pour vous ?* —me preguntó en francés.

No tenía ni idea del idioma, por lo que tuve que tirar de traductor.

Me inventé que estaba cubriendo una noticia sobre submarinismo y que había escuchado hablar muy bien de esa escuela. Quería que me contara un poco más sobre el equipo y las modalidades de inmersiones que había y me hice la tonta diciéndole que si me gustaba mucho volvería en verano para hacer un curso.

Creo que el hecho de que el chico estuviera bebido ayudó un poco a que fuera tan amable, porque enseguida me invitó a entrar a la sala de atrás donde había más compañeros suyos.

Me explicó que estaban haciendo la despedida de uno de ellos que tras acabar las fiestas de Navidad se mudaría a Estados Unidos.

Eran todo chicos, y me sentí un poco fuera de lugar.

Hacía mucho frío, pero la mayor parte de ellos iban en camiseta.

Me fijé en que eran todos muy jóvenes para ser instructores y no vi nada raro que me llamara la atención, hasta que Matthiew, el chico que me había abierto la puerta, regresó a la entrada porque sonó la campanilla.

Los otros empezaron a gritar como orangutanes y apenas les entendía lo que decían, pero no dejaban de mirarme y sonreír.

La verdad es que me dio bastante miedo, pero lo que realmente me dejó helada fue el chico que acababa de entrar con una sonrisa en los labios que al verme se le quedó congelada.

Era Eric. El instructor del curso de submarinismo que me besó, forzándome delante de Darío...

CAPÍTULO 45

Karina

Savona, enero 2023...

Todos siguieron gritando como locos, seguramente eufóricos por el efecto del alcohol, y ninguno se dio cuenta de nuestra reacción.

—Lo siento, yo ya me iba —les dije.

Eric me agarró del brazo con mala cara. Intenté soltarme, pero debía mantener la calma. Allí había algo extraño, y me lanzó una mirada muy poco amable.

—No te vayas, quédate —dijo Matthew, tendiéndome un vaso con bebida.

Miró a Eric, pidiéndole que interviniera para que no me marchara. No tengo claro si él hubiera preferido que me hubiera ido o no.

—Eso, no te vayas K... —iba a pronunciar mi nombre, pero se contuvo, no le interesaba mostrar que me conocía ante sus compañeros.

Los minutos que pasé después fueron un infierno, debía fingir que me estaba interesando lo que me contaban sobre el club. Cuando ya al ver allí a Eric, corroboré que algo extraño había.

En mi cabeza empecé a montar la película.

Cuando ocurrió, tuve una sensación que me decía que él tuvo algo que ver con la muerte de Darío, pero no lo tenía tan claro como hasta que lo tuve de frente. El problema era que necesitaba pruebas, ya que sin ellas no le harían absolutamente nada.

Tras el revuelo que se montó tras el “accidente”, el club cerró y muchos de los instructores se fueron a otras escuelas de la zona, pero Eric desapareció del mapa. Intenté seguirles la pista a todos, pero a él me fue imposible encontrarle hasta entonces.

Cuando pasó un tiempo prudencial tras la llegada de Eric, me disculpé con Matthew, saludé al resto con la mano y me marché. A él no quise ni mirarle.

Salí corriendo de allí como alma que lleva el diablo de regreso a la estación para volver a casa.

No sabía muy bien cómo proceder entonces, pero supe que había sido él. Lo tuve claro.

—Darío, cariño. Vengaré tu muerte, cueste lo que me cueste —murmuré en voz alta mientras estaba en el tren.

Tres días después cuando salía de la redacción, vi una sombra que me seguía. Corrí hasta casa sin mirar atrás. No me atrevía a pararme, llegué al portal y miré a ambos lados, pero no vi a nadie. Entré y subí corriendo las escaleras hasta la puerta de mi piso. Estaba muy nerviosa, me temblaban las manos y no lograba meter la llave en la cerradura. Cuando al fin lo conseguí, respiré aliviada y abrí la puerta para entrar, pero una mano apoyada en la madera me lo impidió. Me giré muy asustada, era Eric.

Me empujó sin cuidado y cerró la puerta tras de sí.

—¡Fuera de mi casa! —le grité.

—Hola, preciosa. Me gustó mucho la visita que me hiciste. Hacía mucho que no nos veíamos, aunque yo te he estado siguiendo. La pena era que no me dejaban volver por aquí, si no te habría visitado mucho antes. Me dio pena dejarte tan solita tras lo que ocurrió con tu amado. Me imaginé cómo pudiste sentirte, y me habría encantado estar aquí para consolarte —me dijo, agarrándome el brazo con esa sonrisa tan asquerosa.

—Déjame en paz —respondí, intentando soltarme.

—Ahora no está tu querido para salvarte. Una pena...

—¡Cállate!; Eres un asesino! —le grité.

—Me dio pena por el pobre Gabriele, que no tenía ninguna culpa, pero recuerda que fue un accidente.

—No, no fue un accidente. Tú los mataste —grité, desesperada, aporreándole el pecho.

Él soltó una carcajada malévola.

—No, Karina. Los accidentes ocurren y lo que pasó aquel día fue un accidente —repitió.

Se alejó de mi con aquella sonrisa terrorífica en los labios.

—Nos vemos pronto, preciosa —le dijo, antes de marcharse y dejarla allí en la puerta sola, deshecha y muerta de miedo.

CAPÍTULO 46

El círculo se cierra

Savona, hoy...

El círculo se va cerrando. Cuando al fin consigo tener un momento de paz y tranquilidad comienzo a reordenar todas las ideas y notas que he ido recopilando desde que llegué.

Hagamos un resumen:

El cuerpo de Karina me indicó que callaba algo, tenía muchas cicatrices, señales de que se había autolesionado. Lo cual me confirmó el psiquiatra que visité.

La conversación que tuve con Gina, la madre de Darío me dio la certeza de que era una joven bastante intensa, y muy enamorada de Darío, casi al límite de llegar a hacer una locura... o varias.

Se descubre su cuerpo asfixiado en una bañera, pero en una escena de un crimen bastante extraño, casi preparada, diría yo.

Esa escena está casualmente en la otra parte de la casa donde yo me alojo.

Entran para rebuscar sobre las pistas del caso, pero no se llevan nada.

Me lanzan una carpeta con información en la que se ve implicado Eric Martins ya que aparecen fotografías con Karina, un billete de tren, y varios elementos que indican que se conocían.

De nuevo parece que vuelven a entrar en el piso contiguo, aunque no sé para qué.

Todo esto lo relacionado con Karina.

Lo que tenía que ver con Darío:

No puedo ver el cuerpo, así que pierdo gran información.

Su caso se clasifica como accidente, lo cierran demasiado pronto y parece que hay interés en que no se investigue, pero todo apunta a que no lo ha sido. ¿Cómo y dónde puedo sacar más información?

Y por último... el muerto que alguien lanza contra mi coche.

Lo cual me lleva a pensar en varias hipótesis que por el momento prefiero analizar.

Tres muertes, ¿factor común? Asfixia.

Si no fuera por las fotografías de la pareja que Valeria encontró, podría apuntar a un triángulo amoroso, pero no parecía.

Por tanto... y si ¿había un acosador? ¿Entonces por qué iba a querer matar a Karina y mucho menos preparar aquella escena del crimen digna de un capítulo de la señora Fletcher...

Y por otra parte, si él mató a Karina ¿quién y por qué le mató a él?

Quien fuera que lo hizo, intentó simular su suicidio, pero no tenía mucha idea, ya que sabía que se le practicaría la autopsia.

Por otra parte, ¿Quién me lanzó la carpeta con la información? ¿Quién entró en el piso y por qué? ¿Se trataba de la misma persona?

Demasiadas incógnitas.

Salgo a pasear con Flash y ordeno mis ideas...

Este caso me parece entre estúpido y uno de los más difíciles con los que me he encontrado.

CAPÍTULO 47

Karina

Savona, enero 2023...

Cuando entro en el piso estoy temblando. No puedo creerme que Eric haya tenido la desfachatez de seguirme hasta mi casa.

Tengo miedo, ya que no consigo encontrarme segura en ningún sitio, pero no puedo permitirme el lujo de cambiar mi alojamiento, tampoco me da tiempo a buscar un alquiler.

Al sentarme en el salón me quedo mirando hacia el pasillo. Este piso es enorme, ocupa toda la planta del edificio y tiene dos entradas independientes.

Se me ocurre que quizá podría dividirla en dos, de esta manera además de crear un nuevo espacio donde los recuerdos de Darío no me martirizaran, podría despistar a Eric si le diera por volver a visitarme. No sabía qué hacer, quizá fuera una idea sin sentido, ya que al fin y al cabo, poco le costaba llamar al otro timbre o esperarme en el rellano, pero en aquel momento aquello me reconfortaba un poco.

Las entradas están en dos rellanos diferentes, aunque ambas puertas se ven desde pasillo del patio de luces.

Mi padre era albañil, y de niña le había visto muchas veces construir muros.

Por tanto, al día siguiente, conseguí un pallet de ladrillos y los coloqué como pude tapando el pasillo,

En el centro con gran esfuerzo, puse uno de los muebles del salón que quedaba perfecto para tapar el hueco.

No quería tapiar todo el pasillo ya que quizá más adelante necesitara volver a abrirlo. Sabía que estaba haciendo una tontería, pero ya me daba todo igual y no perdía mucho con ello, al fin y al cabo, era mi casa y podía hacer lo que me diera la gana.

Cuando terminé mi obra, me instalé en la otra parte, que tenía una distribución gemela y me puse de nuevo manos a la obra para incriminar a Eric. Pensé de nuevo en pedir ayuda a la policía, pero no me fiaba. Me darían por loca, y quizá lo único que conseguiría fuera que me ingresaran en algún psiquiátrico.

Me dio rabia el que nadie me creyera y que para ellos la vida de dos chicos inocentes fuera considerada como un accidente, cuando alguien había sido el culpable y seguía sin pagar por sus actos.

Con la visita que me hizo, corroboré todavía más que fue Eric quien asesinó a Darío, pero sin pruebas seguía sin poder hacer nada.

Ahora que tenía todas las cartas sobre la mesa debía jugarlas bien, ya que solo tenía una tirada posible.

Si mi vida estaba en juego no me importaba, pero con un simple paso en falso podría tirar por la borda meses de trabajo.

Se me ocurrió una idea. Gracias al poder mediático que tenía el periódico, decidí escribir un artículo referido a la corrupción y falta de profesionalidad que existe en los clubs deportivos. Me puse manos a la obra, aunque tuve que parar varias veces al recordar todo de nuevo, no podía

dejar de llorar.

¿ACCIDENTE O ASESINATO?

Por Karina Radu

El pasado 11 de septiembre, dos jóvenes que practicaban submarinismo sufrieron un accidente en la costa de Génova.

Sus cuerpos fueron sacados del agua por los profesores de la escuela sin avisar en ese momento a los profesionales correspondientes.

Siempre que sucede un hecho de tal envergadura se realiza la autopsia de los cadáveres, pero en este caso enseguida se certificaron sus muertes como si hubiera sido un accidente.

Se descubrió que los manómetros de las bombonas de oxígeno podían estar defectuosos y las víctimas, sin ser conscientes de ese fallo habían descendido a una profundidad mayor de la que deberían con la mitad del oxígeno disponible. Una vez abajo, sufrieron un ataque de ansiedad que no les permitió reaccionar a tiempo para pedir auxilio.

¿Por qué nadie investigó aquellas bombonas?

¿Por qué, a pesar de haber pasado todos los controles de seguridad, nadie se preguntó realmente qué había ocurrido?

Tiempo después, se pidió la apertura de una investigación, que tras ínfimas acciones sin fundamento quedó cerrada reafirmando de nuevo que fue un accidente.

Tras el revuelo ocasionado por la noticia, el club se vio obligado a cerrar para no verse perjudicado por aquel accidente que creara una mala imagen entre sus abonados.

Los instructores que vivieron la historia quedaron conmocionados, ya que ambos afirmaron que los jóvenes eran muy aptos y estaban más que preparados para la inmersión.

El caso de estas muertes no pudo ser un accidente, ya que los controles previos que se llevan a cabo entre ambos participantes, además de todos los check que deben realizarse durante la prueba, hacen que prácticamente sea imposible que ocurriera de manera fortuita.

Así, entonces. ¿Dejamos que un asesino siga libre, a pesar de tener indicios suficientes como para poder investigar qué fue realmente lo que ocurrió o hacemos como si nada mirando a otro lado y afirmando que fue un accidente?



¿ACCIDENTE O ASESINATO?

El pasado 11 de septiembre, dos jóvenes que practicaban submarinismo sufrieron un accidente en la costa de Génova. Sus cuerpos fueron sacados del agua por los profesores de la escuela sin avisar en ese momento a los profesionales correspondientes.

Siempre que sucede un hecho de tal envergadura se realiza la autopsia de los cadáveres, pero en este caso enseguida se certificaron sus muertes como si hubiera sido un accidente.

Se descubrió que los manómetros de las bombonas de oxígeno podían estar defectuosos y las víctimas, sin ser conscientes de ese fallo habían descendido a una profundidad mayor de la que deberían con la mitad del oxígeno disponible. Una vez abajo, sufrieron un ataque de ansiedad que no les permitió reaccionar a tiempo para pedir auxilio.

¿Por qué nadie investigó aquellas bombonas?

¿Por qué, a pesar de haber pasado todos los controles de seguridad, nadie se preguntó realmente qué había ocurrido?

Tiempo después, se pidió la apertura de una investigación, que tras ínfimas acciones sin fundamento quedó cerrada reafirmando de nuevo que fue un accidente.

Tras el revuelo ocasionado por la noticia, el club se vio obligado a cerrar para no verse perjudicado por aquel accidente que creara una mala imagen entre sus abonados. Los instructores que vivieron la historia quedaron conmocionados, ya que ambos afirmaron que los jóvenes eran muy aptos y estaban más que preparados para la inmersión.

El caso de estas muertes no pudo ser un accidente, ya que los controles previos que se llevan a cabo entre ambos participantes, además de todos los check que deben realizarse durante la prueba, hacen que prácticamente sea imposible que ocurriera de manera fortuita.

Así, entonces, ¿Dejamos que un asesino siga libre, a pesar de tener indicios suficientes como para poder investigar qué fue realmente lo que ocurrió o hacemos como si nada mirando a otro lado y afirmando que fue un accidente?



Autora:

KARINA RADU

Al día siguiente llevé el artículo a la redacción, dispuesta a intentar dar publicidad al tema para conseguir que se volviera a reabrir la investigación, pero tras leerlo Emilio se niega a publicarlo. No quiere crear polémica sin tener más pruebas y dijo que aquello era una noticia sensacionalista que no quería publicar.

No me importaba, intenté distribuir el artículo a través de las redes y por todos los medios que podía, pero no era muy popular, por lo que no llegaría a tanta gente como me gustaría.

Imprimí varias copias y las distribuí a escondidas por la oficina y por los buzones. Sabía que eso haría enfadar a Emilio, pero me daba igual. Quería predicar la verdad. Al fin y al cabo eso era lo que tenía que hacer un buen periodista, ¿no?

CAPÍTULO 48

Karina

Savona, febrero 2023...

Pasaban los días y parecía que todo el mundo había olvidado ya lo que le ocurrió a Darío.

De nuevo repito que fue Eric el culpable de lo que ocurrió, pero me sentía muy impotente porque no tenía manera humana de demostrarlo.

Escribí varios artículos más sobre lo que iba encontrando, pero ya nadie me creía. Todos me decían que estaba obsesionada, que debía pasar página, que debería volver al psiquiatra porque no era capaz de admitir que Darío ya no estaba y no volvería jamás porque había muerto en un accidente.

Nadie... nadie me creía.

Empecé a beber porque los días eran cada vez más largos y era la única manera que tenía para conseguir desconectar y dormir algo.

Durante una semana entera me encontraba tan borracha que ya no fui a la oficina.

Estaba todavía en la cama cuando escuché que alguien aporrió la puerta con fuerza.

Pensé que era Eric y me dio mucho miedo. Tenía muchas pesadillas con que se presentaba en mi casa, me observaba cuando dormía... Se daba cuenta de que le había pillado y de que estaba buscando las pruebas que le incriminen e intentaba matarme a mí también.

Me levanté sin hacer mucho ruido y me até la mugrienta bata de franela, que se había convertido en mi segunda piel desde hacía más de quince días.

Me asomé a la mirilla y descubrí que era Tomás. Dudé en si abrirle o no, porque me daba miedo que hubiera descubierto aquella entrada a mi apartamento.

Él insistió aporreando cada vez con más fuerza.

—Karina, abre por favor. Necesito saber que estás bien.

Suspiré y giré la llave para abrir la puerta, pero dejé la cadenilla de seguridad para que no pueda entrar.

—Estoy bien, ¿Qué pasa?

—¿Estás bien? —ahogó un grito de asombro—. ¡Dios mío, Karina... ¿qué te has hecho? ¿puedo pasar?

—No.

Cerré la puerta de golpe porque no tenía ganas de seguir hablando con él.

—Karina, por favor. Yo te creo. Sé que Darío fue asesinado.

Mi corazón se detuvo un segundo, pero no contesté. Permanecí inmóvil al otro lado de la puerta.

—He investigado sobre Eric Martins —enunció. Aquello me hizo reaccionar y abrí la puerta.

Entró, dubitativo y vi cómo me observaba de arriba abajo. Noté su prejuicio en su mirada, pero no se atrevía a decirme nada.

Sabía que debía de dar pena, llevaba sin ducharme una semana, de resaca permanente y mal durmiendo.

Cuando parecía que se le pasó el shock empezó a hablar.

—Le estuve siguiendo la pista, es muy listo y tenía todo bien planeado. Necesitaríamos un policía experto que analizara también los rasgos psicológicos de esta persona, porque creo que no está muy en sus cabales.

—Bueno, es lo que hay que conseguir demostrar antes de nada es que fue él. Por cierto, ¿cómo has llegado hasta esta entrada? Tú sólo conocías la anterior.

—Llevo un par de días llamando ahí y como no contestabas, ni respondías al teléfono le pregunté a tu vecina de enfrente y me dijo que ahora estabas aquí.

«Putita cotilla», pensé.

—Siento el haberme presentado así, pero me estabas preocupando. En la oficina estás en la boca de todos, imagino que lo sabrás, y me temo que Emilio está a punto de comunicarte tu despido. Te lo avanzo para que vayas preparándote una defensa si quieres.

—Puf. Lo que me faltaba. Pues que le jodan, así de claro. Ya me da igual, lo único que quiero es que ese cabrón pague por lo que hizo.

—Lo sé...

La presión me pudo y empecé a llorar. No aguantaba que mi vida hubiera cambiado tanto en los últimos meses. Echaba de menos a Darío, quería que volviera... cada día que pasaba sin él era una tortura.

Tomás me abrazó con cariño, intentando calmarme.

—Ya, ya está...

—Quiero matarlo, Tomás. De verdad, si no consigo las pruebas que le incriminen quiero matarlo —le dije muy seria.

—Yo te ayudaré —me respondió.

—¿Qué?

—Que te ayudaré. Si lo que quieres es matarlo, te ayudaré. Es la única manera de hacer justicia. Mira lo que te ha hecho... Karina, yo te quiero. Siempre te he querido y siempre te querré. A pesar de que tú a mí nunca me corresponderás. Quiero que seas todo lo feliz que puedas, en serio... —me contestó, mirándome a los ojos.

Lo estaba diciendo completamente en serio.

CAPÍTULO 49

Flash

Savona, hoy...

Al volver a casa me tiro literalmente en el sofá. Al fin me dan un poco de tregua en este caso. No avanzo. Me siento muy perdida y dando tumbos. Te puedes imaginar la mala leche permanente que llevo. Empiezo a pensar en que realmente sí que necesitaba aquellas vacaciones.

Me siento en la mesa del comedor y extendiendo sobre ella los papeles que aquella persona misteriosa me había dado.

Cojo la recopilación de información que me proporcionó Valeria y tras varios minutos tengo la mesa llena de bloques de folios divididos por los que pueden tener relación con la muerte de Darío y los que pueden tener relación con la muerte de Karina.

Todo indica que ambas están relacionadas, pero no tengo claro que compartan asesino.

Revisando los papeles del bloque “KARINA” me doy cuenta de que hay un artículo que no había visto, pero es un folio partido por la mitad. Parece una fotocopia y rebusco en los artículos que se encontraron junto al cuerpo de Karina. Coincide con uno de ellos.



Puedo intuir lo que pone, pero falta información.

Por la parte de atrás hay un escrito a mano, casi ilegible y lo que me llama la atención es el nombre de Emilio.

Cuando mis tripas rugen me levanto para ir a la cocina, con tan mala suerte que me golpeo contra la esquina de la mesa.

—Ahhjrr—grito.

Me va a salir una buena moradura.

Me he dado con todas mis fuerzas y al mirar al centro de la mesa me doy cuenta de que es de estas extensibles.

Al intentar cerrarla, veo que la esquina de un papel sobresale en la unión de ambas tablas.

La estiro por completo para ver de qué se trata.

—¡Venga ya! —me echo a reír porque parece que haya estado preparado.

Saco la hoja y ¿adivina lo que es?

La parte del folio de la fotocopia del artículo que falta.

Junto las dos partes y en la zona manuscrita leo:

“Nadie me cree. Intento llevar este artículo a la redacción, pero Emilio no quiere publicarlo.”

Así que me mintió cuando dijo que no había tenido problemas con ella...

Miro el reloj, son las doce de la noche. Al fin parece que estoy volviendo a mis horarios, pero esto no me permite presentarme en la redacción para investigarlo. Mañana a primera hora iré.

Me llevo al chiquitín, decidida a dejarlo en la guardería que me dijo la recepcionista, pero me encuentro con que está cerrada por descanso semanal.

—Mierda —exclamo—. Bueno, vamos, pero pórtate bien, por favor —le dijo al pequeño que no deja de revolverse en el trasportín.

Al acercarme al edificio me parece ver uno de los coches que estaba en casa de Gina, a veces tengo mala memoria, pero recuerdo muy bien los elementos de las viviendas que visito para hacer interrogatorios y estoy segura de que es el mismo coche que vi en su casa. Al girarme para comprobarlo arranca y se pierde entre el tráfico.

Sacudo la cabeza, pero me quedo con ese dato.

Las puertas automáticas se abren emitiendo un ligero pitido. Saludo a la chica de recepción con poco interés y ella me pregunta qué hago allí de manera mucho más educada.

—Vengo a hablar con Emilio, es importante.

—De acuerdo, un segundo que controlo su agenda.

Escribe algo en el teclado del ordenador haciendo chasquear sus largas uñas contra las teclas.

—Vale, está libre hasta las nueve, después tiene reuniones toda la mañana. Espera un segundo aquí que le aviso de tu visita —me indica uno de los sillones y veo cómo se queda mirando el trasportín de Flash.

Parece que no se acuerda de que ya estuvimos el otro día porque me repite con cierto tono repipi.

—Hay una guardería a apenas unos metros de aquí.

—Sí, he intentado llevarlo allí, pero hoy está cerrada. Será un momento, no creo que moleste.

Asiente con la cabeza y vuelve a centrar su atención en la pantalla del ordenador.

El otro día me pareció más simpática.

Unos minutos después aparece Emilio por el pasillo.

Va vestido de traje azul y una camisa blanca que marca todavía más su prominente barriga.

—Silvia, pasa por favor —me dice, indicando el pasillo.

Le saludo con un gesto y cojo el trasportín de Flash.

—Pórtate bien —le susurro.

Nos encaminamos hacia su despacho, y de camino pasamos por la redacción donde ya se encuentran los periodistas tecleando sin parar.

Al pasar por allí Flash se empieza a mover y ladrar como un loco, haciendo que todos se giren para mirarnos.

—Flash, *shhh*. ¿Qué pasa?

Él no me hace caso y me mira a través de la rejilla del trasportín como diciendo “Joder, te lo estoy diciendo. ¿Por qué no me entiendes?”

Emilio me mira con cara de pocos amigos. Y me dan ganas de decirle que él con todo lo pequeño que es ya es mucho más noble que muchas personas, así que debería tener algo de paciencia.

Pasamos de largo la sala y él sigue ladrando, mirando en dirección de la oficina. No sé qué le pasa...

Cuando llegamos al despacho, se calma y se queda más tranquilo.

Lo apoyo en el suelo y tomo asiento enfrente de su mesa.

—Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

Voy directa al grano.

Saco el artículo escrito por Karina y se lo pongo encima de la mesa.

—¿Te suena de algo este artículo?

Lo recoge y sube una ceja, escéptico. Termina de leerlo y me lo devuelve, soltando el aire.

—Sí, Karina empezó a hacer cosas extrañas. Quería que publicara este artículo y muchos otros más sobre la muerte de aquellos jóvenes. Las voces corrían por la redacción y decían que uno de los chicos y ella mantenían una relación sentimental. Yo nunca le pregunté y ella nunca me lo dijo, pero estaba claro que había algo así. Me negué a publicar esos artículos porque eran sensacionalistas. Ella debía escribir noticias sobre deportes, no sobre posibles asesinatos. Sé que consiguió que abrieran una investigación, pero el caso se cerró. No quería problemas, no en mi redacción.

—Entiendo. ¿Nadie más le pidió que publicara nada?

Arruga el ceño, intentando recordar hasta que al final parece bastante seguro de su respuesta.

—No. Sólo ella me trajo esos artículos.

—¿Qué pasó después?

—¿Con Karina?

—Sí.

—No entiendo esa pregunta. ¿Qué pasó de qué?

—Cuando usted le dijo que no se lo publicaba ¿ella qué hizo?

—Empezó su declive. Llegaba tarde a trabajar, incluso estuvo sin venir una semana entera. Karina era una gran profesional, pero no podía permitirme tener una empleada que venía cuando le daba la gana y en aquellas condiciones.

—¿Entonces fue cuando la despidió?

—Sí.

—¿Cuándo fue su último día y cómo se lo tomó ella?

—Demasiado bien. Tenía miedo de que hiciera un drama de aquello, pero creo que ya lo sospechaba, o le daba igual. El último día fue el 12 de febrero —confirma, tras mirar el ordenador.

—¿Cómo la vio?

—Mal. Estaba muy desmejorada. Con pésima higiene personal. Me dio mucha pena, pero como le digo, al fin y al cabo esto es una empresa, no una asociación benéfica.

—Entiendo. Eso es todo por el momento. Muchas gracias —digo, cerrando mi cuaderno tras anotar todo.

Me levanto, cojo el trasportín de Flash, que ha estado calladito durante todo el rato y me acompaña hasta la salida.

Al pasar de nuevo por la sala de redacción se pone como un loco, y más todavía cuando uno de los periodistas cruza el pasillo con un café en la mano y nos saluda.

Se queda mirándome con disimulo y cuando se da cuenta de que le he pillado, baja la cabeza y se mete en la sala.

Flash está tan alterado que tengo que agarrar el trasportín con dos manos para que no abra la puertecillo. Está como loco.

Salgo de allí enseguida y me despido de Emilio con un gesto de la cabeza.

—Si necesitas algo más, ya sabes dónde encontrarme —dice con un tono entre fastidio y reproche.

No me importa. Es mi trabajo.

Al llegar a casa y sacar a Flash del trasportín lo cojo en brazos.

—¿Qué intentas decirme, chiquitín?

Él parece entenderme porque me mira abriendo mucho los ojos, como diciendo. “Bien claro te lo he puesto”

Ojalá pudiera hablar y contarme lo que vio cuando entraron en el piso...

CAPÍTULO 50

Pista

Savona, hoy...

Me despierta un mensaje de mi hermana. Mamá está en casa, aunque muy agotada, ha ido todo bien y se recuperará.

Me sorprende con una sonrisa en los labios. Tengo ganas de verla, pero este fin de semana, aparte de que todavía no tengo coche, quiero avanzar en el caso. Necesito centrarme en lo que ya tenemos, porque parece que empiezo a ver la luz al final del túnel poco a poco.

Quiero hablar con Reinaldo sobre la muerte de Eric, hay un par de cosas que tengo en mente y quiero comentarle, pero he estado llamándole por teléfono durante toda la mañana y no he conseguido hablar con él.

Como la comisaría está relativamente cerca, voy caminando y así paseo a mi nuevo fiel compañero.

Se nota que ya ha crecido mucho. Creo que lo hace por horas y lo llevo con la correa al no tener que utilizar el transporte público.

Al llegar a comisaría, me sorprende de que Valeria me diga que Reinaldo lleva varios días sin aparecer por allí.

Me dijo que no se encontraba bien, y necesitaba un descanso.

Reinaldo estaba soltero, por lo que tenía entendido, y no tenía hijos. Cesare me contó que lo conoció cuando estudiaron en la Academia y que era un tipo bastante particular. Pensé en que eran más parecidos de lo que él se pensaba, pero por otra parte y siendo objetiva, Cesare era algo menos raro.

—Valeria. ¿Tenemos algo más? —le pregunto un poco exasperada porque no deja de jugar con Flash, que se ha puesto contentísimo de verla.

Noto que me evita la mirada, está como tensa e intenta disimularlo con Flash.

—No, nada nuevo por el momento.

Chasqueo la lengua con fastidio.

—Bueno, entonces me marchó. Por favor, dile a Reinaldo que me llame. Es importante.

—Vale. Suerte, Silvia.

Acaricia a Flash y lo despide con una sonrisa.

Menudo bribón...

De camino a casa escucho el teléfono, es Reinaldo.

—Silvia, perdona. Acaba de decirme Agata que te ha visto por aquí.

Agata es la chica de recepción.

¿Reinaldo estaba allí y Valeria no me ha dejado pasar? Entorno los ojos con rabia. Eso sí que

no me lo esperaba por su parte...

—Sí. Es urgente, estoy casi llegando a casa.

—Vale, voy para allá.

—De acuerdo, aquí te espero.

Diez minutos más tarde, suena el timbre del portero. Respondo y abro la puerta.

Tiene un aspecto horrible. Parece que no ha dormido en una semana, lleva la barba sin arreglar y ha perdido peso.

—Pasa.

Entra y se queda mirando los papeles que tengo extendidos en la mesa.

Se acerca sin decir nada y analizo su expresión cuando ve una de las fotografías de Eric con Karina.

La deja y emite un suspiro.

—Silvia. No puedo más. Tengo que confesarlo, porque no aguanto más. La culpa me está consumiendo y yo no soy así. Entré en el cuerpo de policía para ayudar a la gente, juré decir la verdad siempre y no utilizar mi posición con fines personales...

Se derrumba y empieza a llorar como un niño.

Ay, madre del amor hermoso. Aquí están todos locos...

—Te escucho —le digo, seria.

CAPÍTULO 51

Karina

Savona, febrero 2023...

Tal y como me había adelantado Tomás, aquella mañana me llamó Emilio para pedirme que pasara por la redacción. Sabía lo que me iba a decir, y ya lo había asumido. Me daba igual, tampoco podía estar trabajando para un periódico que censuraba lo que le interesaba.

Sabía la verdad, era uno de los requisitos para ser periodista, la veracidad de las noticias y yo quería hacerla pública, que todo el mundo se pusiera en alerta sobre lo que ocurrió aquel día.

—Emilio —le saludé.

—Karina —me dio un apretón de manos, aunque pude sentir su mirada analizando mi aspecto.

Ni siquiera me molesté en arreglarme. Me daba igual.

—Siento mucho lo que voy a decirte, y me da mucha pena porque has sido siempre una periodista ejemplar, pero los últimos meses has estado faltando al trabajo, no has realizado tus obligaciones, y has descuidado tu higiene personal —dijo esto, incluso arrugando la nariz—. Esto es una empresa, no una ONG, y serás recompensada por tu labor en todos estos años, pero...

—Vale, ya lo sé. Estoy despedida, no hace falta que sigas dorándome la píldora. Dame el finiquito y me voy. No volverás a verme, y tranquilo que no voy a hablar mal de este periódico, aunque cuando se ha necesitado hacer periodismo de verdad, se ha utilizado la censura para preservar su imagen —le interrumpí.

Se quedó callado. Cogió un sobre y me lo extendió.

—Lo siento, Karina.

—No, no lo sientes.

Lo recogí, sin ni siquiera mirarlo, y con la poca dignidad que me quedaba, me levanté y me fui.

Había elegido una hora en la que supiera que mis compañeros no estarían. No quería ver a nadie, ni que me preguntaran nada.

Ya había sufrido durante las últimas veces sus miradas sobre mí y sus críticas a mis espaldas.

Salí del edificio sin mirar atrás. Ya nada de aquello tenía sentido. Sólo quería que se hiciera justicia, pero estaba yo sola contra el mundo y no podía más y exploté a llorar en medio de la calle.

Abrí una botella mientras seguía buscando en internet.

Era prácticamente imposible asesinar a alguien durante una inmersión sin dejar rastro. Por tanto tuve que analizar paso por paso lo que pasó aquel día.

Por un momento pensé en que Gabriele había sido engañado por Eric para que asesinara a Darío, sin saber que él también moriría, pero era demasiado retorcido como idea.

Leí por enésima vez la certificación médica de la muerte de ambos.

Asfixia por falta de oxígeno.

Se quedaron flotando a cuarenta metros de profundidad, ya que ninguno de los dos pudo inflar el chaleco para subir a la superficie, lo que también me hacía pensar que Gabriele no sabía nada.

En la autopsia no aparecieron restos de drogas o algo así, por lo que tampoco los habría drogado. ¿Qué más podía haber hecho?

No dejaba de darle vueltas y vueltas. No podía más. Entonces sonó el timbre.

De nuevo, me asusté. Pensé que era Eric... No podía aguantar aquella agonía.

No abrí, no quería ver a nadie, pero volvieron a llamar.

—¿Quién es? —pregunté en voz baja.

—Karina, cariño. Soy Gina, ábreme por favor.

Apreté el botón del telefonillo y la esperé en la puerta.

Escuché que llamaba a la puerta del otro lado, ella no sabía que había dividido la casa. Llevábamos mucho sin vernos.

Abrí la puerta y me asomé para avisarle.

—Gina, estoy aquí —le dije en voz baja.

—Karina, cariño mío. Se acercó a mí con los brazos abiertos y me acunó entre ellos como si fuera un bebé.

—Vamos dentro —le dije.

No quería que los vecinos indiscretos metieran las narices donde no les habían invitado.

—Hija, ¿cómo estás? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Gina, espero que tú me creas. Darío fue asesinado y estoy segura de que fue Eric... Estoy segura, pero no consigo las pruebas para demostrarlo. Estoy cansada de que me den por loca...

Empecé a llorar.

—Cariño mío... ven aquí.

Me abrazó con fuerza mientras le llenaba el hombro de lágrimas.

—Te creo, cariño mío. Pero debemos admitir que conseguir esas pruebas de que fue asesinado no nos lo va a devolver. Darío ya no está, mi amor. Y es duro para todos, pero tenemos que admitirlo y seguir adelante...

—No digas eso, debe hacerse justicia. No puede ser que se haya cometido un crimen y quede impune. Debe pagar...

No podía dejar de repetirle aquello. Me intentó calmar, pero ya no tenía sosiego. El alcohol era lo único que me tranquilizaba.

Me miró con preocupación al verme vaciar una copa detrás de otra delante suyo.

—Cariño, deberías dejar de beber. No te hace bien.

—Es lo único que me calma...

Seguimos hablando un poco más, siempre con Darío como tema principal.

No lo aguantaba, no podía recordar cómo era mi vida con él... quería recuperarle como fuera.

La acompañé hasta la puerta cuando me dijo que se tenía que marchar.

—Cuídate por favor, cariño. Cuídate —me dijo, abrazándome con fuerza.

No cerré la puerta con llave. Apenas me tenía en pie.

De nuevo tenía aquella sensación de flotar, de no sentir dolor, de estar “bien”

Sonreí, creo que inconscientemente. Sonreí y lloré a la vez. Estaba loca, todos lo decían, nadie me creía. Los que decían que sí, era para hacerme callar, pero no lo sentían de verdad.

Pero yo sabía que lo era...

Lo que ocurrió a continuación fue todo muy extraño.

Apenas veía, creo que iba con los ojos cerrados y apenas me enteré de nada. Escuché unos ruidos, pero mi mente ya no los asociaba a nada. Me sentía movida por una mano invisible, no era consciente de lo que estaba haciendo, pero una vez empecé no podía parar, estaba en trance.

Intenté visualizar a Darío. Sus ojos, su boca...

Me empezó a faltar el aire e imaginé que era él besándome.

Darío, ya voy, mi amor. Pronto estaremos juntos de nuevo. Te amo...

Escuché la puerta, ya nada me importaba...

Todo se volvió negro y supe que al fin dejaría de sufrir.

CAPÍTULO 52

Pista

Savona, hoy...

Al fin, al fin lo tengo. Conseguí tener todo claro y saber qué fue lo que pasó en este caso. La confesión de Reinaldo fue la pieza clave que hizo que se activaran los engranajes de mi cabeza.

No pude creerme lo que estaba contando, pero supongo que tarde o temprano debería pagar por ello.

Lo que me explicó parecía cerrar el ciclo, pero no era así. Únicamente concluía un capítulo, pero quedaba un cabo suelto que debía encontrar.

Llamo a Cesare.

—Ya lo tengo. Si quieres, ven para aquí. En unas horas te informaré de todo junto al equipo.

—¡Esa es mi Silvia! —grita.

Cojo a Flash y pongo rumbo a la redacción. Paso por alto los gritos de la recepcionista, diciéndome que no podía entrar.

Me da igual.

Suelto la correa del pequeño, que ya estaba como un loco, simulando que se me había escapado involuntariamente (muy mal, todo sea dicho, porque lo mío no es el teatro).

Flash corre directo como un rayo hacia el origen de su alteración, haciendo que sus orejillas se bamboleen.

Es pequeño, pero muy listo y promete como perro detective.

Arrasa por su paso varios papeles de las mesas de los redactores que miraban atónitos la escena, hasta que finalmente llega a su objetivo.

Saco mi placa con orgullo y pronuncio las palabras que tantas ganas tenía para poder acabar con este caso.

—Señor Martinelli queda detenido por asesinato.

El hombre, abatido no ofrece resistencia. Y le retiro a Flash con esfuerzo, ya que no deja de mordisquearle el bajo de los pantalones.

El pobrecillo no tiene fuerza ni dientes para morder, pero he de reconocer que sin él me habría costado mucho más dar con el asesino.

Bajo la atónita mirada de los compañeros, el hombre abandona la redacción para meterse en uno de los coches de policía que nos esperan a la salida.

Al menos parece que va a colaborar, lo cual agradezco.

El abogado tarda bastante en aparecer, y cuando lo hace me recuerda al que aparece en los Simpson. Lleva un maletín del que se le salen los papeles cuando lo abre y parece muy perdido,

incluso asustado.

No seré yo quien le diga cómo tiene que hacer su trabajo, pero en su caso veo la defensa bastante fácil.

Aparece Reinaldo tras la puerta de la sala de interrogatorios. No le esperaba allí, ya que me había dicho que prefería no verle.

No puede realizar él el interrogatorio, ya que se encuentra emocionalmente implicado en el caso, además de que debe estar bajo vigilancia, pero me fijo en su mirada.

Parece entre aliviado y compasivo. No es capaz de levantar la mirada de la mesa. Creo que incluso está llorando y no es capaz de articular palabra.

Mis compañeros le hacen al detenido las preguntas de rigor y él mismo admite su culpabilidad.

Tras seguir el protocolo, se levanta y entrará en prisión preventiva antes de ser pasado a disposición judicial.

Antes de salir, levanta la mirada y la dirige a mí.

—Yo la amaba... lo siento por lo que hice, pero lo hice por su bien. Lo volvería a hacer por ella, mil y una veces más —dice llorando.

Asiento con la cabeza sin decir nada.

Poco después llega Cesare y preparamos la sala donde están todos los del equipo, incluido Reinaldo y Gina, la madre de Darío.

Me aclaro la garganta y cojo el rotulador para describir el proceso en la pizarra antes de empezar a relatar los hechos.

CAPÍTULO 53

Caso cerrado

Savona, hoy...

Para entender este caso hay que remontarse a mitad del año 2022. La relación con Karina y Darío al inicio era idílica. La pareja perfecta, ella extranjera, viene a Italia por amor y encuentra aquí su familia y su hogar, renegando de sus orígenes y quedando completamente dependiente de Darío.

Ella en una de las salidas universitarias parece tener un desliz con otro hombre, algo de lo que se arrepentirá de por vida ya que eso fue lo que marcó el inicio de su declive.

Ella se lo contó a Darío, quien empezó a tratarla mal al no ser capaz de perdonarla y quien acabó por traicionarla con otras mujeres.

Todo esto lo descubro al leer uno de los escritos de móvil. Tenía muchas notas, la gran parte de ellas en rumano, por lo que tengo que traducirlas y en una de ellas, narraba a modo diario lo que le había pasado y cómo se sentía.

Darío finalmente la abandona, al no aguantar verla y sentirse reflejado como si fuera un perdedor que consiente que su novia se acueste con otro.

Karina intenta recuperarlo a toda costa y desarrolla enfermedades mentales al no poder conseguirlo.

Intenta quitarse la vida en varias ocasiones, pero la esperanza de volver a recuperarle la mantiene con vida.

Gracias a la intervención de Gina —la señalo al fondo de la sala—, Karina y Darío vuelven a estar juntos.

Todo va bien, todo es perfecto de nuevo, pero Darío ha iniciado una serie de cursos para llegar a ser instructor de submarinismo. Quería llegar lejos y crearse una carrera profesional a raíz de un hobby. Dio un poco de lado el periodismo, aunque no lo dejó del todo ya que le hacía falta para mantenerse. Venía de familia de mucho dinero, pero siempre le había gustado tener su propia economía, a pesar de que de vez en cuando se permitiera algunos caprichos.

Cuando vuelven, Karina y Darío prefieren mantener en secreto su relación, esto no termino de entenderlo muy bien, pero bueno, sus motivos tendrían. Esto lleva a confusión a Eric Martins, instructor de la escuela donde da clases de básico a Karina y quien queda encaprichado de ella. Su fama de mujeriego y sus antecedentes penales por violación de una joven cuando apenas tenía diecisiete años, le preceden. Se le mete en la cabeza el conseguir a Karina y la besa tras la fiesta de celebración, la cual yo misma pude vivir en mis carnes cuando hice el curso en Niza. Darío los pilla y se produce una trifulca entre ellos dos.

Darío sin ser consciente de nada, empieza a sufrir acosos en el club, burlas y risas con respecto

a Karina, mientras esta era continuamente asaltada por Eric, quien aprovechaba cualquier momento a solas para volver a besarla. Le enviaba cartas, la obligaba a quedarse más tiempo en la escuela, con la excusa de explicarle algún concepto nuevo y bajo la amenaza de suspender el curso.

Esto lo descubrí al llamar al número de teléfono que me apareció entre los papeles que alguien me proporcionó. Resultó ser del antiguo director de la escuela, quien conocía muy bien a Eric y con el que no había acabado muy contento tras el accidente.

Su obsesión por Karina llegó a tal punto en que, pensó en que si eliminaba a Darío, a quien a su vez no soportaba, podría conseguirla como trofeo.

Su ambición fue tan lejos que le llevó a planear un asesinato para conseguir su objetivo, aunque por desgracia contenía un daño colateral: Gabriele.

Él planeó todo y lo llevó a cabo, pero cuando se dio cuenta de lo que había hecho, reculó y escapó. Pero antes eso, prefirió fastidiar la vida de otra persona que le quería, confesándole la verdad, cargándole con aquel peso durante el resto de su vida, desahogándose y pidiéndole ayuda para comenzar de cero en otra ciudad fuera del país —miro a Reinado quien se tapa la cara con las manos, avergonzado—. Reinaldo era su tío, y el único aparte de Eric que conocía toda la verdad de lo que le ocurrió a Darío y a Gabriele.

Hago una pausa para beber agua, mientras todos me miran impacientes. Disfruto de esos momentos en los que mantengo la intriga.

—Eric, le confesó a su tío lo que había hecho y él, aprovechando su posición de policía le aconsejó que escapara, le ayudó a eliminar las pruebas y a encargarse de que no se volviera a hablar del tema. Con lo que no contaba era con que Karina fuera tan obstinada, aunque su fama y sus precedentes de enfermedad mental le ayudarían a que nadie le creyera.

Tampoco contaba con que al investigar la muerte de Karina se llegara hasta tan lejos. Lo cierto es que Reinaldo me puso de ayudante a Valeria, a quien también infravaloró, ya que no creía que una becaria llegara a descubrir tanto, hasta el punto de detectar que ambas muertes estaban relacionadas.

Eric le confesó a su tío que había alterado las escalas de los manómetros para que indicaran una presión errónea. Cuando llegaron a lo que debería ser la mitad de autonomía de la bombona, se encontraron con que no tenían aire. Se pusieron nerviosos y no pusieron subir rápidamente ya que debían mantener las etapas de descompresión. Por tanto terminaron muriendo ahogados.

Eric que deseaba que aquello ocurriera, cuando pasó un tiempo prudencial, en el que no subía ninguno de los dos, le dijo a su compañero que bajaba para ver que todo fuera bien.

Al llegar al fondo se encontró con los dos muertos, satisfecho por haber conseguido su objetivo. Subió, simulando estar muy alterado por lo que había presenciado y recuperaron los cuerpos.

Rápidamente con la intención fingida de intentar salvarles, les quitó las bombonas que él había manipulado y aprovechando el revuelo del “accidente” las cambió por dos vacías que tenían los manómetros en correcto estado y que previamente había llenado de agua. Sabía que aquello era una de las cosas que controlarían primero y debía parecer un infortunio.

Intentó por todos sus medios evitar que se investigara y por eso recurrió a su tío. Tenía miedo a ser descubierto.

Gracias a Reinaldo podemos saber lo que ocurrió a Darío y a Gabriele, porque de no ser así no se habrían encontrado las pruebas que lo incriminaban, ya que al parecer nadie más sospechó nada.

No obstante, respecto a este hecho no se le puede condenar ya que está muerto. Digamos que

esta fue la primera parte del descubrimiento, que no explica qué fue lo que ocurrió con Karina ni por qué le mataron a él.

Hago otra pausa dramática para beber agua, porque ahora viene mi parte preferida.

Me encanta esa sensación y sonrío, orgullosa de mí misma.

CAPÍTULO 54

Caso cerrado 2ª parte

Savona, hoy...

Me aclaro la garganta y continúo con mi discurso bajo la atenta mirada de todos.

—Por lo que he podido ir recopilando con las distintas fuentes de información, Karina estaba convencida de que fue Eric quien había matado a Darío, pero no conseguía las pruebas para incriminarlo, así que sabía que no le harían nada.

Luchó y peleó para que se abriera una investigación, pero la *manita* de Reinaldo intercedió sutilmente para que se cerrara cuanto antes.

Derivaron el caso a Génova, ya que ocurrió allí el suceso, pero gracias a su buena relación con la brigada de la zona, consiguió que se cerrara la investigación sin hacer nada.

Así pues, Karina intentó hacerse notar mediante lo que mejor sabía hacer: escribir.

Preparó varios artículos en los que se reivindicaba lo extraño de aquel accidente y el que no se hubiera investigado más sobre él, quería que alguien lo leyera y se preguntara qué fue lo que ocurrió realmente, quería que se volviera a investigar, pero Emilio, a quien fui a visitar en varias ocasiones a la redacción, le negó la posibilidad de publicar ese tipo de artículos, por ser sensacionalistas y crear una polémica que a él no le interesaba.

Karina estaba desesperada, nadie le creía, nadie excepto una persona.

Alguien que estaba completamente enamorado de ella y quien habría hecho cualquier cosa que ella le pidiera, cualquiera.

El que yo estuviera alojada en aquel apartamento no fue casualidad, ya que esa misma persona estuvo siguiendo todo el caso minuto a minuto.

Él también intentó por todos los medios inculpar a Eric, pero sin contar con la declaración de Reinaldo era como buscar una aguja en un pajar. Él no estaba solo, contaba con el apoyo de Gina —vuelvo a mirarla al fondo de la sala—, quien quería a Karina como si fuera su hija y que sabe muy bien lo que es sufrir la pérdida de un hijo. Así, cuando Gina fue a ver a Karina por última vez, sin saber que pocos minutos después moriría, ella también quiso encontrar la venganza, haciendo todo lo posible para conseguir una investigación contra Eric.

Debía hacerlo de manera sutil para no levantar sospechas, pero ni ella ni su ayudante contaron con la presencia de mi nuevo fiel compañero, Flash —digo, orgullosa indicándolo mientras él suelta un ladrido de aprobación.

—El hecho es, que nadie mató a Karina. Ella misma se suicidó al no aguantar la presión a la que estuvo sometida por la pérdida de su amado por segunda vez, y al no poder conseguir las pruebas para que el culpable de la muerte de su amado pagara por lo que había hecho.

Además de sentirse amenazada por parte de Eric con volver en cualquier momento para hacer

con ella lo que quisiera.

Tenía miedo, estaba agotada y la conversación que mantuvo con Gina fue la gota que colmó el vaso.

Estaba muy borracha, incluso se tomó varios diazepam que aparecieron en la autopsia, pero que no levantaron sospecha al conocer los antecedentes psicológicos de la víctima, además de no haber sido estos la causa de la muerte.

El cuerpo fue encontrado con una bolsa atada al cuello y dentro de la bañera. Como signo de violencia presentaba en la región del cuello un surco de 2 cm de ancho en su parte posterior.

En primera instancia lo que se podría haber llegado a pensar es que Karina se estaba dando un baño y alguien que conocía, ya que estaba la presencia de las copas y no había señas de puerta forzada, la mató.

Además, un suicidio por estrangulación a lazo no es muy frecuente, aunque existe la posibilidad de que el individuo adopte algún procedimiento que permita mantener la constricción del cuello una vez que pierda la conciencia, que provoca, en fracciones de segundos, la muerte de forma inmediata sin dar tiempo a realizar alguna actuación médica.

Eso fue lo que en un primer momento pensó la policía cuando tras haber recibido la llamada anónima de un vecino que había visto cosas extrañas entraron en el apartamento.

No obstante, ellos no fueron los primeros que se encontraron con el cuerpo de Karina, sino que lo descubrió el señor Tomás Martinelli, quien la amaba por encima de todas las cosas. A pesar de que ella no le correspondía, él se preocupaba de que estuviera bien y la visitaba en su apartamento de manera regular, incluso consiguió hacerse una copia de las llaves cuando Karina estaba dormida.

Tomás era su compañero de sección en el periódico y mantuvieron una relación antes de volver con Darío. Trabajaban codo con codo y no me di cuenta hasta que no fui con Flash a la redacción, de que él me estaba siguiendo. Fue él quien entró al apartamento y fue él quien me lanzó la carpeta con la información.

La vecina de enfrente me confirmó que la noche en que murió Karina entraron en el piso dos personas, primero Gina, quien no lo confesó en el interrogatorio y después Tomás. Gina fue la última persona que la vio con vida y Tomás, la primera que la encontró ya muerta, pero ninguno de los dos fue responsable de su muerte.

Tomás pensó que aquel sufrimiento que había pasado Karina debía ser pagado por el culpable de su declive: Eric.

No habían conseguido las pruebas para demostrar que él había matado a Darío, pero la muerte de Karina podría ser una nueva oportunidad para que pagara por su daño.

Con mucho cuidado, colocó el cuerpo de Karina en posición y creó la escena del crimen pensando en cada detalle.

Los periódicos con las noticias de submarinismo debían inducir las investigaciones en esa línea, las dos copas, la ventana abierta, etc. Todo eso fue lo que él nos intentó hacer creer para que fuéramos en busca de Eric. Y he de admitir que lo hizo muy bien, porque sospeché de él y por eso me desplacé a Niza a hacer aquel curso de submarinismo.

No obstante, la investigación estaba yendo demasiado lenta y Tomás no tenía paciencia. La pérdida de Karina le estaba afectando mucho y su manera de reaccionar fue la de “allanarme el camino”

Fue él quien se encargó de que me alojara en el apartamento de Karina, gracias a su buena posición tiró de contactos para tenerlo todo controlado.

Previamente había hablado con Gina, a quién también conocía, de alguna vez que la había

visto hablar con Karina. Ambos unidos por el dolor de su pérdida, estuvieron de acuerdo en manipular el escenario de su muerte para hacer pagar a Eric por su dolor.

Por eso Gina mintió en la declaración y ella misma le ayudó estando en contacto regularmente para ver cómo avanzaba la investigación.

Para ver en qué punto nos encontrábamos, entró en el apartamento y rebuscó en los papeles. No tuvo el cuidado de ordenarlo para que no me diera cuenta porque no tenía mucho tiempo, y no contó con la presencia de mi fiel compañero Flash que se recordaría de su olor cuando lo detectara la próxima vez.

Al darse cuenta de que la investigación estaba bastante cogida con pinzas, decidió enviarme aquella nota y lanzarme la información.

No contento con eso, entró en la otra parte del piso y abrió de nuevo la ventana para que descubriera que el piso en el que me alojaba era el mismo que el de Karina y acelerara la investigación.

Digamos que él lo único que intentaba decirme era que Eric había sido el culpable.

El tiempo pasaba y él se dio cuenta de que la presencia de Reinaldo imposibilitaría las cosas, por eso se encargó de hacer venir a Eric, de nuevo con la ayuda de Gina, quien se inventó una excusa para que picara el anzuelo. Evidentemente era una emboscada y una vez lo tuvieron, entre los dos lo asesinaron, primero asfixiándolo, para que sufriera lo mismo que él le había provocado a Darío y propinándole un golpe en la cabeza para preparar la escena del suicidio.

Aquí invirtieron los papeles, quisieron fingir un suicidio para no resultar inculcados tras inculparle de la muerte de Karina que sí lo fue. Un poquito enrevesado, pero cada vez me sorprende más de la mente humana.

Tomás sabía que yo volvería aquella noche, porque colocó un localizador GPS en mi coche sin que yo me enterara y esperó a que yo pasara para lanzarlo contra mi coche. Algo muy imprudente por su parte, porque podría haberme matado a mí también, aunque quizá fuera su objetivo, dos pájaros de un tiro. Son los gajes del oficio, supongo...

No era estúpido así que en el fondo sabía que se descubriría que no había sido un suicidio, pero ya le daba igual porque al fin había hecho pagar a aquel indeseable por lo que había hecho. Gina no lo mató pero sí fue cómplice así que señora Fontana —la miro y le hago un gesto a mis compañeros para que la retengan—, queda detenida por el asesinato de Eric Martins.

La mujer que ha escuchado atentamente todo el discurso baja la mirada avergonzada, pero no opone resistencia mientras se la llevan de la sala. Sabe que lo ha hecho mal, pero su conciencia está tranquila por haberle hecho pagar al asesino de su hijo todo el daño que les había causado.

Hacen lo mismo con Reinaldo, quien me dedica una mirada de orgullo y veo en sus ojos una lágrima que cae.

Este caso ha sido un claro ejemplo de cómo una sola persona puede destrozarse tantas vidas humanas con sus actos.

Acabo mi discurso Dejo el rotulador en la pizarra y los compañeros me aplauden mientras Cesare se queda mirándome atónito.

—De verdad, Silvia, no sé cómo lo haces...

CAPÍTULO 55

Punto y final

Savona, hoy...

Tras cerrar el caso del asesinato de Darío, Gabriele y Eric; Tomás, Gina y Reinaldo pasaron a disposición judicial.

Cada uno debería responder por lo que había hecho para que se hiciera justicia. A pesar de que ellos se tomaron la justicia por su mano, cometieron un delito y aunque en algunos casos lleve un privilegio de reducción de pena, al fin y al cabo eran culpables y debían pagar por sus actos.

Estoy contenta de haber cerrado al fin este caso y poder recoger mis cosas del piso en el que había pasado más de un mes. Ya casi me estaba acostumbrando a vivir con las vistas al mar, pero tenía muchas ganas de volver a mi casa. Miro a Flash que descansa sobre el sofá, tan bonito cuando duerme y no sé por qué me viene a la cabeza una reseña que leí una vez sobre un libro. Me eché a reír por no llorar, porque la chica en cuestión había criticado el libro porque se agobió al leer que el perro estaba siempre solo. Yo ese libro me lo leí, un poco por llevarle la contraria, y he de decir que el perro era un personaje secundario y que tal cual lo narraba la autora para nada estaba solo. Yo nunca había tenido mascotas hasta ahora, precisamente porque no me gustaba que estuvieran solos, así que no sé hasta que nivel podría ella considerar que ese animal estaba solo, pero realmente hay gente que es idiota (teniendo en cuenta lo que siempre digo, no puedo reprimir mi odio hacia las personas en general), pero vamos, que me parece una manera de hacer daño al autor y de tocar las narices de una manera bastante poco elegante, no obstante oye, opinión libre.

Ya me han arreglado el coche, y voy a recogerlo al taller donde me está esperando para regresar finalmente a casa.

Antes de irme, me despidió de Valeria y la felicito por el gran trabajo que ha hecho, pero antes tengo una pregunta que hacerle.

—Valeria, ¿por qué me mentiste cuando pregunté por Reinaldo? Sí que estaba en la comisaría, pero no me lo dijiste.

Baja la mirada y puedo ver las profundas ojeras que se marcan en su rostro.

—Ya... es que... yo... —balbucea.

Levanto una ceja, escéptica.

—¿Sí?

Levanta los ojos llorosos y los clava en los míos.

—Vamos allí un segundo y te lo cuento —me dice, indicando una de las salas libres.

La acompaño, con aire cansado.

«A ver con qué me sale esta ahora», pienso.

—Silvia, yo conocía a Eric.

—¿Eh?

—Sí. Era amigo de mi mejor amiga, salimos juntos un par de veces y lo dejé porque me trataba mal. Era bastante violento, pero yo era una estúpida y me enamoré de él. Tirando del hilo, poco antes de que vinieras a hablar con Reinaldo yo también me di cuenta de que seguramente él había tenido algo que ver con la muerte de Darío, pero no dije nada. Sabía que Reinaldo era su tío y cuando lo encontraste muerto até los cabos y supe que estaba en lo cierto. No sé muy bien por qué en ese momento te mentí. Lo siento mucho porque pudiste llegar a pensar en que si te mentí en eso podía haberlo hecho antes también, pero no. Te prometo que no fue así.

Sacudo la cabeza sin saber muy bien qué decirle. Le creo, porque parece bastante afectada, pero pienso que en realidad ahora ya da igual. El caso está cerrado y yo al fin me vuelvo a mi casa.

Le digo que no pasa nada, y me despido de ella.

Ella hace lo mismo con Flash, quien desde que se convirtió en el nuevo perrito policía está de un orgulloso que no hay quien le aguante. Le pusieron hasta una medallita y todo. Qué majo.

En fin, montamos en mi coche y pongo rumbo al fin a mi casa. Nunca creí que diría esto, pero tengo ganas de ver a mi familia. Definitivamente, Silvia Oliveira se está ablandando.

CAPÍTULO 56

Recompensa

Milán, unos días después...

Tras mi vuelta de Savona lo primero que hago es dormir. Necesitaba estar en mi cama y perder la noción del tiempo.

No sé qué tenía Savona, pero me cambió el metabolismo del sueño, y yo necesitaba regresar a mi vida normal.

Sentí cómo mi humor se avinagró al volver a Milán, quizá fuera por el tráfico o por la contaminación acústica, pero al fin volvía a sentirme yo misma.

Abro la puerta de la comisaría, haciendo que golpee con la pared. Todos se giran ante el ruido, y no sé por qué pero sonrío, porque al fin su mirada no es como la de los compañeros de Savona, aquí ya me conocen y no me juzgan.

No entro sola, me acompaña mi nuevo fiel compañero Flash, quien emite un ladrido como saludo.

Hiroshi se acerca para saludarme.

—Bienvenida a casa Silvia, no te hemos echado absolutamente nada de menos —me dice, guiñándome un ojo.

—Ni yo a vosotros.

Suelta una carcajada y acaricia al pequeño.

—¿Y esta monada?

—Es Flash, mi nuevo compañero. Supongo que estarás al tanto del caso de Savona y lo que hizo este perrillo, ¿no?

—Algo me han dicho, pero me imaginaba uno estilo Rex, el perro policía, no un cachorrito.

—Ya ves, pero aprende rápido —respondo con orgullo.

Me abre paso acompañándome hasta el despacho de Cesare que está al lado de su mesa, mientras me hace algunas preguntas sobre el caso.

Cesare al escucharnos, sale como un obús de la oficina y se acerca a mí para abrazarme.

Me quedo tiesa como un palo y espero a que se suelte.

—Silvia, eres mi ídolo. De verdad...

—Menos flores y más lo que me debes —le respondo, seca.

—Sí, sí. Pasa —me indica la puerta.

Se queda un poco tenso cuando ve a Flash conmigo, pero no dice nada.

Sonrío para mis adentros porque me acuerdo de cuando pensé en la cara que pondría Cesare cuando me viera entrar en comisaría con mi perro, y fue justo la misma que me imaginé.

Hiroshi me vuelve a guiñar el ojo antes de que entre al despacho y vuelve al trabajo.

Una vez dentro, me quedo mirándole con descaro y le analizo, pero no me dice nada. Puedo ver las diferencias más evidentes con Reinaldo que a primera vista me habían pasado desapercibidas.

—Bueno, lo primero de todo, como ya te he dicho, gracias, Silvia —me dice, sacándome de mis pensamientos.

—No hay de qué. Es mi trabajo.

—Bueno, pero era un caso especial. Se había escuchado que había habido algún problema de corrupción en aquella comisaría. No fue casualidad el que tú fueras allí. Tu talento se ha ido extendiendo por el país, y alguien de arriba pidió expresamente tus servicios. Por eso era tan importante para mí que el caso se resolviera bien. Confié en ti y, como siempre, no me defraudaste.

Hace una pausa para dar un sorbo a su café, haciendo que se mojen los pelillos de su bigote.

—Lo prometido es deuda y aquí tienes tu doble aumento de sueldo y un paquete de un viaje a Marruecos durante una semana con billete abierto de ida y vuelta.

Recojo los papeles que me entrega con una sonrisa.

—¿Es solo para una persona? —pregunto.

—Sí, claro. Imagino que querrías ir sola, ¿no?

Lo pienso un momento.

—No, en realidad me gustaría llevar a alguien conmigo.

Sube las cejas tan arriba que parece que se le van a salir de la cara.

—Silvia, ¿tienes fiebre?

—*Nop*. Estoy bien. Se puede añadir, ¿no?

—Sí, claro... Les enviaré un mensaje a los de la agencia. Tendrás que decirme cuándo quieres ir.

—*Mmm*, mañana.

Vuelve a mirarme sorprendido, pero no dice nada.

Le veo teclear en el ordenador y cuando termina, me mira y suspira.

—Hecho. Te llamará esta tarde la chica de la agencia para que le des los datos y mañana os vais, tú y tu acompañante.

Sonrío triunfal.

—Gracias.

Recojo los papeles, y tras despedirme me voy con Flash. Él se quedará con Laura, de quién ya está enamorado perdido, y voy a casa a prepararme la maleta. Tampoco creí que diría esto, pero qué ganas tengo de hacer este viaje, lo necesito de verdad.

EPÍLOGO

Milán, una semana después...

—Vamos mamá, si no te das prisa perderemos el avión —le grito, porque lleva más de media hora regateando con un vendedor de alfombras del zoco de Marrakech.

—Ya va, ya va. Es perfecta para el salón y seguro que a tu padre le encanta, estoy segura.

Pongo los ojos en blanco y suspiro mientras la espero fuera de la marabunta que viene y va.

Me agobia mucho tanta gente junta, tanto ruido y que me empujen cada paso que doy.

Tenía claro que debía llevarme a mi madre a aquel viaje. Aunque me habría gustado hacerlo sola, tenía ganas de estar con ella.

Durante el tiempo que estuve en Savona, coincidiendo con su operación, me hizo pensar en lo que realmente la quiero. Como ya dije, al fin y al cabo es mi madre y no la he tratado nunca nada bien.

Cuando llegué a su casa con la maleta preparada y los billetes en la mano casi me ahoga al abrazarme.

Estaba eufórica.

Papá me miró con la misma expresión que Cesare, no se creía que hubiera decidido por mí misma ir de viaje con mamá.

Pero mira, a veces también os sorprendo.

No te miento si un par de horas después no me arrepentí de habérselo dicho, porque empecé con su retahíla de “hija, a ver si te vistes bien” “hija que seca eres” “hija espera que tengo que comprar esto, seguro que con tu hermana no tenía que estar yendo a remolque todo el rato” y blablablá.

Disfrutamos de una semana en una kasbah de lujo con piscina y a media pensión. La comida estaba buenísima y mi madre se enamoró de las especias. Compró un par de Tajín para hacer en casa. Y qué decir del té, compró tantas cajas que el pobre vendedor tuvo que ir a buscar más a la tienda de al lado.

Era nuestro último día, y quería aprovechar para hacer las últimas compras. Menos mal que facturábamos dos maletas porque si no era imposible que cupiera todo aquello en el equipaje de mano.

Al fin sale del zoco cargada con dos bolsas de telilla moradas, si has estado en Marruecos ya sabes a las que me refiero, y una sonrisa estampada en el rostro.

—Hija, gracias por hacerme este regalo —me dice, abrazándome muy fuerte.

—De nada, mamá. Te lo merecías.

Regresamos a la kasbah para ordenar todo y nos llevan al aeropuerto en una pickup junto a otros turistas.

Pasamos los controles y montamos en el avión. En apenas unas horas en las que tengo que aguantarle la cabeza en mi hombro porque se queda dormida, incluso con babilla y todo, llegamos al aeropuerto de Milán.

Allí vienen a buscarnos la *family* al completo, papá, Laura, Riccardo y Flash.

Mamá corre a los brazos de papá para abrazarlo. Creo que era la primera vez que se habían separado para viajar. Estuvo *toooooo* el viaje diciendo “esto le gustaría a tu padre” “Aquí tengo que volver con tu padre” “Madre mía, si viera esto tu padre”

Saludo a Laura y a Riccardo, y antes de poder darle un abrazo a papá, Flash se sube a mis piernas, saltando como un loco.

¡Cómo había crecido! En apenas una semana.

No deja de mover el rabo contento y feliz, y de darme lametazos.

—Ya, ya... ya estoy —le digo, intentando calmarlo un poco.

No te voy a negar que me siento bien al ver que esta bolita de pelo me reconoce como su dueña.

—Venga, vamos a casa que tenemos una noticia que daros —nos dice Laura con una sonrisa.

—Ay, madre... —murmura mamá.

Nos montamos en el coche, un poco apretados, pero por suerte el recorrido es corto y apenas unos minutos después llegamos a casa.

Veo que el piso está lleno de cosas para perros, juguetes, un cojín, un bebedero.

—Esto es para que te lo lleves a casa, que el pobrecito no tenía casi de nada —me dice Laura.

—Lo estás viciando... luego me pedirá y seré yo la mala.

—Ya eres la mala, como si eso te importara —me dijo, dándome un codazo.

Nos reímos las dos.

Tras cenar unas pizzas del restaurante favorito de mamá, Laura y Riccardo se miran cómplices y se levantan de la mesa.

Laura se dirige hacia su bolso y regresa con dos sobres color negro.

—¿Esto que es, por el caso Michele o qué? —le pregunto, levantando una ceja, escéptica.

Ella suelta una carcajada.

—No, no. ¡No había caído en eso, es verdad! Esto es mucho mejor.

Nos tiende un sobre a mamá y a mí y lo abrimos en silencio.

Antes si quiera de ver lo que pone, mamá se levanta para abrazarles dando un grito de alegría.

—¡¡Nos casamos!! —exclaman al unísono.

—Anda, ¡enhorabuena!

Mi madre no deja de darles besos y abrazos, emocionada.

— ¡Tachán! —dice Laura, abriendo los brazos.

— ¡Ay, hija mía, qué ilusión! ¿Cuándo me vais a dar un nietecito?

Riccardo suelta una carcajada.

—Tiempo al tiempo, todo llegará —le responde.

Se llevaban muy bien, mamá lo había acogido ya como su hijo.

—La boda será en Oporto, porque me hace ilusión volver donde está gran parte de nuestra familia. Lo dejamos caer a los padres de Ricchi y les pareció muy buena idea el viajar hasta allí y celebrarlo.

Leo la invitación que está muy bien hecha con sus florituras y todo, se nota el toque de gusto

de mi hermana.

—¿En marzo?

—Sí —responde con una sonrisa, orgullosa.

—Pero si no falta nada.

—Ya... Pero bueno, no creo que te preocupe mucho por elegir el vestido —dice, sacándome la lengua.

—Hermanita, se te ha pegado mi toque ácido, ¿eh?

—Yaaa ves.

Sonrío y pienso en cómo le voy a decir a Cesare que en dos semanas tengo que coger de nuevo vacaciones.

Asesinos del mundo, esperaos para actuar, por favor, que si no voy a la boda de mi hermana, la que me matará será ella.

¿FIN?

Un nuevo caso para
SILVIA OLIVEIRA

RELATO EXCLUSIVO

Tan cerca del final

Policías, forenses, médicos... están acostumbrados a ver la muerte de cerca, casi prácticamente día a día, y a lidiar con el dolor que ocasiona a los seres queridos que se quedan en este mundo, sufriendo con la ausencia del fallecido.

Cuando una persona experimenta en su vida un accidente o una enfermedad grave, en la que es consciente de lo efímeros que somos, cambia su perspectiva sobre la muerte.

Desde mi propia experiencia puedo decir que el estar cerca del fin de tus días te hace pensar y plantearte muchas cosas como por ejemplo: si mueres hoy ¿Quién te echaría de menos mañana?

La vida sigue su curso y estamos tan acostumbrados a envolvernos en nuestros propios problemas que no nos damos cuenta de que quizá esa vez que salimos de casa enfadados o con prisa, pueda ser la última.

Que ese beso que no le damos a nuestro ser querido, por orgullo, o porque no queremos desplazarnos hasta la otra punta de casa, podría haber sido el último.

La muerte está mucho más cerca de lo que la imaginamos, y lo bueno, si es que puede tenerlo, es que toca a todos por igual, ricos, pobres, guapos, feos... nadie se libra de ella.

Por eso, me gustaría llamar a una reflexión, aunque sé que muchos no le haréis caso, incluida yo.

¿Por qué no intentamos vivir cada día, cada momento, como si fuera el último?

Dar esos besos a nuestros seres queridos cuando nos vamos de casa, o cuando se van ellos. Despedirnos con un abrazo cuando nos vamos de viaje, hablar a aquel amigo que siempre tenemos en la lista pendiente.

No dejar las cosas a mitad, hacer todo lo que nos apetezca, aunque nos dé pereza, en definitiva: aprovechar el tiempo.

Aprende todo lo que quieras aprender, habla todo lo que tengas que hablar, sin importarte el parecer pesado o insistente, porque si no lo haces, siempre te va a quedar el regomello de no haberlo hecho.

No somos conscientes de lo cerca que estamos del final de nuestros días, hasta que no lo vemos con nuestros propios ojos, y aun así, siempre acaba actuando el instinto de supervivencia de los humanos.

Me gustaría también dar un toque de atención a la repercusión que tiene la salud mental.

Por desgracia y a pesar de que los avances de la sociedad son cada vez más grandes, no se tienen en cuenta los problemas morales y psicológicos de las personas.

Cuando alguien se rompe un pie, va al médico, le operan, le escayolan y/o le ponen muletas, y nadie dice nada.

Cuando alguien tiene un problema mental, más que menos, es catalogado de “loco”, “pirado”, “extraño” ... e incluso generan compasión o rechazo.

Los problemas mentales no tienen por qué dar pena o repelús, son una enfermedad como

cualquier otra, y no se debe juzgar a una persona que tiene un problema mental porque esté contenta de fiesta pero no vaya al trabajo, porque tú no sabes cómo está esa persona realmente. Porque quizá va de fiesta porque sienta la presión social, o al revés, porque eso es lo único que en esos momentos ayuda a esa persona a ser feliz, pero no sabes cómo está cuándo vuelve a su casa y no le ve nadie.

Por eso, porque cuando se ve el fin tan cerca se valoran mucho más estas cosas, vive. Vive tu vida sin meterte en la de los demás si no es para hacer bien.

No tengas envidia, porque no sabes lo que el otro ha tenido que pasar para llegar donde está y disfruta de lo que tienes, porque cuando lo pierdes es cuando valoras lo que tenías.

Vive y sé feliz, o al menos inténtalo haciendo todo lo que esté en tu mano para ello.

NOTA DE LA AUTORA

Cuando empecé a escribir este libro, lo hice con una idea muy clara en mi cabeza. Como siempre digo, son los personajes los que me guían, son ellos los que deciden su historia.

Suelo hacerme unos apuntes generales de la historia como base, aunque luego muchas veces, ellos me guían por donde quieren.

En esta ocasión, el libro lo empecé a escribir hace más de un año, y al retomarlo no quise mirar los apuntes para no “contaminarme”. ¿Cuál fue mi sorpresa al llegar al final? Que más de un año después, la historia que he escrito era la misma que había pensado al inicio.

Prueba de que una vez más son los personajes los que dan vida a la novela.

Especialmente en esta segunda entrega de la serie, he querido hacer hincapié en la evolución de Silvia. Tras ver a su hermana involucrada tan de lleno en su último caso, se da cuenta de que a pesar de ser muy solitaria y de odiar a la gente, como ella dice, nadie ha nacido para estar completamente solo.

Te animo a hacer esta reflexión, porque realmente, en ciertos momentos de la vida, la gente no valora quién tiene a su alrededor, hablo por ejemplo en el caso de su madre. Ella no se da cuenta de lo que la quiere, aunque parezca que su preferida es Laura. Al fin y al cabo también es su madre y la cuida y quiere lo mejor para ella. Sin embargo, Silvia no lo valora, incluso le resulta un engorro el tener que aguantar sus críticas y sus visitas, pero cuando se da cuenta de que puede perderla, entonces ve todo lo que ha hecho y recapacita.

Esta es una de las cosas más relevantes que he querido mostrar en esta novela. El hecho de que hasta que no estamos a punto de perder algo, o hasta que no lo perdemos, no lo valoramos.

Respecto al caso en concreto de la novela, también hay varios apuntes que quiero hacer. El personaje de Karina, empezó siendo el claro ejemplo de una mujer dependiente de su pareja, obstinada y cabezona, que arrasa con todo hasta que no consigue lo que quiere, pero también el vivo ejemplo de la “mala suerte”, de cómo la vida le pone trabas para que haga lo que haga sienta siempre esa presión y ese inconveniente de tener que luchar. Me dio mucha pena escribir la parte de su muerte, en la que se ve vacía, nadie la cree, la tratan de loca, y ella solo quiere estar con su amado.

Por otra parte, el personaje de Tomás es un reflejo del puro amor, aunque a veces las maneras no sean la más correctas, ya que la controla con la única intención de saber que está bien. Él es un ejemplo de lo que está dispuesto a hacer el ser humano por complacer a quien ama. Él fue el único que ayudó a Karina a investigar la muerte de Darío, incluso llegando a arruinar su propia vida, matándolo, para hacer la justicia que le había prometido.

Eric por su parte, es frívolo, no tiene ningún tipo de pudor ni empatía. Hace lo que quiere y siempre ha estado acostumbrado a que le sacaran las castañas del fuego, como hace su tío Reinaldo, y por último, Gina. El ejemplo de una madre que pierde a su hijo, una mujer fuerte, que intenta parecer fría, pero en la soledad se hunde, tiene mucho aprecio a Karina, pero ve que

si sigue por ese camino va a acabar mal, como efectivamente hace y que también se une junto a Tomás, en busca de justicia por lo que le hicieron a su hijo.

He intentado crear una historia un poco diferente de lo habitual, con algunos giros inesperados que espero que se te haya hecho amena.

En el mundo del thriller es muy difícil innovar, porque está todo escrito e inventado, y además, es muy complicado crear una historia novedosa, manteniendo el misterio y que finalmente sea coherente.

Me encanta escribir thriller, por los comederos de cabeza que tengo que hacer, pero reconozco que me expongo mucho con ello.

Espero realmente que sepas apreciar todo este trabajo que hay detrás de unas 300 páginas que puedes leer prácticamente en un día.

Muchas gracias por haberte interesado en mi novela, imagino que si lo has hecho es porque ya has conocido a Silvia en la primera, así que gracias por ser lector fiel de la Saga. Nos vemos en el siguiente caso de la particular Silvia Oliveira. GRACIAS

S.Fletcher

Un nuevo caso para
SILVIA OLIVEIRA

AGRADECIMIENTOS

Como digo siempre, gracias a ti. A ti que estás leyendo esto, porque si no lo hubieras hecho ¿Qué sentido tendría haberlo escrito?

Como viene siendo habitual, muchas gracias a una lista de personas que me apoyan y están cerca de mí con cada novela.

A mis lectores fieles, que no me abandonan e incluso me piden que escriba más rápido. GRACIAS.

A mis lectores cero, los primeros que reciben la historia y que me corrigen los errores que yo soy incapaz de ver.

A mi fan número uno, por apoyarme en todo y ser mi compañero literario. Gracias, bonito.

Gracias a Lele por sus consejos sobre el submarinismo, tantos detalles que desconocía que me han ayudado mucho a entender un poco más cómo funciona este mundillo.

Gracias por darle una oportunidad a la especial de Silvia, puede caerte bien, puede caerte mal, pero no pasa desapercibida.

Muchas gracias de nuevo, y como siempre digo, si te ha gustado agradezco mucho tu difusión y ayuda para dar a conocer mi historia y llegar a más gente.

GRACIAS. Hasta la próxima.

S.Fletcher

Un nuevo caso para
SILVIA OLIVEIRA

Otras obras de la autora

Los relatos de Sophie



Recoge una serie de relatos y microrrelatos nacidos de esos pequeños momentos de la vida en la que se nos ocurren mil y una historias para contar. ¡Adéntrate en los relatos de Sophie!

* * *

La mujer del andén



Sofía encuentra una misteriosa mujer cada día en el andén hasta que desaparece y comienza a buscarla. Una historia de misterio, aventura y fantasía que te transportará a ciudades magníficas. ¿Encontrará finalmente a la mujer? ¿Habrá valido la pena todo el esfuerzo? ¿Qué sería ese vínculo especial? Descúbrelo acompañando a Sofía en su investigación sobre “La mujer del andén”

La herencia



Lucas Ros lleva una rutina meticulosa y organizada hasta que un día recibe una llamada que le cambiará la vida por completo. Su desconocido tío, Augustus Ros, ha muerto, y él es el único heredero de su multimillonaria fortuna. Al investigar las causas de la muerte del fallecido, se descubre que podría no haber sido un accidente... **¿Ha sido Augustus Ros asesinado? ¿Quién lo habría hecho?**

Un thriller que te hará desconfiar de todo el mundo.

El secreto de Sira



Todos tenemos secretos, pero hay algunos que jamás deberían salir a la luz

Una historia de misterio e intriga durante la cual conocerás a Sira. Alguien que quizá no sea como piensas. **¿Quién es realmente Sira Vélez? ¿Qué oculta? ¿Te atreves a descubrirla?**

SERIE SILVIA OLIVEIRA:



Un caso para SILVIA OLIVEIRA

Michele, un joven fontanero aparece muerto en las inmediaciones de una empresa en la que estaba realizando el mantenimiento. A simple vista parece un accidente, pero mi instinto me dice que no lo es. Me llamo Silvia Oliveira y soy policía científica. Trabajo en la comisaría de Milán.

Para resolver los casos suelo guiarme por mi instinto, que nunca me falla, pero esta ocasión necesitaré algo más para resolver este caso que cambiará mi vida y mi manera de ver las cosas. Este será un caso en el que no todo es lo que parece, donde se aprende a no fiarse de nadie y a arriesgarse cuando todo parece perdido.

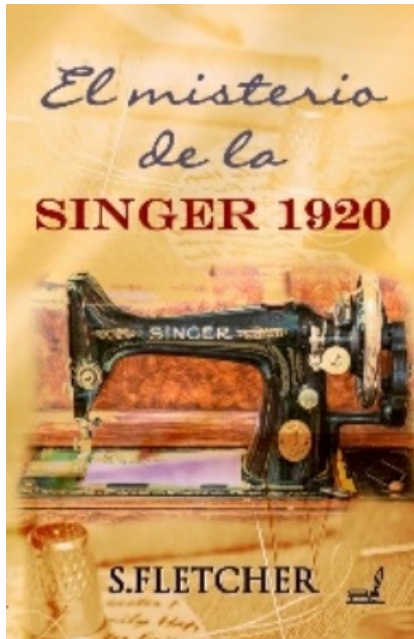
¿Me ayudas a resolverlo? Un caso para SILVIA OLIVEIRA, un thriller policiaco lleno de intriga y giros inesperados.

BIBLIOTECA PARA LECTORES EMPEDERNIDOS



Esta es una agenda para aquellos nostálgicos del papel, que quieren tener organizados los libros de su biblioteca. Tiene una capacidad para 150 libros, que pienso puede ser una cantidad aceptable para un lector medio al año. No tiene fecha única, por lo que puedes usarla cuándo quieras. Además, hay una lista general de libros pendientes, un reto lector para que apuntes tus metas, listas top de algunos géneros, una lista de deseos y, por supuesto, la ficha del libro que incluye lo que creo que es más relevante apuntar. Al final de la libreta encontrarás varias hojas en blanco por si te falta espacio y quieres anotar algo más. ¡A organizar!

El misterio de la Singer 1920



¿Alguna vez has tenido la sensación de que un objeto tenía una gran historia que contar?

Sara no está pasando el mejor momento de su vida cuando su amiga Anita le regala una máquina de coser Singer de 1920. A partir de entonces, su vida cambiará por completo.

En “el misterio de la Singer 1920” te encontrarás con una historia de amor y misterio. ¿Estás dispuesto a descubrir los secretos que alberga aquella máquina?

Los relatos de Sophie II



Recoge una serie de relatos y microrrelatos nacidos de esos pequeños momentos de la vida en la que se nos ocurren mil y una historias para contar. ¡Adéntrate en los relatos de Sophie!

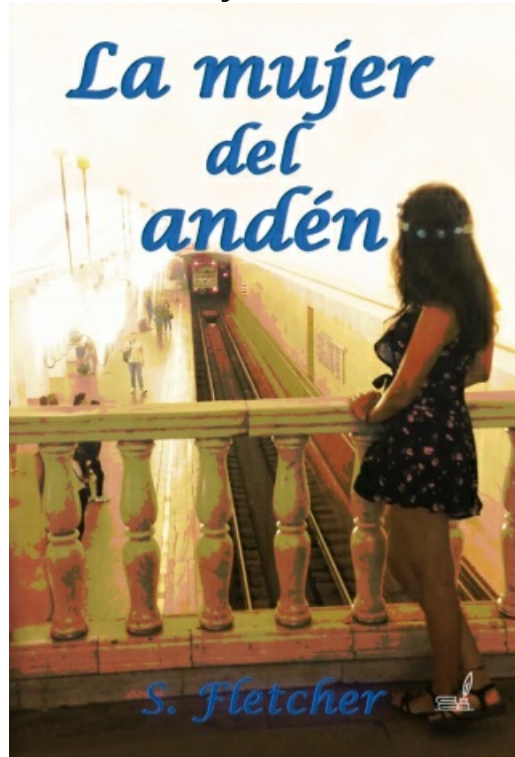
DISPONIBLES EN AMAZON

Formato e—book y formato tapa blanda

Gratis para Kindle Unlimited — Disponible en italiano.

otras obras de la autora

La mujer del andén



SINOPSIS

Sofía, una joven médica española, emigra a Alemania en busca de un nuevo futuro profesional. Para ir al trabajo utiliza el metro y un día como otro cualquiera mientras espera el tren, se le acerca una mujer pidiendo. Al principio deniega su petición, pero cuando la mira a los ojos, se da cuenta de que esa mujer tiene algo especial. Cada día le da unas monedas antes de subir al tren. Hasta que de repente, un día la mujer desaparece. Sofía empieza a indagar sobre el paradero de la mujer misteriosa. En el camino conocerá a Alex, un muchacho polaco que hará todo lo posible por ayudarle a encontrarla.

Una historia de amor, aventura y misterio que te transportará a ciudades magníficas de la Tierra. ¿Encontrará finalmente a la mujer? ¿Habrá valido la pena todo el esfuerzo? ¿Qué sería ese vínculo especial? Descúbrelo acompañando a Sofía en su investigación sobre “La mujer del andén”

Los relatos de Sophie

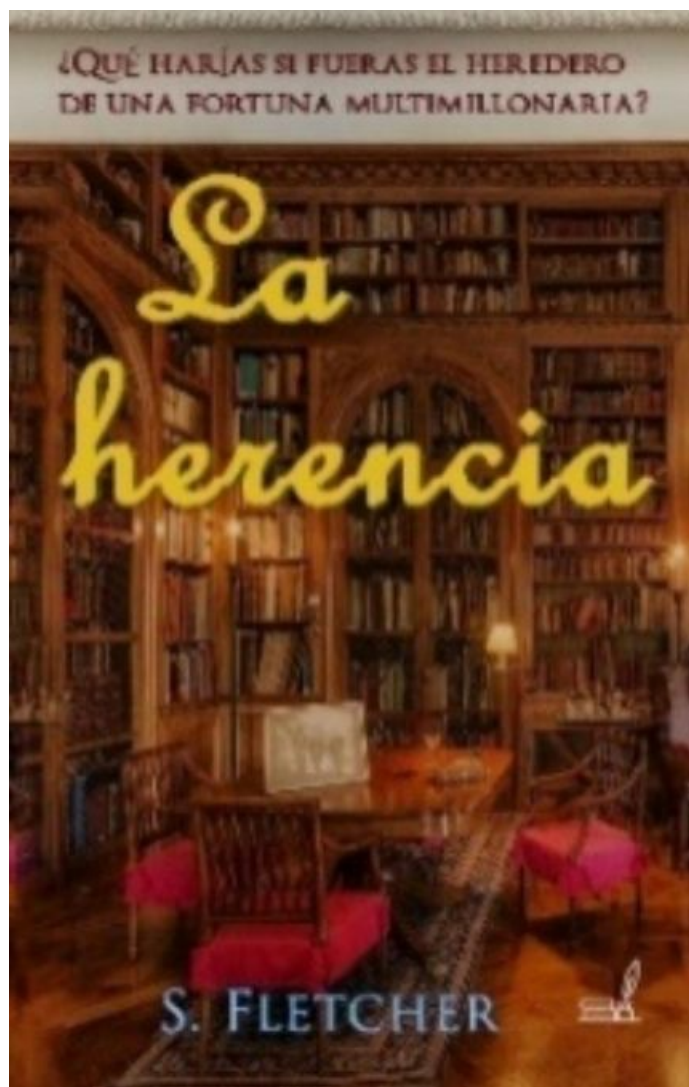


SINOPSIS:

La lluvia que repiquetea en la ventana,
el viento que ulula rabioso meciendo las ramas de los árboles. Un día soleado escuchando el rumor de las olas contra los
acantilados. Sentarse en el banco de una estación y observar a la gente que pasa...Cualquier momento es bueno para que llegue la
inspiración.

Los relatos de Sophie recogen una serie de relatos y microrrelatos nacidos de esos pequeños momentos de la vida en la que se nos
ocurren mil y una historias para contar ¡Adéntrate en los relatos de Sophie!

La herencia



Lucas Ros lleva una rutina meticulosa y organizada hasta que un día recibe una llamada que le cambiará la vida por completo. Su desconocido tío, Augustus Ros, ha muerto, y él es el único heredero de su multimillonaria fortuna. Al investigar las causas de la muerte del fallecido, se descubre que podría no haber sido un accidente...

¿Ha sido Augustus Ros asesinado? ¿Quién lo habría hecho?

Un thriller que te hará desconfiar de todo el mundo.

DISPONIBLE EN AMAZON
Formato e-book y formato tapa blanda
Gratis para Kindle Unlimited
Disponible versión en italiano

El secreto de Sira



Todos tenemos secretos, pero hay algunos que jamás deberían salir a la luz

Una historia de misterio e intriga durante la cual conocerás a Sira. Alguien que quizá no sea como piensas. **¿Quién es realmente Sira Vélez? ¿Qué oculta? ¿Te atreves a descubrirla?**

DISPONIBLE EN AMAZON
Formato e-book y formato tapa blanda
Gratis para Kindle Unlimited

Disponibile versione en italiano.

Un caso para SILVIA OLIVEIRA



SILVIA OLIVEIRA

SINOPSIS

Michele, un joven fontanero aparece muerto en las inmediaciones de una empresa en la que estaba realizando el mantenimiento. A simple vista parece un accidente, pero mi instinto me dice que no lo es.

Me llamo Silvia Oliveira y soy policía científica. Trabajo en la comisaría de Milán donde cada día debo lidiar con personas, algo que llevo muy mal, ya que odio a la gente, odio el ruido, el tumulto y me gusta estar sola. Para resolver los casos suelo guiarme por mi instinto, que nunca me falla, pero esta ocasión necesitaré algo más para resolver este caso que cambiará mi vida y mi manera de ver las cosas.

Este será un caso en el que no todo es lo que parece, donde se aprende a no fiarse de nadie y a arriesgarse cuando todo parece perdido.

¿Me ayudas a resolverlo? Un caso para SILVIA OLIVEIRA, un thriller policiaco lleno de intriga y giros inesperados.

BIBLIOTECA PARA LECTORES EMPEDERNIDOS



Esta es una agenda para aquellos nostálgicos del papel, que quieren tener organizados los libros de su biblioteca. Tiene una capacidad para 150 libros, que pienso puede ser una cantidad aceptable para un lector medio al año. No tiene fecha única, por lo que puedes usarla cuándo quieras. Además, hay una lista general de libros pendientes, un reto lector para que apuntes tus metas, listas top de algunos géneros, una lista de deseos y, por supuesto, la ficha del libro que incluye lo que creo que es más relevante apuntar. Al final de la libreta encontrarás varias hojas en blanco por si te falta espacio y quieres anotar algo más. ¡A organizar!

DISPONIBLES EN AMAZON

Formato tapa blanda

Disponibile en italiano

El misterio de la Singer 1920



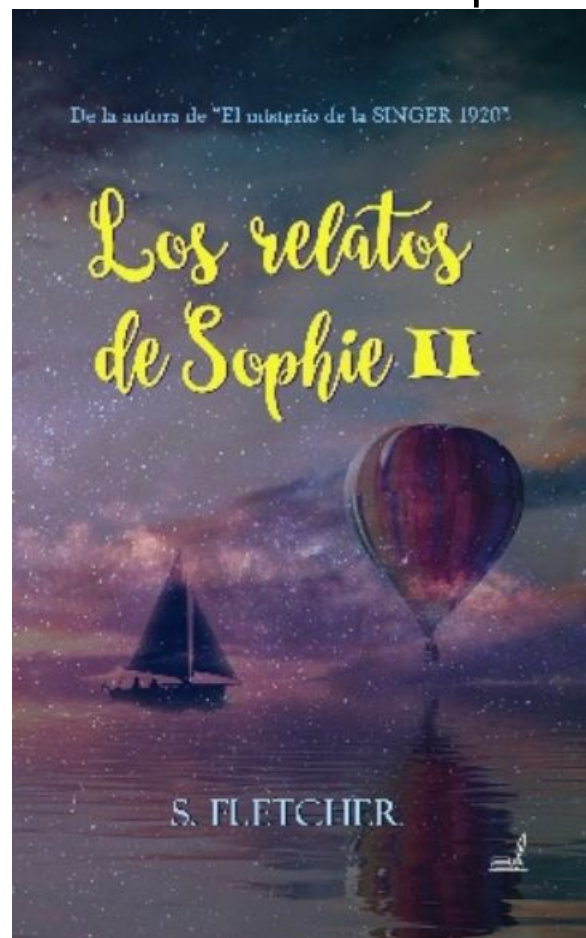
¿Alguna vez has tenido la sensación de que un objeto tenía una gran historia que contar?

Sara no está pasando el mejor momento de su vida cuando su amiga Anita le regala una máquina de coser Singer de 1920. A partir de entonces, su vida cambiará por completo.

En “el misterio de la Singer 1920” te encontrarás con una historia de amor y misterio. ¿Estás dispuesto a descubrir los secretos que alberga aquella máquina?

DISPONIBLE EN AMAZON
Formato e-book y formato tapa blanda
Gratis para Kindle Unlimited
Disponible versión en italiano.

Los relatos de Sophie II



SINOPSIS:

La lluvia que repiquetea en la ventana,
el viento que ulula rabioso meciendo las ramas de los árboles. Un día soleado escuchando el rumor de las olas contra los
acantilados. Sentarse en el banco de una estación y observar a la gente que pasa...Cualquier momento es bueno para que llegue la
inspiración.

Los relatos de Sophie recogen una serie de relatos y microrrelatos nacidos de esos pequeños momentos de la vida en la que se nos
ocurren mil y una historias para contar ¡Adéntrate en los relatos de Sophie!

SINOPSIS: Un nuevo caso para Silvia Oliveira

Tras el caso de Michele, mi manera de ver la vida había cambiado un poco. Sigo odiando a la gente, pero me he dado cuenta de que hay personas que me quieren y con las que tengo que ser algo más amable.

Estoy disfrutando de mis merecidas vacaciones en Marruecos, cuando recibo una llamada inesperada de Cesare para indicarme que hay una urgencia en comisaría.

Un nuevo caso requiere de mi intuición: Se trata de Karina, una periodista encontrada muerta en su bañera rodeada de periódicos.

Para resolverlo tendré que desplazarme hasta Savona y meterme de lleno en actividades que jamás habría pensado hacer.

*El segundo thriller policíaco lleno de intriga y giros inesperados de la serie Silvia Oliveira.
¿Quieres acompañarle en este nuevo caso?*

Tabla de contenido

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[Ruptura dolorosa](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[Inicio](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[Al lío](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[Información](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[Toma de contacto](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[Conociendo a la víctima](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[Investigando](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[Incredulidad](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[Descubrimiento](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[Moviendo hilos](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[Más información](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[Niza](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[Infierno](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[Niza](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[Niza](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[Regreso](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[Confusión](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[Regreso](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[Karina](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[Nuevo compañero](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[Karma](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[Flash](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[Silvia, ponte las pilas](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[Nueva pista](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[Malentendido](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[Nueva pista](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[Psiquiatra](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[Mensajes](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[Karina](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[Mensajes](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[Familia](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[Pistas](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[Presentimiento](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[Hilando fino](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[Darío](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[Karina](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[Obstáculo](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[Karina](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[Sorpresa](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[Destrozada](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[Gina](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[Piezas](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[Nuevas pistas](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[Karina](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[Karina](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[Circulo se cierra](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[Karina](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[Karina](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[Flash](#)

[CAPÍTULO 50](#)

[Pista](#)

[CAPÍTULO 51](#)

[Karina](#)

[CAPÍTULO 52](#)

[Pista](#)

[CAPÍTULO 53](#)

[Caso cerrado](#)

[CAPÍTULO 54](#)

[Caso cerrado 2ªparte](#)

[CAPÍTULO 55](#)

[Punto y final](#)

[CAPÍTULO 56](#)

[Recompensa](#)

[EPÍLOGO](#)

[RELATO EXCLUSIVO](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[Otras obras de la autora](#)

[otras obras de la autora](#)